ANTONIO RIBERA

EDITORIAL DE POSADAS, S.A.

¿EXISTEN LOS MONSTRUOS MARINOS?

EL MAS GRANDE Y ANTIGUO MISTERIO DEL MAR

UN LIBRO MARAVILLOSO

UNA GALERIA DE CRIATURAS ATERRADORAS

COLECCION DUDA SEMANAL

LAS INFINITAS CRIATURAS Y MISTERIOS DEL MAR

Las aguas cubren casi las tres cuartas partes de la Tierra y, probablemente, existen más marsopas que hombres. Somos, en realidad, un planeta acuático.

Sitio donde se originó la vida, el mar fue para el hombre primitivo hogar de monstruos y dioses. Nuestros antepasados remotos lo poblaron de las más aterradoras criaturas que ha concebido la mente humana. En este sentido, sin embargo, la realidad sobrepasa la imaginación más desatada. Siempre habrá más seres reales sobre la Tierra que los que pueda inventar el pensamiento. Muchos monstruos que alguna vez se creyeron tan sólo producto de leyendas y consejas han resultado realidades evidentes.

En nuestra época el mar se ha vuelto cotidiano y accesible. Transatlánticos y submarinos lo recorren sin antiguos temores. Pero la vieja fascinación que ha ejercido sobre la humanidad todavía continúa. Quedan por explorar vastas zonas. Los abismos marinos esperan aún la mirada del hombre, siempre ávida de conocimientos novedosos.

COLECCION **DUDA** SEMANAL

CONSEJO DIRECTIVO:

Guillermo Mendizábal Lizalde

Eduardo Lizalde

ANTONIO RIBERA

¿EXISTEN LOS MONSTRUOS MARINOS?

EDITORIAL POSADA, S. A.

Derechos Reservados © Editorial Posada, S.A.
José Ma. Rico No. 204
México 12, D.F.
Impreso y Hecho en México | Printed and Made in Mexico

A José Comellas, con quien he buscado en vano monstruos en nuestras aguas, pero con quien he pasado horas inolvidables en el mar y bajo su superficie.

ANTONIO RIBERA

Fundador del «Centro de Recuperación e Investigaciones Submarinas» — CRIS.

Fundador y ex Presidente del «Centro de Investigaciones y Actividades Subacuáticas» de Cataluña — CIAS.

El mar. Tras esta palabra se oculta uno de los mayores misterios que aún subsisten en nuestro globo; un mundo dentro de un mundo; un universo con sus propias leyes, sus habitantes y sus dramas. Durante siglos, desde sus mismos orígenes, la Humanidad ha contemplado, temerosa unas veces, admirada otras, «la sonrisa innumerable de la mar», en palabras del viejo Homero. Las mitologías poblaron este mundo de seres fantásticos, dioses y semidioses que tenían en él su imperio. El navegante que surcaba sus aguas lo veía en su imaginación lleno de monstruos y quimeras; a muy pocos metros bajo la quilla de su nave, empezaba ya el misterio y lo desconocido.

En realidad, podríamos casi afirmar que el mundo en que habitamos es un mundo acuático. En él,

las tierras emergidas están en una vergonzosa minoría respecto a la extensión ocupada por los mares y océanos. Estos, en efecto, cubren casi las tres cuartas partes de la superfcie del planeta; pero, además, la vida en ellos no se reduce a una delgada película de pocos metros de altura sobre la costra terrestre, sino que ocupa un inmenso espacio vital, un volumen extensísimo. Dicho en otras palabras, la extensión poblada por seres vivientes no se mide en el mar por kilómetros cuadrados, sino por kilómetros cúbicos. La profundidad media de los mares es del orden de los 4,000 metros; traduzcamos ahora esta cifra a kilómetros cúbicos, y la cantidad resultante será aterradora para nuestro concepto terrestre de la extensión. Como dijo acertadamente Jacques-Yves Cousteau, los seres terrestres estamos en una gran minoría frente a los seres marítimos. Es probable que existan más marsopas que hombres.

Además de ser la gran reserva biológica del planeta, el mar es asimismo la cuna de la vida. En las cálidas aguas de los mares primarios, por un proceso aún no bien conocido que tiene algo de milagroso, se formó hace millones y millones de años la primera célula viva, el primer protoplasma, que fue complicándose y evolucionando poco a poco hasta dar las primeras formas inferiores de seres vivientes. Un día, uno de estos animálculos, que había hecho su hogar en las aguas someras de alguna antigua playa, se aventuraría tímidamente hacia la tierra firme, adoptando un tipo de vida anfibia que poco a poco se iría convirtiendo en terrestre. La tierra firme, hasta entonces desnuda y árida, barrida por la lluvia y por el viento, empezaría a poblarse. Aún no había en ella vegetación; desoladas e inmensas superfícies rocosas eran lo que hoy llamamos continentes; pero la vida empezaba a animar poco a poco, saliendo del mar original, aquel mundo deshabitado.

Pero este mundo marino, ya lo hemos apuntado, está poblado de monstruos. Monstruos creados por la imaginación del hombre, y monstruos reales, algunos de ellos conocidos y otros todavía por descubrir. De los primeros y de algunos de los segundos se ocupará este libro. Desfilarán por estas páginas los más horrendos monstruos y los de traza más grotesca, pues el repertorio de horrores creado por la imaginación humana, aliada con la extraña catadura de algunos seres marinos, es casi inagotable. Tan grande fue la confusión en otros siglos, que muchas Historias Naturales de la Antigüedad y el Renacimiento que colocaban a autores de seres absolutamente míticos al lado de animales reales, y sin hacer distinción entre ellos. Así, por ejemplo, el fundador de la Ictiología, Guillaume Rondelet, autor de **Libri de Piscibus marini in quibus verae Piscium effigies expressae sunt,** dado a la imprenta en Lyon en 1554, y de **Universae aquatilium Historiae pars altera cum vivis ipsorum Imaginibus,** publicado al año siguiente, mezcla a peces identificados y a otros enigmáticos, como el fabuloso **antias** (acaso el actual mero), con otras criaturas completamente fantásticas: el «monstruo leonino», el «fraile de mar» y el «pez obispo». Veamos cómo los describe. Dice del monstruo leonino: «Este monstruo aquí representado es un animal perfecto, aunque no tenga ninguna parte propia para nadar, lo cual me ha hecho dudar a menudo de si era un monstruo marino. Pero en Roma me aseguraron que fue capturado en la mar poco antes de la muerte del papa Paulo III, y como me lo dijeron con toda seguridad, así lo hice representar.

»Tenía la figura y la talla de un león, con cuatro patas no imperfectas, sin membranas entre los dedos como el castor o el pato de río, sino que tenía las patas perfectas, divididas en dedos provistos de uñas, la cola larga, adornada por pelos en su extre-

mo, las orejas grandes y el cuerpo todo cubierto de escamas. No vivió mucho tiempo fuera de su medio natural.»

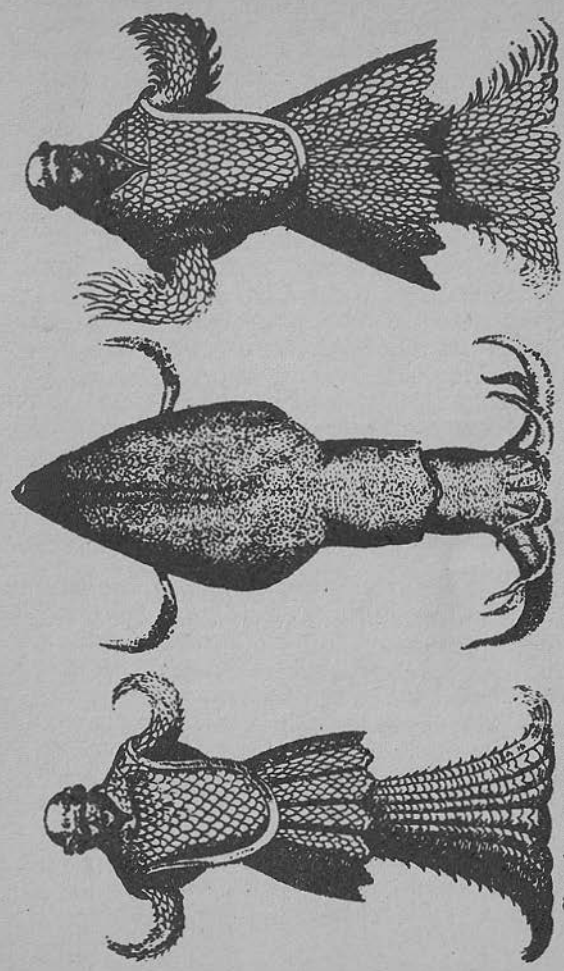
Veamos cómo describe al «monstruo con hábito de fraile»:

«En nuestros tiempos se capturó en Noruega un fraile de mar, después de una gran tormenta, al cual, todos los que lo vieron, le dieron al punto el nombre de fraile, pues tenía la cara de hombre, aunque rústica y disforme, la cabeza rasurada y lisa, sobre los hombros como un capuchón de monje y dos largas aletas en vez de brazos; el extremo del cuerpo acababa en una larga cola. El retrato que me sirvió para hacer el presente me fue dado por la ilustrísima dama Margarita de Valois, reina de Navarra, quien lo tenía de un gentilhombre que llevaba uno semejante para el emperador Carlos V, que estaba entonces en España. El gentilhombre decía haber visto este monstruo, tal como lo representaba su retrato, en Noruega, arrojado por las olas y la tempestad de la mar en la playa de un lugar llamado Dieze, cercano a una villa llamada Denelotoch. Vi otro retrato del mismo en Roma, que no difería en nada del mío.»

Ascendiendo en la jerarquía eclesiástica, encontramos ahora la descripción del «pez obispo», famoso en los anales de las monstruosidades marinas. Escribe el bueno de Rondelet:

«Vi el retrato de otro monstruo marino en Roma, adonde lo enviaron con credenciales en las que se afirmaba que el año 1531 se vio este monstruo vestido de obispo, tal como está aquí representado, el cual fue hallado en Polonia y llevado al rey de dicho país, ante el cual hizo ciertas señales para indicar que tenía grandes deseos de volver a la mar. Conducido a ella, arrojóse al punto a las olas.»

Durante todo el siglo XVII, el vulgo y los sabios, sin distinción, creyeron a pies juntillas en estos



1. Steenstrup comparó, en 1854, el fraile marino de Rondelet (izquierda) y el de Belon (derecha), con un calamar gigante, emitiendo la teoría de que ambos habían sido inspirados por el cadáver de uno de estos cefalópodos.

monstruos. Así, por ejemplo, el jesuita Gaspar Schott, que no era un naturalista sino un físico, publicó en una de sus obras, que vio la luz en 1657, una lámina con monstruos marinos en la que se reproducen exactamente dos de los monstruos de Rondelet, el fraile y el obispo, acompañados de un tritón y de un sátiro marino.

En 1718, Ruysch publicó una **Historia Natural de los peces antropomorfos.** En 1735, De Maillet aún creía en la realidad de estos fabulosos animales. Estas creencias perduraron entre el elemento ilustrado hasta muy entrado el siglo XIX. Nada menos que en 1882, encontramos todavía una noticia —acaso la última— sobre la captura de uno de estos monstruos.

Leemos, en efecto, en el **Fishermen's own book** del año citado, una curiosísima noticia sobre la captura de una sirena. Esta, al parecer, poseía una cabellera rubia y sedosa; las facciones del rostro eran perfectas; los brazos, torneados y femeninos, terminaban en garras parecidas a unas patas de águila.

En España, donde hallamos el mayor repositorio de noticias sobre nereidas y otros seres fantásticos, es nada menos que en el famoso **Teatro Crítico Universal** (Madrid, 1771), del padre Feijoo. Como señala acertadamente Julio Caro Baroja, acaso es al tratar de estos seres cuando la habitual certeza crítica del eminente polígrafo sufre mayor quebranto. El demoledor de tantas fábulas erróneas, el destructor de tantas supersticiones y creencias falsas, creyó que podían existir hombres anfibios, como el famoso hombre pez de Liérganes, y seres cuales los que la mitología clásica marina había imaginado.

El día de la víspera de San Juan de 1673 —dice Feijoo—, Francisco de la Vega Casar, vecino de Liérganes, en Santander, se fue a bañar con otros muchachos a la ría de Bilbao, población en la que estaba aprendiendo un oficio. Echóse al mar y no apareció más. Los compañeros reputaron que se había ahogado.

En 1679 unos pescadores gaditanos vieron en medio del mar, nadando con gran habilidad, «una figura de persona racional», que al cabo de varias tentativas pudieron capturar, resultando que no era otra que la del citado Francisco, que, vuelto a su tierra, vivió nueve años de modo extravagante, desapareciendo luego sin dejar huella.

El caso es tan maravilloso que por ningún modo se puede relacionar con el del «peje Nicolao», de Sicilia, o «pesce Cola», que vivió en el tiempo del rey Federico de Nápoles (1496-1501), como lo hace Feijoo. Encontramos una mención de este legendario personaje en el **Quijote**, donde Cervantes hace decir al Ingenioso Hidalgo lo siguiente, refiriéndose a las virtudes que deben adornar al caballero andante. Entre «otras menudencias, digo que ha de saber nadar como dicen que nadaba el peje Nicolás, o Nicolao . . . » (**Don Quijote de la Mancha,** parte segunda, capítulo XVIII).

Pero existen testimonios muy anteriores del Peje Nicolao. A fines del siglo XII, Walter Mapes, un inglés que había vivido en Italia, describía a Nicolás Pesce, el «Buceador», acostumbrado por su estancia casi continua entre las olas a conocer tan bien los secretos del mar, que podía predecir las tempestades; llevado a la corte del rey Guillermo de Sicilia, languideció hasta morir, al hallarse separado de lo que se había convertido para él en su elemento natural.

Aproximadamente por la misma época, el poeta provenzal Raimon Jordan, menciona al mismo buceador, que ya se había hecho célebre. Luego, en 1210, Gervasio de Tilbury alude a un Nicolás, originario de la costa de Apulia, que pedía aceite a los pescadores para descender más fácilmente en el

El famoso «pez-obispo», según una representación de 1531. Es muy posible que se tratase del cadáver de un pez, acaso un escualo (obsérvese la cabeza pisciforme del «obispo», inclinando de lado el dibujo), arrojado por las olas a la playa.

agua (los buceadores de combate romanos o «urinatores», según Plinio el Viejo, se llenaban la boca de aceite, que iban soltando lentamente mientras buceaban, sin duda para facilitarse la visión).

Fueron numerosos los escritores antiguos que cantaron las hazañas del «Peje», pero a veces mostraban tendencia a convertirlo en un ser mitológico, totalmente desfigurado por la vida marina. Así, Jovianus Pontanus escribió, en el siglo XV: «Nicolás recibió el nombre de Pez, porque no sólo había abandonado las costumbres de los hombres, sino casi también su rostro; era lívido, escamoso, horrible.»

Es casi indudable que en las costas italianas o sicilianas existió, a principios de la Edad Media, un buceador que se hizo famoso por su resistencia bajo el agua; con el transcurso de los siglos, este personaje se hizo legendario. Como acertadamente señalan Pierre de Latil y Jean Rivoire, los pueblos cristianos tuvieron sus Glaucos.

Hemos mencionado ya la cita del **Quijote.** En el siglo XVII, encontramos otras menciones del Peje. Dos sabios jesuitas, los padres G. Fournier y A. Kircher, citan ambos sus hazañas: «Según lo que se dice —escribió el primero—, Colas el Pez, durante las mayores tempestades nadaba tan bien contra el reflujo del agua y permanecía tanto tiempo sumergido, que algunos, ignorantes de lo que puede el ejercicio continuo, dudaban de que esto pudiese hacerse sin artes mágicas. Se cree que fue devorado por los peces al querer bajar al abismo en busca de una copa de oro, ofrecida como premio al mejor de los excelentes buceadores que se presentaron al concurso.»

En este párrafo del sabio jesuita se halla en germen la idea que dio a Schiller el tema para su balada **Der Taucher,** el Buceador. Acaso el origen de esta leyenda mediterránea haya que buscarlo en la leyenda de Teseo y Anfítrite, la cual ayudó al hé-

roe griego a que recuperase un anillo de oro arrojado al mar por Minos, rey de Creta.

Terminamos este artículo acudiendo a beber de nuevo a las documentadas fuentes de Julio Caro Baroja, el cual señala que, en el Renacimiento, Alejandro de Alejandris, el jurisconsulto, es el autor más conocido de los que subrayaron varios casos de hallazgo de tritones y nereidas, alguno de los cuales trae Feijoo.

Se ve que la creencia en hombres y mujeres marinos se extendía desde los mares griegos hasta los germánicos.

«Antiguamente en Portugal —dice Nieremberg—, se vio un hombre que salía del mar, toca(n)do con la boca una concha.» Era un tritón. El padre Fuentelapeña añade: «Y que aya dichos Tritones (que llama(n) hombres marinos) no es materia de duda, como co(n)sta de los Archivos de Portugal: donde se mouió pleito antiguamente, entre el Rey y el gra(n) Maestre de Santiago, sobre a quién pertenecía el Tributo de los Tritones, y Sirenas de la mar, y se sentenció, que el Tributo de las Sirenas tocara al Rey, y el de los Tritones al gran Maestre.» Es de suponer que ambos personajes contarían con ingresos más seguros.

En el «Jardín de flores», de Torquemada, uno de los interlocutores, en el diálogo primero, en el que también se recogen casi todos estos datos, dice algo que es de importancia folklórica excepcional, relacionado con la creencia en los hombres marinos de la costa galaico-portuguesa: «No quiero que passemos adela(n)te sin que sepays una comun opinion que se tiene en el reyno de Galicia, y es que allí ay vn linaje de hombres que llaman los Mariños, los cuales se dize y affirma por cosa muy cierta, y ellos lo niegan, que decienden de vno destos Tritones o pescados que dezimos, antes se precian dello, y aunque se cue(n)ta de diuersas maneras como cosa muy antigua, todas vienen a concluyr en que andando vna muger ribera de la mar entre vna espessura de arboles, salio vn hombre marino en tierra, y tomándola por fuerça tuuo sus ayuntamientos libidinosos con ella, de los cuales quedo preñada, y este hombre o pescado se boluio a la mar, y tornaua muchas vezes al mesmo lugar a buscar a esta muger, pero sintie(n)do que le ponian asechanças para prenderle desaparecio, quando la muger vino a parir, aunque la criatura era racional, no dexo de traer en si señales por donde se entendio ser verdad lo que dezia que con el Triton le auia succedido.»

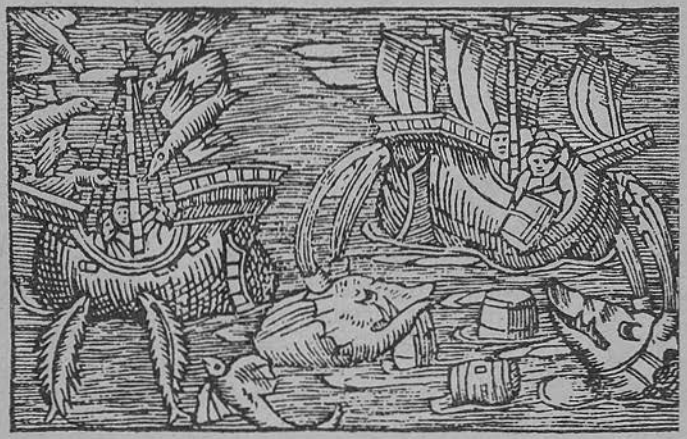
Según el citado Nieremberg, cuenta Pietro Martir d'Anghiera o de Angleria, en una de sus obras, cómo ciertos marinos-vascongados de su época (1457-1526) decían haber oído en plena mar una música agradabilísima que atribuían a los hombres marinos. De esta afirmación se hizo también eco Lope Martínez de Isasti, el historiador de Guipúzcoa.

Y Gil González Dávila, el explorador y militar —conforme a lo que el mismo Nieremberg dice—, afirmó haber encontrado a cien leguas de Panamá ciertos misteriosos peces que cantaban tan armoniosa y suavemente que producían sueño. Volvemos a encontrar aquí a las sirenas confundidas con seres acuáticos, como es tradicional en el folklore, y cómo las confundieron en una época toda clase de personas, según revela el estudio de la toponimia y el de la heráldica.

Pero no es cuestión de hablar detalladamente de las sirenas en el folklore español. El tema requiere un espacio mayor del que ahora disponemos y averiguaciones prolijas.

Antes de terminar este artículo, deseo consignar un extraño relato tomado al padre Fournier y cuyo protagonista es una ballena que nos deja verdaderamente estupefactos, «pues el ejemplar surgio a medias sobre las aguas, navegando como un barco

con sus grandes aletas. Avistada por un navío, se le disparó un cañonazo, que le rompió una aleta. El monstruo penetró con gran majestuosidad por el Estrecho de Gibraltar, lanzando terribles rugidos, y vino a embarrancar en Valencia, donde encontró la muerte. El caparazón de su cabeza era tan grande, que podía contener a siete hombres, y en su boca cabía un hombre a caballo. En el vientre se encontraron a dos hombres muertos. Todavía puede encontrarse en El Escorial la mandíbula de este monstruo, que alcanza 17 pies de longitud».



Portada, verdaderamente espeluznante, de la obra de Olavo Magno «Los peligros del mar». En esta obra, que formaba parte de su *Historia de las Naciones Septentrionales* (1555), aparecen toda suerte de monstruos marinos de horrenda catadura, algunos reales y otros completamente imaginarios. En el dibujo podemos observar, junto a los peces voladores, que más bien parecen pájaros, como unos extraños monstruos con cabeza de cerdo y que arrojan agua por unas protuberancias cefálicas. Es posible que el geógrafo renacentista quisiera representar con ellos a las ballenas.

I

MONSTRUOS MARINOS DE LA ANTIGÜEDAD

Hace miles de años, cuando los primeros hombres, antepasados nuestros, llegaron por primera vez ante la inmensa extensión líquida del mar, probablemente se sintieron sobrecogidos por su vastedad y en su alma primitiva e infantil la naciente admiración se mezclaría con el temor. ¿Qué era aquella enorme y dilatada llanura azul, de la que se escapaba un rumor ininterumpido? Acercándose a la playa, sus pies se bañarían en la resaca, huyendo con temor cuando se aproximaba una ola coronada de espuma cabrilleante. Aquello era agua: la Gran Agua la llamarían, probablemente, en su lengua tosca.

No sabemos cuándo y dónde tuvo lugar este pri-

mer contacto del hombre con el mar. La fecha está perdida en la noche de los tiempos. Sin embargo, fue tan importante para la Humanidad como aquella otra fecha ignota en que un hombre encendió fuego por vez primera, o aquella otra en que, un hombre también, inventó algo de tanta trascendencia como la rueda. Hoy hablamos con admiración de los grandes inventores y descubridores; de los Edison, Fleming, Colón, Vasco de Gama y otros héroes y bienhechores. Pero en lo más profundo de nuestra alma debiéramos rendir un callado homenaje al recuerdo ignorado de aquellos otros genios que inventaron el arado y la rueda, descubrieron el fuego, pintaron el techo de la caverna de Altamira e iniciaron la conquista del mar. Grandes genios y héroes, artistas, sabios y conquistadores de la talla de un Napoleón, un Goethe, un Edison, un Miguel Angel y un Cortés. Sin embargo, sus nombres serán para siempre ignorados —si es que siquiera tuvieron nombre—. Eran hombres, era el Hombre que creaba, inventaba y descubría, y por tanto eran nuestros hermanos, éramos nosotros mismos inventando, creando y descubriendo.

La Gran Agua. Mansión de los dioses y de los demonios. Ser vivo también, de innúmeros rostros y apariencias. Proteo. Volando sobre sus aguas, las sirenas de cabeza de mujer y cuerpo de ave de presa, con aceradas garras, acechaban a los navegantes. Escila y Caribdis. Monstruos, monstruos. Polifemo; los Cíclopes, Eolo. Y, por último, Ulises. El hombre otra vez. El hombre, centro del Universo, señor y dueño, dando nombre a todas las cosas, a todas **sus** cosas. Desde los oscuros tiempos prehistóricos, toda una vasta mitología fue tomando cuerpo y apariencia en el regazo del mar. Tenemos que esperar a los griegos para hallarla codificada y estructurada en la «Odisea», gran poema del mar. Pero en la «Odisea» hay ecos muy remotos, ecos prehelénicos, ecos egeos

y fenicios. En ella, todas las cosas y todos los aspectos del mar tienen ya nombre, **son** ya una deidad o un ser. En lo más profundo gobierna Poseidón, señor del mar, hermano del Zeus celestial y del Hades infernal. A su vera se sienta su esposa, Anfitrite. Las Oceánidas y los Tritones les dan escolta, cuando la augusta pareja se desplaza en su carro tirado por hipocampos. Poseidón, como Zeus, era hijo de Cronos y Rea. Después de que los Titanes fueron derribados, recibió el dominio sobre todas las aguas, dulces y saladas. Suplantó a Océano, que reinaba en la dinastía anterior. Los antiguos griegos suponían que las aguas discurrían bajo la tierra y la sustentaban; a ellas se debían los terremotos. Además, el Océano rodeaba todo el círculo de la Tierra como un gran río salado. Homero habla de Poseidón como «aquel que ciñe el mundo y hace retemblar la tierra». Aunque era miembro del Consejo Olímpico de los dioses, tenía su palacio en las profundidades del mar. Porque, como canta el viejo Homero: «... allí, en las profundidades del mar, tenía palacios magníficos, de oro, resplandecientes, e indestructibles. Luego que hubo llegado, unció al carro un par de corceles de cascos de bronce y áureas crines, que volaban ligeros; y seguidamente envolvió su cuerpo en dorada túnica, tomó el látigo de oro hecho con arte, subió al carro y lo guió por encima de las olas. Debajo saltaban los cetáceos, que salían de sus escondrijos, reconociendo al rey; el mar abría, gozoso, sus aguas, y los ágiles caballos, con apresurado vuelo y sin dejar que el eje de bronce se mojara, conducían a Poseidón hacia las naves de los aqueos».[1]

Los romanos, cuando introdujeron el Panteón heleno en Roma, identificaron a Poseidón con Nep-

[1] Homero, «La Ilíada», trad. Luis Segalá y Estalella.

tuno, una antigua divinidad local de la humedad y las aguas corrientes.

¡Eterna mitología marina! De los primitivos a los polinesios, bajo otros hombres y figuras, la historia se repite. Pero sigamos con el examen de las antiguas divinidades marinas mediterráneas. Hablemos ahora de los «Viejos del Mar» y su descendencia.

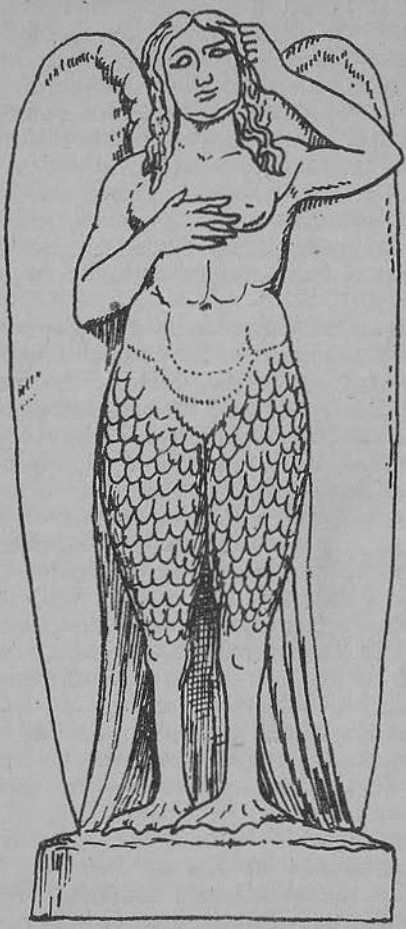
Nereo, el sabio y bondadoso «Viejo del Mar», vivía con sus cincuenta hijas encantadoras bajo las aguas, en el interior de una gran caverna resplandeciente. Personificaba al mar como fuente de ganancias para los hombres, el mar sobre cuya superficie tranquila y calmada los mercaderes y marineros se aventuran con sus naves. Sus cincuenta hijas, las Nereidas, representan el mar en todas sus múltiples fases. Viven juntas y felices en la profunda caverna submarina, pero suben a menudo a la superficie, y a la luz del sol o bajo el claro de luna puede vérselas sentadas en la playa o sobre una roca cubierta de algas, secando sus largos cabellos verdes, o cabalgando sobre los delfines, o jugando entre las olas con los Tritones, medio hombres, medio peces. Si un mortal se aproxima, se dejan caer nuevamente al mar y desaparecen, porque sus cuerpos terminan en verdes colas de pez y las aguas profundas son su verdadero hogar. Entre las cincuenta Nereidas, hay tres especialmente famosas; Anfítrite, esposa de Poseidón; Tetis, madre de Aquiles, y Galatea, a quien amaba el cíclope Polifemo. Posiblemente, la concepción moderna de las sirenas arranca de las antiguas Nereidas, y no de las antiguas sirenas griegas, pues éstas, como ya hemos dicho, tenían cuerpo de ave. Sin embargo, la concepción moderna ha tomado de estas últimas el carácter, ya que no la figura.

Otro «Viejo del Mar», aún más extraño y misterioso, era Proteo, el pastor del rebaño de focas de Poseidón. Proteo poseía el don de la profecía, y predecía el futuro a aquél que conseguía sujetarlo

Representación antigua de Nereo, monstruo fabuloso mitad hombre y mitad pez (o serpiente marina), que en el grabado aparece empuñando el tridente, arma de Poseidón, el Neptuno de los romanos, del que era hijo.

y mantenerlo quieto. Pero, como el propio mar, cambiaba continuamente de forma, y cuando se le había conseguido inmovilizar bajo la apariencia de un león enfurecido, se deslizaba convertido en serpiente, o bien se transformaba en una llama, o terminaba por desaparecer convertido en un riachuelo que la tierra se bebía. No obstante, y a pesar de todas sus tretas, el astuto y prudente Ulises consiguió sujetarlo y arrancarle la predicción deseada.

Nos hemos referido ya a las sirenas como aves de presa, con cabeza y rostro de mujer. Las sirenas personificaban los traidores peligros y asechanzas del mar, así como Nereo representaba su rostro bondadoso y apacible. Especialmente en el lejano Occidente, en las proximidades de Sicilia e Italia, la fábula hablaba de los riesgos innúmeros que acechaban al atrevido nauta. En alguna parte de aquel mar se hallaba la isla de las sirenas, cuyo rostro y pecho eran de hermosas doncellas, pero cuyo cuerpo y garras eran de feroces aves de presa. Con sus cantos dulces y enervantes atraían a los incautos marinos, haciendo que sus naves se despedazasen contra las rocas y escollos. Aquel que oía una vez sus mágicas voces, olvidaba para siempre jamás a su patria y hogar, a su mujer e hijos, para escuchar únicamente a las hechiceras y arrojarse al mar en pos de ellas. La playa desde donde entonaban sus pérfidos cantos blanqueaba con los huesos de innúmeros hombres. Parecían tan bellas como la lisa y brillante superficie del mar que sonríe traicionera sobre los huesos de sus víctimas. El paciente Ulises fue advertido de las artes mágicas de aquellas malignas doncellas y consiguió librarse de su hechizo haciendo taponar los oídos de sus compañeros con cera, mientras él se hacía sujetar fuertemente al mástil de su embarcación, con lo que, a pesar de sus desesperados esfuerzos, no dio el salto fatal hacia las ondas.



Para los griegos, las sirenas eran mujeres aladas con cuerpo de ave. En esta representación aparecen caracteres ictiomorfos que preludian ya la sirena con cola de pez de épocas posteriores.

Aún más terribles que las sirenas, y sin el maligno hechizo de éstas, eran las Arpías, con sus enormes alas y fuertes talones. Eran divinidades de las tempestades y de la muerte, que arrebataban sus presas en alas del viento. Cuando los cansados marineros desembarcaban inadvertidamente en la costa poblada por las arpías, y se disponían a consumir sus provisiones tras haberlas preparado, se abatían sobre ellas aquellas pérfidas aves, llevándoselas sujetas en las garras. Su llegada traía no sólo el hambre, sino el funesto presagio de la muerte inminente.

Pero no eran éstas las solas apariciones que acechaban a los marineros. El estrecho que se abría entre las costas de Sicilia e Italia estaba poblado de peligros. En la base de un terrible acantilado se abría la cueva que albergaba al monstruo Escila. Desde el interior de la oscura caverna alargaba sus seis cabezas, armadas con hileras de afilados dientes. ¡Ay del marinero que se aproximaba a ella! Apresado por sus doce largos brazos, era devorado inmediatamente por aquellas enormes y voraces mandíbulas, y sólo quedaban de él los huesos. Y si los marineros conseguían escapar de este monstruo, en el otro lado les aguardaba Caribdis, sorbiendo el agua en su negro remolino y vomitándola, tres veces por día, Aún hoy se dice «Ir de Escila a Caribdis» para significar pasar de un peligro a otro mayor o semejante. Actualmente, Caribdis sigue constituyendo un tremendo remolino, un lugar de corrientes encontradas y difíciles.

Estos eran algunos de los dioses y monstruos con que la imaginación mítica de nuestros antepasados pobló las inmediaciones marinas. Desde aquel lejano día en que el hombre descubrió el mar, éste pasó a formar parte de su vida, como una presencia cotidiana, unas veces; como algo misterioso y distante, otras. Pero aquellos pueblos que se asentaron en sus orillas, no tardaron en adquirir con él una gran familiaridad. Si bien es cierto que el hombre prehistórico fue sobre todo cazador, no por ello dejaría de practicar la pesca en las aguas someras de ríos y lagunas, e incluso en el propio mar. Las representaciones de peces y de animales marinos son rarísimas en el arte rupestre; sin embargo, el hombre prehistórico utilizó arpones y propulsores de asta y hueso, semejantes a los que utilizan hoy en día los esquimales. Ello quiere decir que nuestros remotos antepasados acosarían a los peces en su propio elemento, practicando quizás una modalidad primitiva de la pesca submarina actual. Que el hombre primitivo buceaba, nos lo prueba de modo incuestionable, entre otros hechos, la presencia de conchas de moluscos que sólo viven a alguna profundidad, entre los «restos de cocina» o **kjokkenmöddings** de orillas del Báltico. Estos montones de restos, formados principalmente por conchas, alcanzan a veces altura extraordinaria, formando verdaderas montañas de desechos culinarios.

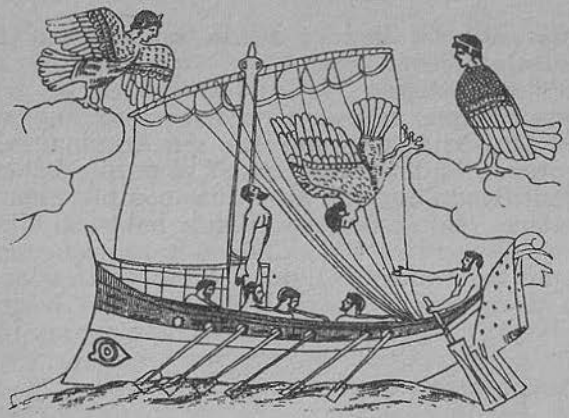
Entre los antiguos pueblos mediterráneos, atraen inmediatamente nuestra atención los prehelénicos o egeo-cretenses. El propio medio en que vivían —el mar Egeo— ya colocó a estos pueblos mediterráneos, de tez morena y estatura no muy elevada, nerviosos y musculados, en una posición ideal para dedicarse al buceo y a la observación del fondo del mar. Como los polinesios actuales, los antiguos egeos llevarían una vida casi anfibia; para ellos el mar sería un medio tan natural y familiar como la tierra firme. Los fenicios fueron navegantes por necesidad y por afán de lucro; los egeos crearon una **talasocracia** porque eran ya, de nacimiento, verdaderos señores del mar. El descubrimiento de la civilización cretense, de esta civilización que se remonta al año 3,000 antes de J., fue una verdadera sorpresa en la Europa culta de comienzos de siglo.

La piqueta del arqueólogo inglés Evans desenterraba palacios fabulosos, salas con las paredes recubiertas de maravillosos frescos, piezas de cerámica de una belleza insospechada, y que nos hablan de una civilización rica y floreciente en una época y en un lugar donde nadie la hubiese podido sospechar. Para el mundo culto, la Grecia del siglo V antes de J. era el pináculo del arte, y antes de ella sólo nos encontrábamos con las rudas formas del arte dórico, o con la pesada majestad del arte egipcio. Pero he aquí que de repente surgía un arte vivo, fresco, maravilloso, que revelaba a un pueblo de artistas y de creadores, a unas gentes que habían alcanzado un lujo y un refinamiento que ya hubiera querido para sí el siglo de las Luces europeo. Visto a la luz de este descubrimiento, el arte griego clásico parecía más bien un sereno renacimiento, después de siglos de incultura y barbarie; después, en suma, de otra Edad Media. Pero el arte griego clásico había sido creado por pueblos indogermánicos, por pueblos que descendieron del centro de Europa y de Escandinavia en el 1200 a. de C., en cuya fecha se sitúa la primera invasión doria, que la historia griega conoce por el nombre de «retorno de los Heraclidas». La mitología griega está emparentada estrechamente con la mitología escandinava; el Olimpo griego nace cuando las nebulosas divinidades nórdicas se despojan de su atavío boreal bajo la clara luz y el cielo azul del Mediterráneo, mostrando sus miembros blancos y armoniosos. Pero los pueblos egeos eran mediterráneos; no eran pueblos rubios y de elevada estatura, como los dorios. Y su mitología nada tiene qué ver con la de los arios. Hallamos en ella a una divinidad femenina suprema, la Gran Madre, personificada también en Nuestra Señora del Monte (**Dictynna**), señora de los parajes altos, adorada bajo la forma de una piedra bruta y más tarde identificada a

Deméter, al igual también que la Dulce Virgen (**Britomartis**), alternativamente celeste e infernal, perseguida por Mimos, el Toro divino. Y la tierna heroína que guió a Teseo en el Laberinto no es otra que la Muy-Santa (**ari-adne**), o sea Ariadna, manifestación de la diosa suprema. Y el propio Laberinto, identificado hoy con las ruinas complicadísimas del palacio real de Knossos, donde habitaba Minos, tiene una significación religiosa y sagrada: es la Casa del Hacha (**labris**), pues el hacha era adorada como objeto sagrado, y se halla en forma de doble segur sacrificial grabada en las columnas, pintada en las vasijas, tallada bajo el revestimiento de los muros, para protegerlos mágicamente con su presencia. Según Glotz, la doble hacha representa la suprema condensación de lo sagrado, el arma que mata al toro divino y que aparece tan a menudo representada entre sus cuernos, el antiguo utensilio mediante el cual el sacrificador hace pasar del animal al hombre la energía viril del dios.

Religión desconcertante y de aspectos estremecedoramente modernos, a veces. Que adoraba, además de la doble hacha y el Toro divino, la columna y la paloma, generalmente asociadas. Que tiene una Gruta de la Navidad en el monte Ida y un Santo Sepulcro en el monte Iuktas; que tiene una Pasión y una resurrección del Hijo; mito este último —el de la Resurrección— emparentado tal vez con el místico renacimiento del Osiris egipcio y del Adonis-Tammuz frigio y fenicio. Que tiene por último, como misterioso símbolo sagrado, la Cruz, además de una Trinidad... Pero lo más sorprendente es que este extraño culto tenía lugar en Creta dos mil años antes de nuestra era y del advenimiento del Señor.

En los palacios desenterrados por Evans fueron apareciendo, en los frescos que decoraban las paredes de las salas, teoría tras teoría de sacerdotisas ricamente ataviadas y de esbeltos jóvenes more-



El célebre episodio de Ulises y las sirenas, en que vemos al héroe atado al palo de su embarcación mientras sus compañeros reman, con tapones de cera en los oídos, aparece aquí representado en un ánfora griega arcaica, que se conserva en el Museo Británico.

Glauco era un pescador beocio que, después de comer una hierba maravillosa, se convirtió en pez, tal como nos refiere Ovidio en las *metamórfosis* y como está representado en este grabado holandés del siglo XVII.

Episodio de la *Odisea:* Ulises y las sirenas. Crátera lucania del Museo de Berlín.

nos, de cintura de avispa. Las mujeres llevaban un complicado peinado, cuyos detalles recordaban al de las elegantes de 1880. Otros detalles del atavío recordaban a las gitanas andaluzas actuales: amplias faldas de volantes, que caían airosamente hasta el suelo; ajustadas chaquetillas ricamente bordadas, y que dejaban los senos al descubierto; tocados complicadísimos, con profusión de bucles y rizos, que hicieron dar el nombre de «la Parisién» a una dama representada en un fresco, por su gracia picaresca y muy francesa. A su lado, los hombres contrastaban por su tez morena y su sumario atavío: un simple taparrabos sujeto por un cinturón apretadísimo. Todo su adorno consistía en algunos brazaletes, o unas plumas en el pelo, como el maravilloso «Príncipe de las Flores» de Knossos. Nuestro asombro llega, sin embargo, al límite cuando sabemos que una de las ceremonias más importantes del culto cretense eran... las corridas de toros. En ellas, los neófitos jóvenes de ambos sexos vestidos únicamente con un sumario taparrabos, saltaban por encima de los toros después de sujetarse a sus cuernos.

Y al llegar aquí, habrá exclamado el lector: «¿Faldas de volantes? ¿Corridas de toros? Estamos en Andalucía...» Y tal vez no andará muy descaminado... Se han supuesto relaciones comerciales y culturales entre la talasocracia cretense y el fabuloso imperio de Tartessos, perdido en la noche de los tiempos y cuyos restos buscó en vano Schulten en las orillas del Guadalquivir. Se ha dicho que los antiguos andaluces pudieron heredar ambas cosas —corridas de toros y faldas volantes— de los cretenses; pero hoy se afirma que sucedió lo contrario: que fueron los súbditos del fabuloso rey tartesio Argantonio, quienes introdujeron en Creta el culto al toro y el atavío que aún hoy nos causa sorpresa. Y aún hay quien afirma que esta cultura no

era más que una postrera supervivencia de la cultura de la Atlántida, desaparecida para siempre bajo las olas. Pero esto nos llevaría demasiado lejos...

Lo curioso es observar el gran espacio que ocupan las representaciones de animales marinos en el arte cretense y minoano. Y estos animales marinos están reproducidos con un extraordinario verismo y fidelidad; como sólo podían haberlo hecho unos artistas que estuviesen muy familiarizados con ellos; que los hubiesen contemplado moviéndose en su medio marino. Ello nos lleva necesariamente a creer que los egeo-cretenses practicaron la inmersión submarina; que para ellos el mar no fue una simple vía de comunicación y comercio, sino algo más, algo mucho más entrañable. Pensemos únicamente en el pulpo representado en el célebre vaso de Gurnia; sus tentáculos parecen moverse, flotando con libertad en su líquido elemento. Igual impresión de vida nos producen los peces voladores del fresco de Filacopi.

Muy significativo también es que una de las fábulas clásicas más importantes sobre la inmersión esté localizada en Creta. Cuenta la fábula que el poderoso rey Minos desafió al héroe griego Teseo a que recuperase un anillo de oro que él mismo arrojó al mar. Teseo se zambulló y consiguió recuperar la joya, ayudado por Anfítrite, esposa de Poseidón, y contando también con la protección de la prudente Atenea. Si sabemos interpretar esta fábula, veremos en ella a los egeo-cretenses arrebatando sus tesoros al mar, o más aún; a los cretenses, personificados por Minos, revelando su secretos submarinos a los griegos triunfadores... Estos, en efecto, trataron de asimilar la cultura cretense, y nació la civilización micénica, irradiación de la cultura de las islas sobre la cultura aquea del continente, mucho más pobre. Los aqueos, en efecto, eran los representantes de una primera oleada de

pueblos dorios, guerreros y conquistadores, que se asentaron, con sus formidables fortalezas ciclópeas del tipo de las de Tirinto y Micenas, sobre la primitiva población mediterránea de la Hélade, tal vez los misteriosos pelasgos. No destruyeron la cultura cretense; por el contrario, la adoptaron en parte, creando la modalidad continental conocida por arte micénico, por tener su centro en Micenas **rica en oro**, como la llama Homero. Los aqueos son los héroes de la Ilíada; aqueos eran Menelao y los otros caudillos griegos que acudieron a poner sitio a Troya. Homero, en el siglo VIII a. de J. C., conserva aún el recuerdo y el eco de aquel vago pasado heroico y guerrero.

La última oleada dórica, o sea el «retorno de los Heráclidas», significó la muerte tanto para la cultura micénica como para la cultura cretense. El palacio de Knossos fue incendiado alrededor del 1200, y lo propio ocurrió con los de Faistos y Hagia Tríada. Comenzaba la Edad Media griega.

Pero, en lo que respecta al mar, los griegos supieron aprovechar la lección cretense. Otra de sus fábulas nos habla de Glaucos, el pescador beocio que, tras comer una hierba milagrosa, vió cómo sus extremidades inferiores se convertían en colas de pez, y pasó a vivir para siempre en el seno de las aguas marinas, donde se convirtió en una divinidad. Ovidio describe con todo detalle la transformación sufrida por Glaucos en las **Metamórfosis** (Libro XIII, 924-968). Observe el lector que el nombre de este personaje mitológico es también el del color verde de las aguas marinas.

II

LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO

La Edad Media constituyó un enorme paréntesis por lo que al conocimiento del mar se refiere. El pesado caballero cubierto de hierro de pies a cabeza, encastillado entre riscos, fue el protagonista de la Historia. La antigua tradición griega estaba perdida, y sólo subsistía entre los árabes. Sin embargo, en el Mediterráneo es posible que se siguiesen pescando esponjas y coral. Alcanzó gran renombre el extraordinario buceador Nicolás «el Pez», que se convirtió casi en un ser legendario. Este personaje inspiró posiblemente a Schiller su balada del «Buceador». Sicilia y las ciudades de Italia que mantenían un mayor contacto con el mundo árabe y helénico, conservaron sin duda restos de la antigua familiaridad con el mar.

La exploración submarina moderna ha arrinconado los monstruos marinos a las profundidades oceánicas o a las páginas de los libros escritos por autores de secano. Al hombre moderno que penetra bajo la superficie del mar, éste no le aparece poblado de monstruos. Sin embargo, para la imaginación sobreexcitada de nuestros antepasados y de los cronistas medievales, el mar rebosaba de monstruos y quimeras.

Y, sobre todo, la Edad Media, esa época que vivió vuelta por completo de espaldas al mar, alimentó un espíritu de tenebrosa hostilidad hacia las azules aguas del océano. Por ejemplo, en la sorprendente epopeya céltica sobre el maravilloso viaje de San Brandano, en el curso del cual un puñado de monjes se aventuraron sobre el océano para ir en busca del Paraíso, leemos: «Y en el agua pululaban bestias odiosas que subían de las profundidades al encuentro de la nave, chocando con sus costados de cuero, embistiendo los remos y trepando a bordo de ella para ver mejor a los frailes.» ¡qué lejos estamos, en esta tenebrosa epopeya irlandesa del siglo V, de la atmósfera luminosa de la «Odisea»! La misma diferencia que hay entre las aguas grises y frías del océano Atlántico y las azules ondas del Mediterráneo. En la epopeya céltica, San Brandano y sus monjes viven una verdadera pesadilla. Pero contando con la protección de Dios, terminarán por alcanzar la isla del Paraíso, tibia y aromática, y que sin duda era una de las Antillas.

Sirenas medievales

La sirena medieval ya no es el ave de presa con cabeza de mujer de los griegos. En el «Diálogo de las criaturas moralizadas», impreso en Ginebra en 1481, su autor Gerardo Lyon escribe: «La sirena

es un monstruo de la mar, de medio cuerpo para arriba doncella y de medio cuerpo para abajo pez. Con tanta dulzura canta que hace dormir a las gentes, en especial a los navegantes. Los jóvenes, atraídos por sus cantos y deseando gozar de su compañía, se precipitan a las ondas, o perecen ahogados.»

En el «Bestiario del Amor», que Ricardo de Fournivel redactó en 1250, se conservaba aún un vago recuerdo de la sirena griega. «... Como aquél a quien da muerte la sirena tras adormecerlo con sus cantos. Pues hay tres guisas de sirenas, dos de las cuales son medio mujeres y medio peces, y la tercera, medio mujer y medio ave.»

De la Edad Media arranca, pues, la concepción moderna de la sirena, como mitad pez mitad mujer. Es la **mermaid** inglesa, la **lady of the lake** o dama del lago escocesa, la **meerfrau** germana, la **mor-greg** bretona, la **dona d'aigua** catalana, y la **rusalka** eslava. Como vemos, esta temible vampiresa acuática había invadido ya por esta época las aguas dulces de ríos y lagos. Sin embargo, sus costumbres solían ser menos crueles que en la antigüedad, por lo general, contentándose con casarse con el mortal a quien seducía con sus artes mágicas, para abandonarlo al poco tiempo.

Aquí la leyenda se confunde con la de las **ondinas,** que ya en el siglo IV antes de Jesucristo mencionara el filósofo griego Teofrasto. Famosa entre las ondinas modernas es la Lorelei del Rin, verdadera personificación del alma brumosa del gran río germano.

Juan Cristián Andersen inmortalizó a uno de estos seres en su bello cuento de «La Sirenita» que hoy en día, convertida en estatua de bronce y sentada sobre una roca, saluda a todos cuantos llegan al puerto de Copenhague.

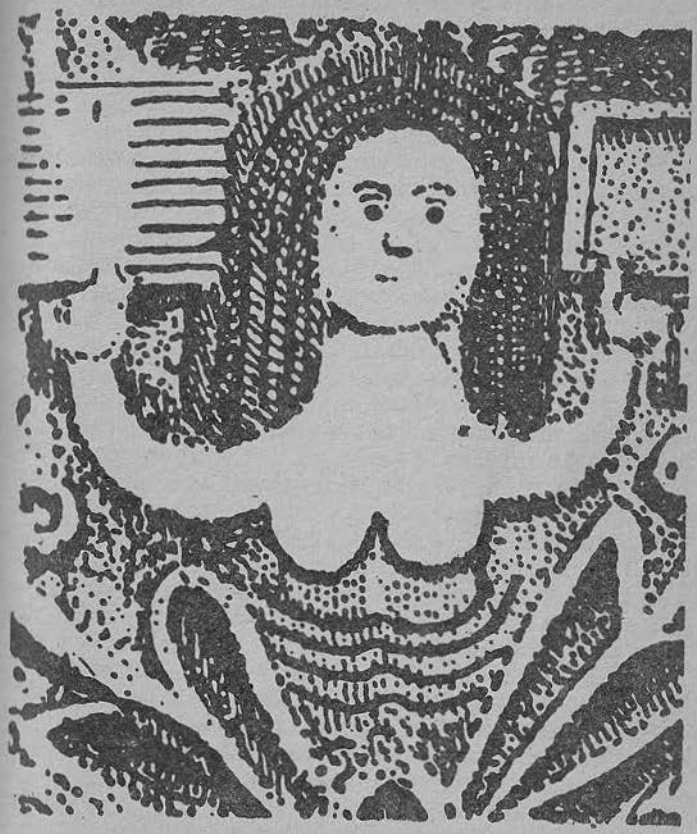
Tanto la Lorelei alemana como la pequeña sirena escandinava de Andersen como la sirena o **fata** Morgana, hija del rey de Is, la ciudad bretona que se-

gún la leyenda se sumergió bajo las aguas, arrancan más bien de la concepción europea de las ondinas que de la idea que de las sirenas tenían los antiguos griegos.

Hasta el siglo XVIII, fueron numerosas las crónicas que mencionaron la captura o el arribo accidental a alguna playa de sirenas debidamente identificadas. Así, en su «Historia de Noruega» (1752), el obispo danés Erik Pontoppidan pudo facilitar numerosas pruebas de su existencia. Ciertos potentados, que creían a pies juntillas en ella, no vacilaron en pagar sumas fabulosas por uno de estos seres embalsamados. Modernamente se han encontrado algunos de estos objetos anatómicos, que se vendían bajo el nombre de «sirenas jóvenes». En realidad todavía se comercia con ellas en algunos puertos.

De ordinario se presentan como unas pequeñas criaturas grisáceas, de poco más de un palmo de longitud, que de medio cuerpo para arriba son de apariencia humanoide y de medio cuerpo para abajo tienen cola de pez. No son más que el resultado de un admirable trabajo de artesanía, ejecutado casi siempre por un chino. Están formadas por la reunión, invisible a simple vista, del torso, y la cabeza momificados de un mono o un lemúrido, con patas de ave a guisa de brazos y el abdomen y la cola de un pez.

En la concepción actual de las sirenas confluyen una serie de leyendas antiguas con tradiciones marineras modernas y residuos del folklore medieval. La sirena actual es el resultado de una serie de malentendidos y equívocos. Los antiguos, en efecto, tuvieron un ser fabuloso con cuerpo humano y cola de pez, pero este ser no era femenino, sino masculino y se llamaba **tritón.** En cambio, tuvieron divinidades femeninas de las aguas: náyades, ondinas y nereidas. Hemos visto ya que las nereidas eran criaturas marinas hijas del bondadoso Nereo y compañeras de



Sirena o lamia vasca representada en el escudo de Bertizarana (Navarra). La sirena aparece con los cabellos colgantes, los brazos levantados, manejando con la mano derecha un peine (atributo inseparable de las sirenas, con el que peinaban sus largos cabellos a la orilla del mar) y sosteniendo con la izquierda un espejo.

juego de los tritones. De ellas, y no de las sirenas clásicas, arranca la concepción moderna de las sirenas. En cuanto a las náyades, se llamaban así cualesquiera de las ninfas de las fuentes y los ríos.

El manatí. Los sirenios

Mas por si aún no fuese bastante, un nuevo elemento viene a complicar las cosas. Esta vez se trata de un animal, el manatí, un mamífero sirenio, de cuerpo muy grueso y piel cenicienta, que se encuentra en las proximidades de la costa oriental americana. Las hembras de estos animales poseen únicamente dos mamas, que de lejos pueden darles cierta apariencia femenina. Este hecho, junto con el de sostener entre sus muñones delanteros, que hacen las veces de aletas, a sus crías para amamantarlas, explica que los navegantes y conquistadores españoles de fines del siglo XV y principios del XVI creyesen contemplar a auténticas sirenas en las aguas de los estuarios y ríos americanos.

Estamos de acuerdo con el distinguido naturalista Enrique de Rioja, cuando afirma que, lejos de ser usurpadores de sirenas, los manatíes y dugongos sirvieron de levadura a la imaginación antigua para inventar el bellísimo mito.

Según José Durand, es lo más probable que los dugongos del mar Rojo y el océano Indico —consanguíneos inmediatos de los manatíes—, las focas que abundaban en el Mediterráneo y los manatíes de Guinea, hicieran pensar en seres prodigiosos, mescolanza de hombres y pescados. Y añade el mismo autor: «El distinguido naturalista Enrique de Rioja me comunica que, lejos de ser usurpadores de sirenas, los manatíes y dugongos sirvieron de levadura a la imaginación antigua para inventar el bellísimo mito... Por lo pronto —continúa informándonos el

profesor Rioja—, parece cierto que los rebaños de Proteo fuesen las focas del mar del Norte. Todas las viejas leyendas del pez-mujer, que amanece varado en desierta playa y que no tarda en desaparecer irrevocablemente, debieron tener origen en estos mamíferos acuáticos, cuyas cabezas resultaban antropomórficas por el simple hecho de no ser pez. Tales consejas se repiten con pequeñísimas variantes desde los tiempos de Plinio, cuando un lánguido monstruo amanece varado en las arenas de Cádiz, hasta el pez-hombre de Liérganes, pasmo de los contemporáneos de Feijoo. Un siglo antes, en 1672, Alonso de Sandoval habla del **pexe-muller**, afirmando que, «desde el vientre hasta el cuello», tiene un notable parecido con el cuerpo femenino.

»Ya en pleno siglo XIX, los diarios de Batavia anuncian la pesca de una sirena cada vez que se captura un dugongo, y monsieur Dumaillet fantasea complacido sobre los peces-mujeres. Esto provoca la ira de monsieur Lesson, del Instituto de Francia, el cual, en sus adiciones a Buffon, profiere dolidas quejas: «¡Cuán amigo es menester ser de lo maravilloso —escribe—, para tratar de establecer semejanzas tan desatinadas, y hallar en la fisonomía de un cetáceo, y en las eminencias groseras que tiene en su seno dedicadas a la lactancia, los encantos que hacen el más bello adorno del más bello objeto de la creación!»

»Por aquellos mismos años se resuelve separar de los cetáceos el orden compuesto por manatíes y dugongos, y bautizar la nueva grey con el nombre de **sirenios.** Innegable acierto, pues al subrayar el parecido quedan nítidamente diferenciados de los cetáceos, indignos de él. Así pasaron los manatíes del triste rango de ballenas fracasadas a la envidiable condición de presuntas sirenas.

»Como sirenas, los manatíes saciaron anhelos de divinidad: no de griegos, sino de indios america-

El siglo XVI clasificó a este caracol aberrante, con cuernos parecidos a candelabros, bigotes de gato e incluso aletas natatorias, entre los monstruos marinos. El grabado procede de la *Cosmografía* de Thévet (1575).

nos. Las gentes del Amazonas les dedican la mayor veneración, al igual que las tribus peruanas del Ucayali —campas, cashibos, panatahuas—. Indios hay que ante los manatíes se sobrecogen despavoridos de religioso terror. En Nicaragua, en el río San Juan, las manatinas que llevan a sus pechos dos tiernos manatos, oprimiéndolos con el más grande amor de sus torpes aletas, son justo símbolo de la maternidad. Imposible olvidar la probada dulzura de los manatíes: sus mismos nombres la expresan con ingenua elocuencia: **vaca-marina, pez-buey,** y también **pez-mujer,** al menos en la cuenca amazónica. Pez-mujer: nueva coincidencia con los mitos. El manatí, siempre orientado hacia las sirenas, prosigue su incesante acopio de calidades femeninas.

»Nunca perderá este rumbo. Recuérdese que, en pleno siglo XX, ciertos audaces japoneses enviaron a un congreso de paleontología falsas momias de sirenas. Eran, claro está, manatíes disecados.

»Una y otra vez los manatíes reinciden convirtiéndose en sirenas. Podrá extrañar tan bello destino en un monstruo feísimo; pero, lejos de sorprendente, es habitual que éste y otros gigantes del océano vivan de prodigio en prodigio. Si gnomos, elfos y geniecillos son los fabulosos personajes del bosque, manatíes, delfines y hasta lobos marinos son asombro y misterio de las aguas. Enormes todos ellos y maravillosos. Ignorados en sus portentos como hasta hoy los manatíes, también los lobos de mar sirven de conjuro a mundos alucinantes.»

A continuación vamos a reproducir algunos testimonios de importancia, entresacados de epistolarios y obras pertenecientes a la literatura clásica española. Empezaremos por el descubridor del Nuevo Mundo.

III

LOS CRONISTAS DE INDIAS

Cristóbal Colón

El pasaje que reproducimos pertenece al diario del primer viaje. Martín Fernández de Navarrete, en su edición publicada en 1825, piensa que las sirenas que creyó ver Colón acaso eran vacas marinas. Por reminiscencia de sus lecturas —escribe Henríquez Ureña—, especialmente de Plinio y Marco Polo, Colón «toma a los manatíes, en el mar, por sirenas». Igual piensa Antonio Ballesteros Beretta. El naturalista Enrique de Rioja estima que «Colón es un observador preciso y perspicaz» y que esta fábula de las sirenas es error nada frecuente en él. El 9 de enero, miércoles según el calendario anterior a la

reforma gregoriana, navegaba **La Niña** entre los 72 y 73 grados longitud oeste. Como Colón da cuenta de esas sirenas al anochecer, presumimos que las viese al declinar la tarde.

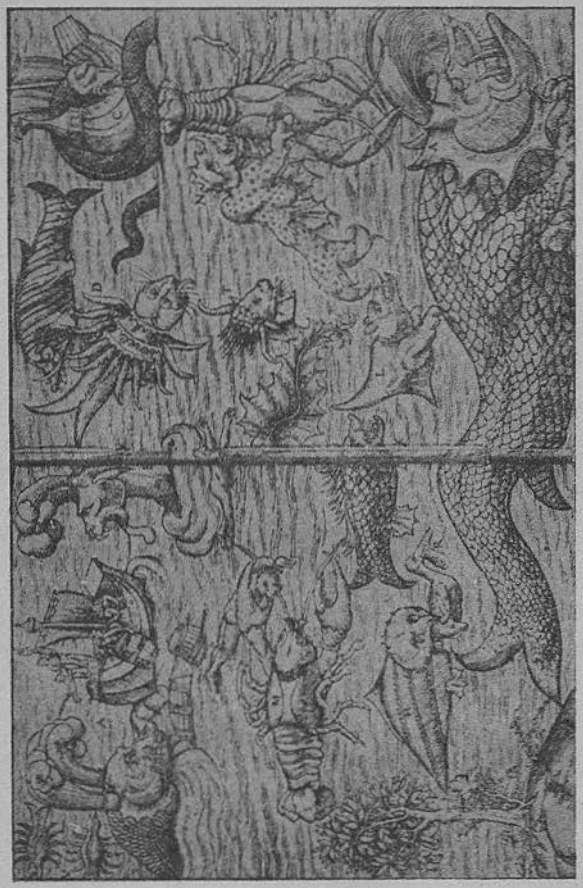
«El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo también que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de Manegueta.»

José Gumilla

Nació en Cárcer, Alicante, hacia 1687. A los dieciocho años pasó a América, donde acabó sus estudios de jesuita y se ordenó sacerdote. Por mucho tiempo fue misionero en la región del Orinoco; en ella murió, en 1750. Poco antes había aparecido su libro **El Orinoco ilustrado**, Madrid, 1741. Obra de considerable importancia histórica, es de amenísima lectura. De ella incluimos una cuidadosa descripción del manatí del Orinoco.

«Es la figura del manatí o vaca marina muy irregular y diversa de otro pescado. Ya dije que se mantiene de la yerba y ramas que se crían a las márgenes del río. La dentadura toda y modo de rumiar es propia de buey. También son semejantes a los del buey su boca y labios, con semejantes pelos a los que tiene también el buey junto a la boca. En lo restante de la cabeza no se le parece, porque los ojos son muy pequeños y desproporcionados a su grande mole. Sus oídos apenas se pueden distinguir con la vista, pero oye de muy lejos el golpe del remo, por lo cual los pescadores bogan sin sacar el remo del agua, por no hacer ruido. No tiene el manatí agallas, y así necesita sacar cada rato la cabeza para resollar. A distancia proporcionada de la

Esta horrible criatura no es más que una falsa sirena, fabricada con el cuerpo y la cabeza disecados de un mono o un lemúrido, algunas plumas de ave y la cola de un pez. Estos peregrinos «recuerdos», fabricados por hábiles artesanos, pueden adquirirse hoy en día en las costas que bañan el océano Indico.



Estos eran los horribles monstruos marinos que poblaban las «partes septentrionales», según la *Cosmographia Universalis* de Sebastián Munster, geógrafo alemán del siglo XVI. Afortunadamente el autor señaló mediante letras a los distintos monstruos, pues de lo contrario su «identificación» sería muy difícil.

cabeza tiene dos brazuelos anchos, a modos de penca de tuna; éstos no le sirven para nadar, sino para salir a comer fuera del agua. Cuando está el río bajo, va y vuelve muy despacio, y los indios, y también los tigres, suelen caerles encima. Bajo de dichos brazuelos tiene dos ubres con abundante leche y muy espesa. Luego que pare la hembra —pare siempre dos, macho y hembra— se los aplica a las ubres —el **cómo** sólo Dios lo sabe—, y, cogido el pezón, aprieta a sus dos hijos con ambos brazuelos contra su cuerpo, tan fuertemente que, aunque nada, brinca y salta fuera del agua con todo el cuerpo, jamás se desprenden las dos crías de los pechos de su madre, hasta que tienen dientes y muelas; entonces los arroja de sí y van junto a ella aprendiendo a comer, lo mismo que come su madre. Al nacer las crías, ya cada una pesa a lo menos treinta libras. Digo esto con toda certidumbre, porque, habiendo pagado, como se acostumbra, a dos pescadores para que me trajesen un manatí, acertaron a traer una hembra preñada, que es cuando están más gordas. Su tamaño era tal, que entre veintisiete hombres, con sogas y palos, no la pudieron sacar de la lengua del agua, donde habían volcado la canoa los pescadores, que es el modo de descargar. Viendo que las sogas se quebraban y que trabajaban en vano, la mandé abrir, para que, sacadas las entrañas, más fácilmente la trajesen a tierra. Con el resto de las entrañas sacaron las dos crías, que pesadas por romana cada una pesó arriba de veinticinco libras. Y así a todo seguro dije que cuando nacen ya pasan de treinta libras cada una.

»La piel, o el cuero, ya dije que es más recio y grueso que el de un toro, y tiene en tal cual parte algunos pelos algo más largos que los del toro. Su cola es de hechura contraria a la de todos los peces, porque éstos la tienen de alto abajo en forma de timón, y realmente les sirve de timón. Pero la

cola anchurosa del manatí es a modo de un grande círculo, que da vuelta de la extremidad derecha del cuerpo a la izquierda, y de ordinario tiene una vara de travesía, y a veces más, por cualquiera parte que se mida. El grueso es correspondiente, y todo cuanto contiene, fuera de las ternillas en que remata el espinazo, todo lo demás del interior es grasa o pura manteca. Después del cuero, tiene cuatro telas, dos de grasa y dos de carne muy tierna y sabrosa. El olor, cuando la están asando, es de lechón, y el sabor de ternera. Las costillas son más dobles y recias que las de un buey, y entre la última juntura del pescuezo y el casco de la cabeza tiene una chocozuela redonda, del tamaño de la bola de truco. Este hueso es remedio experimentado contra flujos de sangre, y para este efecto se busca y encarga con ansia. Del cuero forman rodelas los indios, para reparar («detener») las flechas en sus guerras. Un día antes que llueva, dan grandes saltos fuera del agua.»

El Orinoco ilustrado, parte I, cap. XXXI.

Pedro Mártir de Anglería

«Hombre genial, a su manera —escribe Pedro Henríquez Ureña—, humanista con vocación de periodista.» Nació en Arona, Italia, hacia 1447. Pasó a España, donde fue capellán de Isabel la Católica. A pedido de sus amigos italianos, va escribiendo y publicando las primeras noticias sobre el descubrimiento y conquista de América, desde 1504 hasta 1530. El pasaje que aquí reproducimos apareció por primera vez en Alcalá, 1516, en la imprenta de Antonio de Nebrija. Murió Pedro Mártir en Granada, en 1526.

«Ya que hemos mencionado esta parte del valle que se llama Atiey, tenemos que desviarnos de

nuestro asunto para hablar del inaudito prodigio de cierto pez marino.

»Caramatex, que así se llamaba el cacique de esta región, era hombre muy aficionado a la pesca. Un día cayó en sus redes un pececillo del género de esos enormes peces que los indígenas llaman **manatíes.** Creo que este monstruo es perfectamente desconocido en nuestros mares. Es animal cuadrúpedo, de forma como de tortuga, pero protegido de escamas, no de carapacho; es de cuero durísimo, de modo que ni las flechas le pueden hacer daño; está dotado de innumerables verrugas, pero el lomo lo tiene liso; su cabeza la tiene como de buey. Este pez vive en el agua lo mismo que en la tierra; es dócil y tranquilo, y se familiariza con el hombre igual que el elefante o el delfín; su inteligencia es asombrosa.

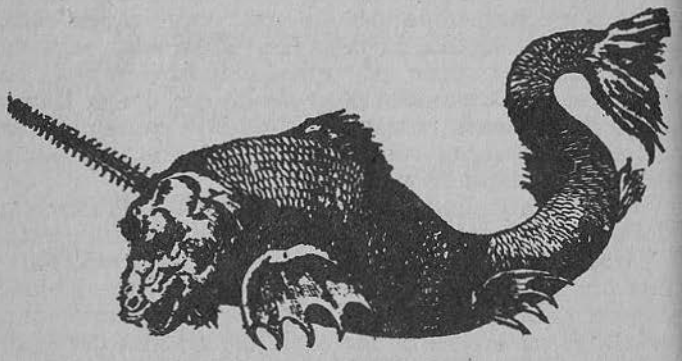
»Durante varios días, el cacique mantuvo en su casa al cachorro de pez dándole el pan de la tierra, hecho de yuca, mijo y otras raíces de que se alimenta la gente. Todavía estaba muy chico cuando lo echó a un lago cercano a su casa, como quien echa un ciervo al sotillo. El lago ese recibe su caudal de varias fuentes, pero por ningún lado desagua; su nombre era **Guanaibo,** pero desde ese día se llamó **Lago del Manatí.** Nuestro pez vagó libremente por las aguas durante veinticinco años, y creció hasta llegar a un tamaño enorme.

»Las hazañas que se cuentan del delfín de Bayas o del de Arión quedan muy por debajo de las de éste. El nombre que se le puso al pez fue **Matum,** palabra que significa «generoso» o «noble». Pues bien: cada vez que alguno de los parientes del cacique, que era la gente que él conocía mejor, gritaba desde la orilla de la laguna: «¡Matum, Matum!» —esto es, «¡generoso, generoso!»—, el pez, recordando los favores de los humanos, levantaba la cabeza y corría hasta quien así lo llamaba. Comía en la mano de la gente. Y si alguien le hacía señas de querer pasar

al otro lado, Matum se agachaba, invitando con este gesto a que montasen sobre él. Está bien averiguado que el monstruo llegó a cargar de una sola vez a diez personas, y que todas llegaron sanas y salvas a la otra orilla, cantando y tocando sus instrumentos.

»Pero si cuando alzaba la cabeza veía algún cristiano, se zambullía y se negaba a obedecer: y es que en cierta ocasión había sufrido daño de un mancebo cristiano, que era muy insolente. Este, en efecto, había lanzado contra el inofensivo y doméstico pez un agudo venablo, y si bien no sufrió ningún daño a causa de la dureza del pellejo, no dejó con todo de sentirse de la ofensa. A partir de ese día, cuando lo llamaba la gente, observaba antes en torno suyo con el mayor cuidado, para estar seguro de que no andaba por allí nadie vestido a la usanza cristiana.

»Luchaba en la orilla con los criados del cacique, pero sobre todo con un jovenzuelo a quien era afi-



Este es el pez sierra, según una representación renacentista, en la que lo único que tiene cierta semejanza con la realidad es precisamente la sierra. La deformación de los caracteres anatómicos de muchos animales hoy perfectamente conocidos, alcanzó extremos incleíbles en estos viejos textos medievales y renacentistas.

cionado el dicho cacique, y con el cual llegó a comer el pez varias veces en casa. Era más vivaracho que un mono. Fue durante largos años singular pasatiempo de toda la isla, pues una enorme multitud de indígenas y cristianos acudía diariamente a contemplar el portento de aquel monstruo.

»Dicen que la carne de esta clase de peces es muy sabrosa, y que se crían en aquellos mares en grandes cantidades.

»Pero llegó un día en que la gente perdió al gracioso Matum, que fue arrastrado hasta el mar por el Atibúnico, uno de los ríos que dividen en partes iguales la isla, en una inundación inaudita, acompañada de tormentas horribles, cosa que ellos llamaban **huracán.** El Atibúnico se salió de su cauce de tal modo, que arrasó todo el valle y se confundió con todos los lagos. Así que el bueno, el gracioso, el sociable Matum siguió el torrente del Atibúnico y regresó a su antigua patria, a las aguas en que había nacido. Nunca más se le volvió a ver.»

De Orbe Novo, déc. III, lib. VIII, cap. I; traducción de Antonio Alatorre.

Francisco López de Gómara

Según sus mismas referencias, nació en Soria, en 1511. Fue un humanista de amplia cultura, que adquirió en la Universidad de Alcalá y también en Italia. Más tarde fue capellán de Hernán Cortés. Entre sus obras figura la **Historia de las Indias,** Zaragoza, 1552-1553, una de las clásicas de la historiografía del Siglo de Oro. Se ignora la fecha de su muerte, que debió ocurrir entre 1557 y 1566. Ramón Iglesia, uno de sus mejores conocedores, se quejaba del injusto olvido en que ha caído su obra; pero si Iglesia era justo al pedir una revaloración histórica, más

justo aún es pedir una revaloración de sus muchas bellezas literarias. Sirva de ejemplo este capítulo.

«Manatí es un pez que no le hay en las aguas de nuestro hemisferio. Críase en mar y en ríos. Es de la hechura de odre, con no más de dos pies, con que nada, y aquéllos a los hombros. Va estrechando de medio a la cola. La cabeza como de buey, aunque tiene la cara más sumida y más carnuda la barba. Los ojos pequeñitos, el color pardillo, el cuero muy recio y con algunos pelillos. Largo veinte pies, gordo los medios, y tan feo es, que más ser no puede. Los pies que tiene son redondos, y con cada cuatro uñas, como elefante. Paren las hembras como vacas, y así tienen dos tetas con que dar de mamar a sus hijos. Comiendo manatí parece carne más que pescado. Fresco sabe a ternera; salado a atún, pero es mejor y consérvase mucho. La manteca que sacan de él es muy buena y no se rancia; adoban con ella su mesmo cuero y sirve de zapatos y otras cosas. Cría ciertas piedras en la cabeza, que aprovechan para la piedra y para la ijada. Suélenlos matar paciendo yerba orillas de los ríos, y con redes siendo pequeños, que así tomó un bien chiquito el cacique Caramatexi y lo crió veintiséis años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba. Salió tan sentido, aunque grande, y tan manso y amigable, que ¡mal año para los delfines de los antiguos! Comía de la mano cuanto le daban; venía llamándole Mato, que suena «magnífico». Salía fuera del agua a comer en casa, retozaba a la ribera con los muchachos y con los hombres, mostraba deleitarse cuando cantaban. Sufría que le subiesen encima, y pasaba los hombres de un cabo a otro de la laguna sin zambullirlos, y llevaba diez de una vez sin pesadumbre ninguna. Y así tenían con él grandísimo pasatiempo los indios. Quiso un español saber si tenía tan duro cuero como decían. Llamó «¡Mato, Mato!», y en viniéndole arrojóle una lanza, que, aunque no lo hirió, lo lastimó. Y de allí en adelante no salía del agua si había hombres vestidos y barbudos como cristianos, por más que lo llamasen. Creció mucho Hatibónico, entró por Guainabo y llevóse al buen Mato manatí a la mar donde naciera, y quedaron muy tristes Caramatexi y sus vasallos.»

Historia de las Indias, parte I, cap. XXX.

Antonio de Torquemada

Fue secretario del conde de Benavente, y autor de **Coloquios satíricos,** de la novela de caballería **Olivante de Laura** y del **Jardín de flores curiosas.** En esta última obra, aparecida después de su muerte, «había gastado mucho tiempo», según afirma la licencia de impresión. «El autor —escribe Alfonso Reyes—, discreto y mesurado en su juventud, según puede verse en los **Coloquios,** se fue torciendo y amanerando con los años, si no en el decir, al menos en el pensar.» La edición princeps del **Jardín** es de Salamanca, 1570.

»Y pues que viene a propósito, no dejaré de decir un caso maravilloso de un pescado que se vio en la isla de Santo Domingo o Española, luego como fue conquistada, y es que había en ella un lago, al cual fue traído por unos pescadores de la tierra que le tomaron en la mar, siendo pequeño, y creció tanto en aquel lago que se vino a hacer del tamaño de un caballo, o mayor, y estaba tan familiar con todos los que se acercaban a la orilla y le llamaban por un nombre que le habían puesto, que luego venía, y se llegaba a la ribera, tomando de las manos las cosas que le daban para comer, como si fuera algún animal doméstico. Y los muchachos tenían con él muy gran pasatiempo y regocijo, porque muchos días, llevándole que comiese, se ponían encima, y este

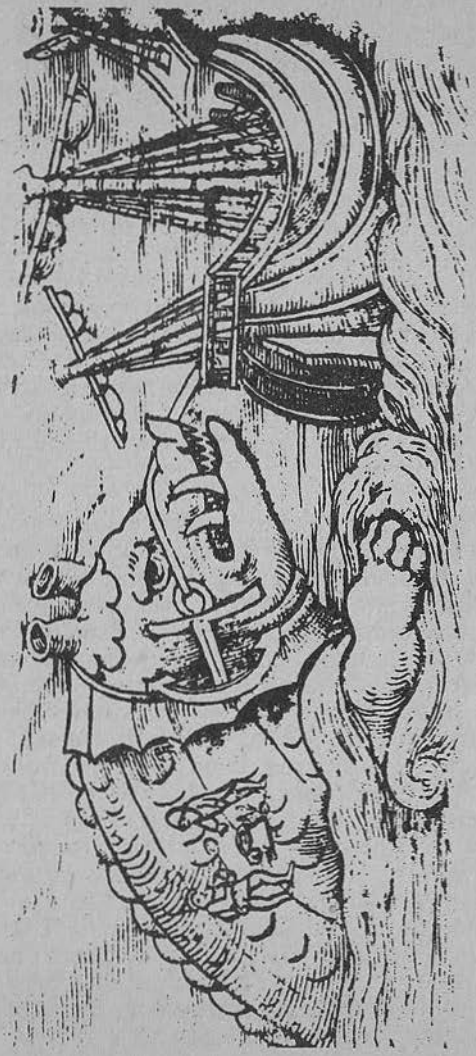
pescado los traía por todo el lago holgándose y regocijándose con ellos, y después les volvía a la ribera sin que jamás hiciese daño a ninguno, ni se metiese debajo de la agua. Y yendo unos españoles a ver esta maravilla, uno de ellos le arrojó una lanza, con que le hirió, y de allí adelante conocía a los españoles en la manera de los vestidos, y en tanto que alguno estaba presente, no salía, pero con los de la tierra no dejaba de hacer lo mismo que antes. Y después de haber estado allí mucho tiempo, vino una creciente grande de aguas a este lago, de manera que pudo rebosar el agua por una parte en la que estaba cerca, y por allí se salió y no pareció más.»

Jardín, trat. VI, fol. 270 r° y v°.

Gonzalo Fernández de Oviedo

Nació en Madrid, en 1478. Desde los doce años vive en la corte de los Reyes Católicos; viaja a Italia en 1497, donde mejora su ilustración; pasa a Indias con destino a Tierra Firme; por mucho tiempo es alcaide de la fortaleza de Santo Domingo. Atraviesa el océano doce veces, cuidando de que se imprima su **General y natural historia de las Indias:** cuidado infructuoso, pues en su conjunto permaneció inédita hasta mediados del siglo pasado, debido a que Las Casas impidió su oportuna publicación. En vida del cronista sólo fue impresa la primera parte, en 1535. Tres años antes se le había nombrado cronista oficial de las Indias. Oviedo murió en 1557.

«Manatí es un pescado de los más notables e no oídos de cuantos yo he leído o visto. De éstos, ni Plinio habló, ni el Alberto Magno en su **Proprietatibus rerum** escribió, ni en España los hay, ni jamás oí a hombre de la mar ni de la tierra que dijese haberlos visto ni oído, sino en estas islas e Tierra Fir-



Después de echar el ancla sobre una ballena que tomaron por una isla, dos marineros desembarcaron en ella para hacer fuego y preparar tranquilamente la comida, según el extraordinario relato del médico Conrado Gesneri, que figura en su «Historiae Animalium, liber IIII», publicada en Tigurí –la actual Zurich– en el año 1558.

me de estas Indias de España. Este es un grande pescado de la mar, aunque muy continuamente lo matan en los ríos grandes, y en las otras de estas partes. Son mayores mucho que los tiburones e marrajos, de quien se dijo desuso en los capítulos precedentes, así de longitud como de latitud. Los que son grandes son feos, e parece mucho el manatí a una odrina de aquellas en que se acarrea e lleva el mosto en Medina del Campo y Arévalo, e por aquella tierra. La cabeza de aqueste pescado es como de un buey e mayor. Tiene los ojos pequeños, según su grandeza. Tiene dos tocones con que nada, gruesos, en lugar de brazos, e altos cerca de la cabeza. Y es pescado de cuero y no de escama, mansísimo, e súbese por los ríos e llégase a las orillas e pace en tierra, sin salir del río, si puede desde el agua alcanzar la hierba.

»... Creo yo que es uno de los buenos pescados del mundo y el que más parece carne; y en tanta manera parece vaca, viéndole cortado, que quien no lo hubiere visto entero o no lo supiere, mirando una pieza cortada de él, no sabrá determinarse si es vaca o ternera. Y de hecho lo terná por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo, porque asimesmo el sabor es más de carne que de pescado, estando fresco. La cecina e tasajos de este pescado es muy singular e se tiene mucho, sin se dañar ni corromper. Yo lo he llevado desde aquesta ciudad de Santo Domingo de la isla Española hasta la ciudad de Avila, en España, el año de mil e quinientos e treinta e un años, estando allí la Emperatriz, nuestra señora. Y en Castilla parece esta cecina que es de la muy buena de Inglaterra cuanto a la vista; pero cocida parece que come hombre muy buen atún, o mejor sabor que de atún es el que tiene. Finalmente, es muy singular e precioso pescado, si los hay en el mundo.

»... Estos animales tienen ciertas piedras o huesos en la cabeza, entre los sesos o meollo; la cual piedra es muy útil para el mal de la ijada, según acá se platica e afirman personas tocadas de tal enfermedad; e para esto dicen que muelen esta piedra, después de la haber bien quemado; e aquel polvo, molido e cernido, tómalo el paciente después que amanece por la mañana, en ayunas, tanta parte de ello como se podrá tomar con una blanca o con jaqués de Aragón, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así algunas mañanas continuadamente, quítase el dolor e rómpese la piedra e hácela echar hecha arenas por la orina, según he oído a personas que lo han probado y de crédito. Visto he buscar con diligencia esta piedra a muchos, para el éfeto que he dicho. Suele tener un manatí dos piedras de éstas entre los sesos, tamañas como una pelota pequeña de jugar, e como una nuez de ballesta, pero no redondas; y algunas de ellas son mayores de lo que he dicho, según la grandeza del animal o manatí. Mas para mí yo pienso que la misma propriedad deben tener las piedras que tienen las corvinas e los besugos e otros pescados en las cabezas, si creemos a Plinio, el cual dice que se hallan en la brancha del pescado, en la cabeza, cuasi piedras, las cuales, bebidas con el agua, son óptimo remedio a la piedra y mal de ijada.

»De estos manatís hay algunos tan grandes que tienen catorce e quince pies de luengo, e mas de ocho palmos de grueso. Son ceñidos en la cola, e desde la cintura o comienzo de ella hasta el fin y extremos de ella se hace muy ancha e gruesa. Tiene solas dos manos o brazos cerca de la cabeza, cortos, e por eso los cristianos le llamaron **manatí,** puesto que el cronista Pedro Mártir dice que tomó el nombre del lago Guaniabo, lo cual es falso; e así como en esta Isla Española le quitaron su nombre

e le dieron éste, así en la Tierra Firme, que hay muchos de estos pescados, los nombran diversamente, según la diferencia de los lenguajes de las provincias, donde los hay en aquellas partes. No tienen orejas, sino unos agujeros pequeños por oídos. El cuero parece como de un puerco que está pelado o chamuscado con fuego. Es la color parda y tiene algunos pelicos raros; y el cuero es tan gordo como un dedo, e curándolo al sol se hacen de él buenas correas e suelas para zapatos e para otros provechos. Y la cola de él, de la cintura que he dicho adelante, toda ella hácenla pedazos e tiénenla cuatro o cinco días o más al sol (la cual parece como nervio toda ella), e desque está enjuta, quémanla en una sartén, o, mejor diciendo, fríenla e sacan de ella mucha manteca, en la cual cuasi toda se convierte, quedando poca cibera o cosa que desechar de ella. Y esta manteca es la mejor que se sabe para guisar huevos fritos, porque aunque sea de días, nunca tiene rancio ni mal sabor, y es muy buena para arder en el candil, e aun se dice que es medecinal. Tiene el manatí dos tetas en los pechos el que es hembra, e así pare dos hijos, e los cría a la teta. Lo cual nunca oí decir sino de este pescado y del **viejo marino o lobo marino.»**

General y natural historia, lib. XIII, cap. IX.

Fray Bartolomé de las Casas

Nació en Sevilla, 1470; pasó a las Indias, residió en Cuba y Santo Domingo. Se ordenó sacerdote y más tarde se hizo dominico. En 1544 lo nombraron obispo de Chiapas. Espíritu agresivo, su defensa de los indios acabó por convertirse en odio irreprimible contra los conquistadores. Entre sus obras figura la **Apologética historia de las Indias,** que

permaneció inédita hasta 1909, cuando Serrano Sanz la editó en la **Nueva Biblioteca de Autores Españoles.** Sin embargo, debieron correr de ella copias manuscritas, pues el mexicano Dorantes de Carranza transcribe textualmente muchos pasajes. Las Casas murió en 1566.

«Hay en esta mar, en especial por estas islas, a la boca de los ríos, entre el agua salada y dulce, los que llaman **manatíes,** la penúltima sílaba luenga; éstos se mantienen de yerba, la que nace en el agua dulce junto a las riberas. Son tan grandes como grandes terneras, sin pies, sino con sus aletas, con que nadan, y bien tienen tanto y medio como una ternera; no es pescado de escama, sino de cuero como el de las toninas o atunes, o como de ballenas; el que lo comiese delante quien no supiese qué era, en Viernes Santo, creería que comía propia carne, porque así lo parece. Es muy más sabroso y precioso que ternera, mayormente los que se toman pequeños, echados en adobo como se suele comer la ternera.»

Apologética historia de las Indias, cap. X.

Juan de Salinas Loyola

El capitán Salinas Loyola, descubridor del río Ucayali, origen del Amazonas, envió a la corte, en 1571, una serie de cartas donde ofrecía informes de su expedición. Dichas cartas fueron publicadas por Marcos Jiménez de la Espada en el volumen IV de sus **Relaciones geográficas de las Indias,** Madrid, 1897.

«Hay mucho pescado y muy bueno en él (el Ucayali), de todo género, y en especial sábalos y sal-

mones y manatís, que aunque tiene nombre de pescado, no lo es en el sabor ni en el color; susténtase de yerba, y así anda por las orillas del río adonde la hay y la puede alcanzar, sacando la cabeza desde el propio río.»

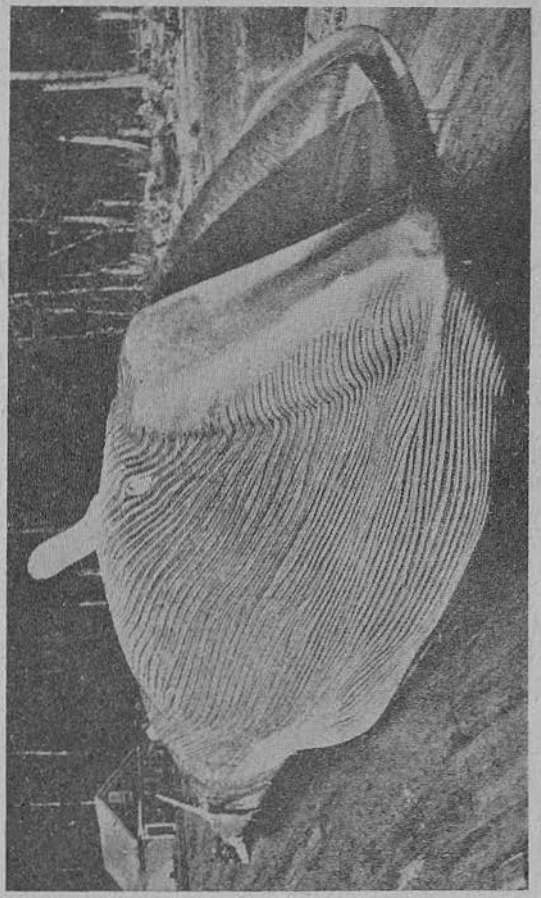
Relaciones, vol. IV, pp. LXXXI s.

Fray Toribio Motolinía

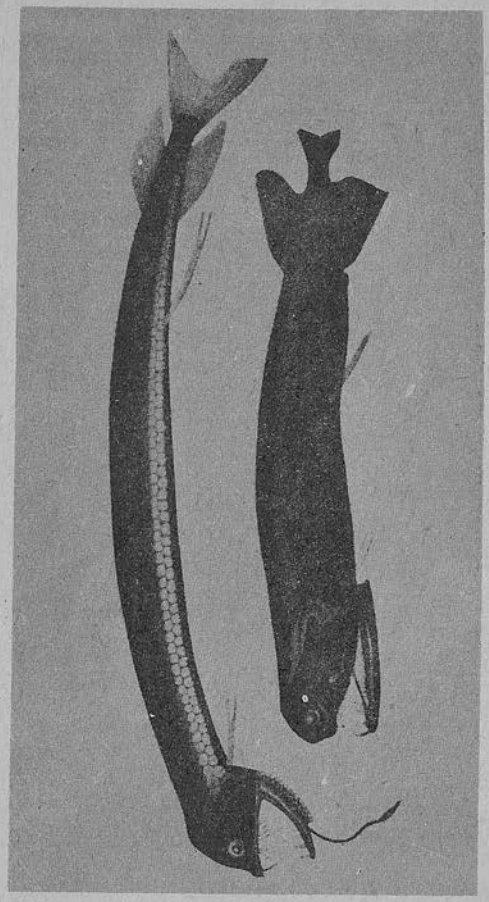
Los Memoriales, de Fray Toribio de Benavente, llamado **Motolinía** por los indios que adoctrinó, fueron editados por Luis García Pimentel, en 1903. Según García Icazbalceta (la fecha de su redacción es posterior a 1541. En el pasaje que reproducimos, Motolinía habla de la región de Papaloapan, en Veracruz, en las inmediaciones de Otlatitlán.

«Por este estero suben, y en él se andan y se crían, malatís o manatís... En este río y sus lagunas y esteros se toman manatís, que creo es el más precioso pescado de todos cuantos en estas partes se crían. Algunos de éstos tienen tanta carne o más que un buey, y en la boca se parecen mucho a un buey. Tiene algo más escondida la cara que no el buey, y la barba más gruesa y más carnuda. Sale a pacer a la ribera y sabe buscar un pasto como los que hay aquí do digo, ca yerba es su manjar. No sale fuera del agua, sino a la vera; descubre medio cuerpo, y levántase sobre sus dos manicas o tocones que tiene, no redondos, más anchecillos, e allí señala cuatro uñas como de elefante. Lo demás de su manera y propiedades pone bien un libro que trata de la historia natural de las cosas de las Indias. En este estero que dije los hay, y aquí los arponan los indios y toman con redes.»

Memoriales, parte I, cap. LIX.



Rorcual o ballena azul (24 metros y 87 toneladas), que en la antigüedad dio origen a numerosas leyendas de monstruos, como la referida por el médico de Zurich, Conrado Gesneri.



Los peces abisales, que habitan en la noche perpetua de las grandes profundidades, son verdaderos monstruos por su aspecto. Pueden estar dotados de grandes fauces, siempre abiertas para atrapar a sus presas, y de órganos luminiscentes, como el Estomias (arriba) y el Malacosteo (abajo).

Fray Diego de Landa

Fray Diego de Landa, 1524-1579, ganó a perpetuidad el odio de los arqueólogos por su celosa destrucción de los ídolos mayas. Como cronista, nos dejó la **Relación de las cosas de Yucatán.** Utilizamos la edición de Héctor Pérez Martínez, México, 1938.

«Hay muchos manatís en la costa entre Campeche y la Desconocida, de los cuales, allende del mucho pescado o carne que tienen, hacen mucha manteca y excelente para guisar de comer. De estos manatís se cuentan cosas de maravillar; en especial, cuenta el autor de la **Historia general de las Indias** que crió en la Isla Española un señor indio uno en un lago, tan doméstico, que venía a la orilla del agua en llamándolo por su nombre que le habían puesto, y que era **Matu.** Lo que yo de ellos digo (es) que son tan grandes que se saca de ellos mucha más carne que de un buen becerro grande, y mucha manteca. Engendran como los animales y tienen para ello sus miembros como hombre y mujer, y la hembra pare siempre dos y no más ni menos, y no por huevos como los otros pescados. Tienen dos alas como brazos fuertes, con que nadan. El rostro tiene harta semejanza al buey y sácanle fuera del agua a pacer yerba a las orillas, y los suelen picar los murciélagos en una jeta redonda y llana que tienen, que les da vuelta al rostro, y mueren de ello, porque son muy sanguíneos a maravilla, y de cualquiera herida se desangran como el agua. La carne es buena, especialmente fresca. Con mostaza es casi como buena vaca. Mátanlos los indios con harpones de esta manera; búscanlos en los esteros y partes bajas, que no es pescado que sabe andar en hondo, y llevan sus harpones atados en sus sogas con boyas al cabo; hallados, los harponean y suéltanles las sogas y las boyas, y ellos con el dolor de las heridas, huyen a una y otra parte por lo bajo y de poca

agua, que jamás van a lo hondo de la mar, ni saben; y como son tan grandes, van turbando el cieno; y tan sanguíneos, que se van desangrando. Y así, con la señal del cieno los siguen en sus barquillos los indios, y después los hallan con sus boyas y sacan. Es pescado de mucha recreación y provecho, porque son todos carne y manteca.»

Relación, cap. XLV.

José de Acosta

Este gran sabio jesuita nació en Medina del Campo, en 1539. Viaja al Perú, donde vive bastantes años, y vuelve a España en 1587, pasando por México. Su obra más famosa es la **Historia natural y moral de las Indias,** Sevilla, 1590, que le mereció el dictado de «Plinio del Nuevo Mundo», impuesto por Feijoo. Murió en el año de 1600.

«En las islas que llaman de Barlovento... se halla el que llaman **manatí,** extraño género de pescado, si pescado se puede llamar animal que pare vivos a sus hijos, y tiene tetas y leche con que los crías, y pace yerba en el campo; pero en efecto habita de ordinario en el agua, y por eso le comen por pescado, aunque yo, cuando en Santo Domingo lo comí un viernes, cuasi tenía escrúpulo, no tanto por lo dicho, como porque en el color y sabor no parecía sino tajada de ternera, y en parte de pernil; es grande como una vaca.»

Historia natural y moral, cap. XXX.

Baltasar Dorantes de Carranza

Nació en México, c. 1548; joven aún, logró la amistad del virrey Martín Enríquez, y pronto obtuvo brillante posición en el mundo oficial. Escribió la **Sumaria relación de las cosas de la Nueva España,** que dirigió al Marqués de Montesclaros, en 1604; sin embargo, no fue impresa hasta 1902. Ernesto de la Torre ha comprobado que muy buena parte de la obra está copiada de Las Casas, Gómara y Durán —tales plagios eran frecuentes por entonces—. En el pasaje que reproducimos señala por excepción su fuente, Gómara, pero calla la otra, Las Casas.

«Hay otro pece o animal de agua en esta tierra, disforme y espantable si no saben su mansedumbre y cuán provechoso es al uso de los hombres para su sustento: llámanlos **manatíes.** Estos se mantienen de yerba, la que nace en el agua dulce de las riberas. Son sin pies, sino con sus aletas, con que nada, y bien tiene tanto y medio como una ternera. No es pescado de escama, sino de cuero, como el de las toninas o atunes, o como de las ballenas. El que lo comiese delante de quien no supiese lo que era, en Viernes Santo, pensaría que era viernes de Ginebra y que comía carne, porque así lo parece. Es muy más sabroso y precioso que ternera, mayormente los que se toman pequeños, echados en adobo, como suele comerse la ternera, y también se comen con su verdura, hecha tan buena olla o mejor que de carnero y vaca; e yo lo he comido en una cuaresma ordinariamente. Es comida de gran sustento y muy sana, y que así como "la olla harta la casa", la harta la que se hace de este pescado. El cual se come con salsa de mostaza u otra, como el de carnero y vaca cocido. Aunque es verdad que a mí con esta comida no me han salido los dolores de las bubas, a los inficionados de este aire, por muy bien cubierto que esté y con muy buenos colores de tiempo y salud, a quien come este pescado luego le luce y sale a la cara, y se remueven los dolores pasados; y así los bubosos no están bien con esta comida, porque les descubre los huesos.

»... Dice Gómara en su historia que el cacique Caramatexi, en una de las islas españolas, tomó un manatí chiquito y lo crió 26 años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba. Salió tan sentido, y aunque tan grande, tan manso y amigable, que comía de la mano cuanto le daban. Venía llamándole **Mato**, que suena "magnífico". Salía fuera del agua a comer, y en casa retozaba, y a la ribera con los muchachos y con los hombres. Mostraba deleitarse cuando cantaban; sufría que le subiesen encima y pasaba a los hombres de un cabo al otro de la laguna, sin zambullirlos, y llevaba diez de una vez sin pesadumbre ninguna.»

Sumaria relación, pp. 136 s.

Alexander von Humboldt

Esta es la primera descripción anatómica del manatí, pues Humboldt fue el primero en diseccionarlo. Como se ve, todavía en los últimos años del XVIII eran abundantes los manatíes en la cuenca del Orinoco; grandes y continuas matanzas han hecho disminuir la especie, hasta el punto de que el naturalisto Röhl se ha quejado recientemente de estas pesquerías despiadadas. Humboldt llegó a Venezuela en 1799 y recorrió el Orinoco al año siguiente. En París, 1807, apareció el **Voyage au régions équinoxiales du Nouveau Continent**, obra redactada por Humboldt, pero hecha en colaboración con el botánico Aimé Bonpland.

«A la noche pasamos la boca del Caño del Manatí, así llamado por la prodigiosa abundancia de **manatíes** o **lamantinos** que pescan todos los años. Este cetáceo herbívoro, que los indios llaman **apcia** y **avia**, suele tener en este lugar hasta diez y doce pies de largo, un peso de quinientas a ochocientas libras. Habiendo disecado en Carichana, misión del

Orinoco, un individuo de nueve pies de largo, observamos que el labio superior sobrepasaba cuatro pulgadas al inferior; está cubierto de una piel muy fina y le sirve de trompa o sonda para reconocer los cuerpos que lo rodean; el interior de la boca, que tiene un calor sensible en el animal recién muerto, ofrece una conformación muy particular; su lengua es casi inmóvil, pero delante de ella tiene en cada mandíbula un bulto carnoso y una concavidad tapizada de una piel muy dura, y se encajan ambos entre sí. El lamantino arranca tal cantidad de gramíneas, que le hemos hallado repleto de ellas el estómago, dividido en varios receptáculos, y los intestinos, de ciento ocho pies de largo.

»Abriendo el animal por la espalda, se advierte la extensión, forma y posición de los pulmones. Tienen celdillas muy anchas y se parecen a unas grandes vejigas natatorias. Su largo es de tres pies, y llenos de aire tienen un volumen de más de mil pulgadas cúbicas. Me ha extrañado mucho ver que, con unos depósitos de aire tan considerables, salga tan frecuentemente el manatí a respirar a la superficie del agua. Su carne es muy sabrosa, y no sé por qué motivo la llaman malsana o **calenturienta**. Me ha parecido que se asemeja más al puerco que a la vaca, y gustan mucho de ella los guamos y los otomacos, que son las naciones que más particularmente se dedican a la pesca del lamantino. La carne, salada y desecada al sol, se conserva todo el año, y es muy estimada en la cuaresma, en razón de que el clero considera como pescado a este mamífero.»

Viaje a las regiones equinocciales.
lib. VI, cap. XVIII.

«No hacen escrúpulo los padres misioneros en comer estos jamones en la cuaresma (de **chiguire**

o **puerco de agua**), pues, según su clasificación zoológica, colocan al **tatú**, al **chiguire** y al **lamantino** en la clase de las tortugas. El primero porque está cubierto con una especie de concha, y los otros dos porque son anfibios.»

Viaje, lib. VI, cap. XVII.

Frontispicio, título y primeras líneas del «Diálogo de la sirena y el enamorado», que forma parte de los *Diálogos de las criaturas moralizadas*, de Gérard Lyon, publicado en 1481 en Ginebra. Dice así: «La sirena es un monstruo de la mar, de pecho para arriba doncella y para abajo pez; tan dulcemente canta, que adormece a los marineros. Y así, a menudo, más de un doncel que navegaba por la mar, al ver esta sirena inflamóse de amor por ella y deseó gozar de su compañía carnal, por la belleza y el dulce canto della. Apercibiéndose la sirena de su ardor, llamólo diciéndole: Como me parece que te has prendado de mí, mancebo, si es así, ven sin temor, que estoy dispuesta a complacerte. El mancebo, loco de amor, salta de la nave para abrazar a la sirena. Pero ella aléjase al punto, y déjalo que se ahogue.»

Jerónimo de Huerta

El célebre médico Jerónimo Gómez de Huerta publicó en 1624 una traducción comentada de Plinio; primero parcialmente, luego completa. Teniendo por fuente a Gómara, añade a Plinio el párrafo sobre el **manato**, luego de hablar del marrajo. **Manato** es cruce de **Mato**, nombre propio, y **manatí**; es palabra sólo usada por Huerta. Georg Friederici, en su **Amerikanistisches Wörterbuch**, Hamburgo, 1947, no registra **manato** como voz en uso.

«Su mar, lago y ríos (de Santo Domingo), son riquísimos de pescado, y engendran entre otros el manato, que lo estiman por el mejor del mundo.»

Historia natural de Plinio, fol. 230, r.°, **b.**

«También el marrajo es algo semejante al becerro marino, pero mucho más al tiburón, aunque es mayor y más feroz, y no tan ligero... Dicen algunos de los que navegan por el mar de España que se hallan estos animales (marrajos) en él; pero más ordinario es hallarlos en el mar Indico, donde también se cría el manato. El cual tiene la boca como buey; es su piel durísima, el lomo llano, su cuerpo muy grueso, y tiene solos dos pies, con que nada, que salen como brazos de los hombros. Vase estrechando desde en medio hasta la cola. Son sus ojos pequeños, el color pardillo, y suele tener veinte pies de largo. La hembra tiene dos grandes tetas, con cuya leche cría sus hijos, los cuales pare vivos, como animal de tierra. Suélenlos matar paciendo yerba a las orillas de los ríos, adonde suben del mar. Y también siendo pequeños los asen en las mismas aguas con redes. Y así cuenta Gómara en la **Historia general de las Indias** que asió uno el cacique Caramatexi, y le crió veinte y seis años en una laguna que llaman Guainabo, cerca de adonde aquel cacique

vivía y hízose tan manso y tratable, que ningún delfín podía serlo más. Venía llamándole **Mato**, y comía de la mano cuanto le daban. Retozaba a la ribera con los muchachos y con los hombres, y mostraba gran contento y deleite cuando cantaban. Sufría que subiesen encima de él, y pasaba los hombres de una a otra parte de la laguna, sin zambullirlos; y llevaba diez de una vez, sin pesadumbre alguna. Pero aunque se amansan de esta suerte, y son tan dóciles para lo que quieran enseñarles, no se olvidan de las injurias que reciben, como se vio en este mismo. Que tirándole un español una lanza, por ver si tenía el cuero tan recio como decían, de allí adelante nunca salía del agua si había hombres barbados y vestido como españoles. La carne de éstos, siendo fresca, sabe a ternera, y salada tiene gusto de atún, aunque es mejor y se conserva más tiempo. Su manteca es muy buena, y nunca se enrancia. Adoban con ella su mismo cuero para hacer del calzado y otras cosas. Dicen que en las cabezas de éstos se crían unas piedras muy provechosas contra las piedras de los riñones, y para los dolores de ijada.»

Ibid., fol. 432 1.° **ss.**

Diccionario de autoridades

Confundiendo el **manato** y el **marrajo**, los académicos creen que el manatí se parece al tiburón. Siguen minuciosamente los equívocos de Huerta y afirman además que «se cría en el mar Indico».

El libro del padre Alonso de Sandoval se denomina **Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres, ritos, disciplina y catecismo de todos etíopes.** Sevilla, 1627. El padre Sandoval parece referirse al dugongo.

MANATO, s. m. Especie de tiburón, que se cría en el mar Indico, el cual tiene la boca como buey y el cuerpo muy grueso y del largo de veinte pies, cubierto de una piel durísima e impenetrable. El lomo es llano, los ojos pequeños y el color pardillo. Tiene dos pies, que le salen como brazos de los hombros, de los cuales se sirve para nadar. La hembra tiene dos grandes tetas, con cuya leche cría sus hijos, los cuales pare vivos, como animal de tierra. Su carne, siendo fresca, tiene sabor de ternera, y salada tiene gusto de atún, aunque es mejor y se conserva más tiempo. Su manteca es muy buena y nunca se enrancia, y con ella se adoba su mismo cuero, para hacer de calzado y otras cosas. En la cabeza de este pescado dicen se cría una piedra muy provechosa contra las piedras de los riñones, y para los dolores de ijada. Lat. **Vitulus marinus.** HUERT. Plin., lib. 8, cap. 31: «Dicen algunos de los que navegan por el mar de España que se hallan estos animales en él, pero más ordinario es hallarlos en el mar Indico, donde también se cría el **manato.**»

PEXEMULLER, s. m. Pez así llamado por la semejanza que tiene el medio cuerpo arriba con las facciones o miembros humanos, especialmente de la mujer, a la que se parece mucho en los pechos, y a ellos cría sus hijos. Tiene brazos, aunque no manos, sino unas aletas que le comienzan desde el codo. El rostro es chato, redondo y disforme, y la boca semejante a la de la raya, llena de dientes como la de un perro, con cuatro colmillos de a tercia, como los de un jabalí; las ventanas de las narices, más grandes, parecidas a las de un becerro. La piel del vientre es blanca y blanda, y por la espalda áspera y dura. Del vientre abajo tiene una cola muy larga, con aletas, como las del cazón. Cuando le matan gime como una persona, y tarda mucho en morir fuera del agua. Hállanse muchos a lo largo de la

costa del sur. **Lt. Piscis mulier.** SANDOV. Hist. Ethiop., lib. 3, cap. 18: «Llámase **pexemuller** por la grande semejanza que tiene desde el vientre hasta el cuello con los hombres y mujeres.»

IV

DEL KRAKEN A LA SERPIENTE DEL MAR

La serie de los monstruos marinos estaría incompleta si no nos ocupásemos del fabuloso **kraken** o calamar gigante, y de la no menos fabulosa Serpiente de Mar. Antes de hablar de esta última, hagámoslo del kraken.

La «leyenda de Kraken», como parece suceder con la de las sirenas, reposa también sobre la existencia de un animal real. Existen, en efecto, calamares gigantes: los del género **Architeuthis**, enormes moluscos perfectamente identificados y que alcanzan grandes dimensiones.

Yo mismo, en el Museo Oceanográfico de Mónaco, he visto, suspendido del techo de una sala, un calamar disecado que alcanza la respetable longitud de

siete u ocho metros. Lo que sucede es que tales calamares gigantescos son rarísimos y por lo general sólo frecuentan las aguas del Círculo Polar Artico, en las inmediaciones de Groenlandia.

En 1856, el zoólogo danés Johan Japetus Steenstrup, pudo demostrar de manera indiscutible la existencia de los calamares gigantes, basándose en un pico de este molusco que alcanzaba 11.5 cms. de longitud, Steenstrup bautizó a este nuevo género de cefalópodos con el nombre de **Architeuthis.**

No tardaron en producirse nuevos descubrimientos. En 1861, la tripulación del aviso francés **Alecton** libró un combate de dos a tres horas de duración con un calamar de 7 a 8 metros, al que intentaba pescar. Mas una vez arponeada, la enorme bestia no pudo ser izada a bordo, ya que pesaba entre dos y tres toneladas. Este incidente fue el que inspiró a Julio Verne su ataque al **Nautilus** por un calamar gigante, en «Veinte mil leguas de viaje submarino». (Debemos lamentar el modo cómo los realizadores norteamericanos de la película del mismo nombre han presentado este ataque, haciendo nadar **al revés** al calamar; es decir, con los tentáculos por delante. Los cefalópodos son animales **a reacción,** que navegan expulsando agua por su cavidad paleal y con los tentáculos flotando tras el cuerpo.)

Por último, entre 1871 y 1873, una veintena de **Architeuthis** embarrancaron en Terranova, pudiendo ser estudiados en excelentes condiciones por el naturalista norteamericano Addison Verrill. El mayor de estos ejemplares, hallado sobre la playa de Thimble Thickle, medía diecisiete metros con los tentáculos extendidos. El cuerpo sólo medía seis metros, del pico a la extremidad de la cola, y sus tentáculos tenían el grosor del cuerpo de un hombre. Sus ojos parecían tambores, con sus cuarenta centímetros de diámetro; su pico tenía veinte cms. de longitud y sus mayores ventosas un diámetro de seis cms. Pesaba cerca de treinta toneladas. Si un molusco de tales dimensiones atacaba un navío, aferrándose a su casco, tenía grandes probabilidades de hacerlo zozobrar. Esto prestaba grandes visos de verosimilitud a la «leyenda de Kraken».

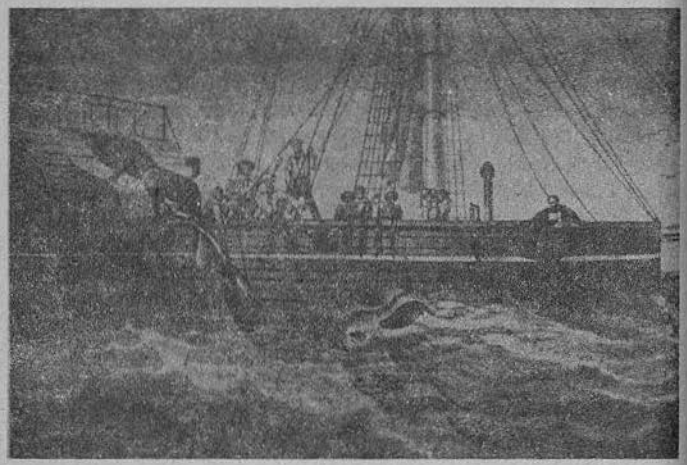
Pero aún hay más: sobre los cadáveres de cachalotes, que se han encontrado flotando en el océano, se han hallado huellas de enormes ventosas, mucho mayores que las del gigantesco ejemplar de Thimble Thickle. Abiertos los estómagos de estos cachalotes, en su interior se han descubierto trozos de tentáculo de calamar, de una talla desmesurada. Probablemente, estos cachalotes sucumbieron **ahogados** en titánica lucha submarina con el calamar gigante, tal vez a un kilómetro de profundidad.

Por lo visto, los calamares gigantes son uno de los bocados predilectos de los cachalotes, los cuales no dudan en zambullirse hasta varios centenares de metros para entablar descomunal batalla con los espantosos cefalópodos abisales, que los envuelven en mortal abrazo, terminando el cachalote por perecer. No olvidemos que cachalotes y ballenas, mamíferos ambos, poseen pulmones y que, por lo tanto, respiran **aire atmosférico.**

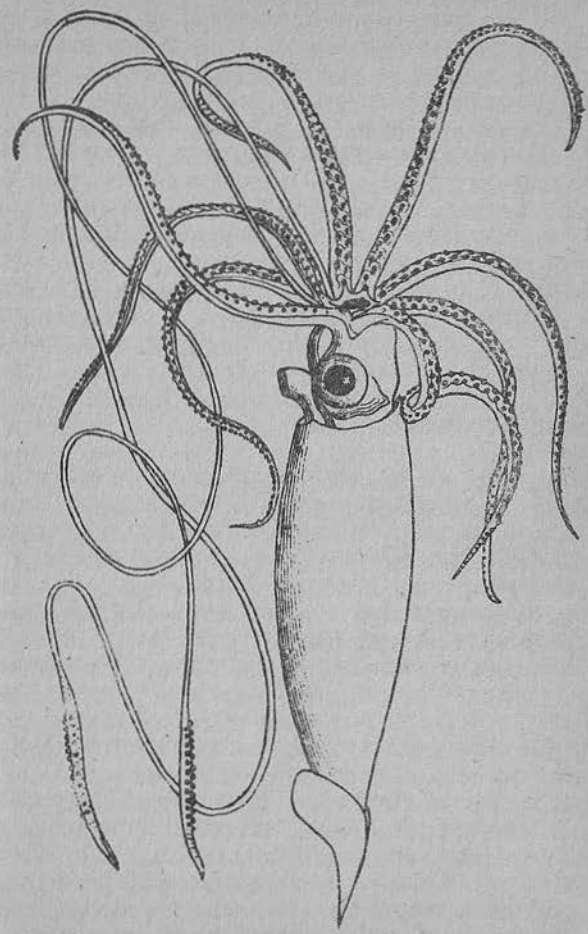
El cronista medieval Olavo Magno, un noruego que fue el principal difusor de la leyenda, afirmó que estos calamares gigantes eran más parecidos a islas que a bestias, en el momento de emerger. Hasta el mismo Linneo se dejó influir por estas leyendas, que ya se encuentran en Plinio el Viejo, y en algunas ediciones de su **Systema Naturae** menciona a la **Sepia macrocosmus,** de desmesuradas proporciones.

Luego, el zoólogo renacentista Ulises Aldrovandi, de Bolonia, no vaciló, basándose en estas consejas seculares, en atribuir feroces instintos a enormes pulpos, a los cuales acusó de atacar a los barcos en alta mar. En Escandinavia, estas historias fueron

cristalizando en torno a un monstruo mal definido, al que se le dio el nombre de **Kraken.** Además de Olavo Magno, se ocupó de él el ya citado Erik Pontopiddan, quien en su «Historia natural de Noruega»



En 1856, el zoólogo danés Johan Japetus Steenstrup estableció, aduciendo como testimonio indiscutible un «pico» de calamar de 11.5 cm. de longitud, la existencia de uno de estos animales de dimensiones gigantescas, al que dio el nombre genérico de *Architeuthis.* Otros descubrimientos posteriores iban bien pronto a permitir que fuera completado el conocimiento del expresado gigante. En 1861, la tripulación del pequeño buque de guerra francés *Alecton* tuvo que sostener un combate de tres horas con un calamar de unos 7 metros de longitud, antes de conseguir su captura. Una vez apresado con el arpón, no pudo, por desgracia, ser izado a bordo, ya que pesaba, seguramente, entre 2 y 3 toneladas. Este incidente inspiró a Julio Verne la escena del famoso ataque del submarino *Nautilus* por varios calamares gigantes, en su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino.*



Primera representación correcta del calamar *Architeuthis,* por Addison Verrill (1874).

tuvo la valentía de afirmar que la «leyenda de Kraken» se basaba en la existencia de un animal real. (De manera sorprendente, la ciencia oceanográfica actual parece dar la razón al viejo prelado danés.)

Sin embargo, rastreando en las viejas crónicas escandinavas, se halla ya alguna que otra noticia acerca de calamares gigantes arrojados por el mar a las costas de Noruega, en Islandia, en Holanda y en Irlanda durante el siglo XVII y antes. Los balleneros confirmaban tales noticias, asegurando haber visto en alta mar a «sepias» gigantescas. Como hemos visto, luego se salió ya del dominio de la leyenda para entrar en el de la realidad, con el descubrimiento y clasificación zoológica de los **Architeuthis.**

La Gran Serpiente de Mar

La leyenda de la Gran Serpiente de Mar es una de las más difundidas del folklore marino universal. Sus primeras noticias se remontan nada menos que al Leviatán bíblico, cuyo nombre proviene del hebreo **liviah tan** (monstruo tortuoso).

Son innúmeros los testigos, en todas las épocas y en todos los mares, que afirman haber visto a la fabulosa sierpe. Generalmente la describen como un animal serpentiforme, al menos por sus dos extremidades, anterior y posterior, y cuya longitud oscila entre los seis y los setenta y cinco metros. De manera harto singular, parece desplazarse por medio de ondulaciones **verticales** de su cuerpo de reptil, lo cual, vista desde lejos, le confiere el aspecto de una sucesión de pequeñas eminencias que afloran a la superficie del agua. Los zoólogos, sin embargo, arguyen que, de tratarse de una serpiente nadadora, estas ondulaciones serían **horizontales,** pues éste es el modo de desplazarse de todos los ofidios.

Tras diversas confusiones y haber tomado por restos de la serpiente de mar lo que no eran más que cadáveres medio devorados de selacios gigantescos, la leyenda conoció alternados periodos de apogeo y descrédito durante todo el siglo XVIII y parte del XIX, hasta que la observación realizada por los tripulantes del barco de guerra británico **HMS Daedalus,** que parecía ofrecer las mayores garantías de solvencia, volvió a poner sobre el tapete tan apasionante cuestión. La observación del **Daedalus** se realizó en 1848, pero es interesante subrayar que, de 1818 a 1848, o sea en el curso de treinta años, la serpiente de mar había sido vista más de setenta y cinco veces en diversos puntos del globo, si bien en la mayoría de los casos los testigos prefirieron callar por temor al ridículo.

La observación del **Daedalus** suscitó una nueva polémica entre los naturalistas, los más osados de los cuales incluso hablaron de reptiles prehistóricos supervivientes en el mar. ¿Sería la gigantesca serpiente un Plesiosauro, un Ictiosauro o cualquier otro de los gigantescos reptiles que vivieron en el Jurásico y el Cretácico?

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la serpiente de mar fue avistada unas cincuenta veces, y en muchas ocasiones los informes provienen de oficiales de marina, de eclesiásticos de indudable buena fe y de jurisconsultos. Entre estos testigos, incluso de halla un reputado médico londinense: el Dr. Farquhar Matheson.

En 1892, la ciencia pareció reconocer definitivamente la existencia de monstruos aún no clasificados y de grandes dimensiones y que habitan en los mares. El Dr. Antoon Cornelis Oudemans, director del Jardín Zoológico de La Haya y miembro de la Sociedad Real de Zoología de los Países Bajos, publicó de pronto una monografía monumental titulada «La Gran Serpiente de Mar». Según este estudio, basado en ciento ochenta y siete observa-

ciones escogidas al azar, el fabuloso monstruo no sería más que un pinnípedo o foca gigantesca, de una anatomía aberrante, es decir, con un cuello desmesurado que correspondería a su cola interminable.

Seis años después de la publicación del documentado estudio del Dr. Oudemans, una serie de observaciones incuestionables aportaron nuevas armas a los defensores de la realidad de la serpiente. Las observaciones minuciosas realizadas en la bahía de Along (Indochina) por los oficiales y marineros del cañonero francés **L'Avalanche,** convencieron al profesor Racovitza y a muchos otros miembros de la Sociedad Zoológica de Francia. En Inglaterra, este cambio de actitud de la ciencia oficial se produjo en 1905, a consecuencia de la observación de una «serpiente de mar», realizada por dos zoólogos reputados, los doctores E. G. B. Meade-Waldo y Michael John Nicoll, los cuales participaban en un crucero científico a bordo del **Walhalla,** el yate de lord Crawford.

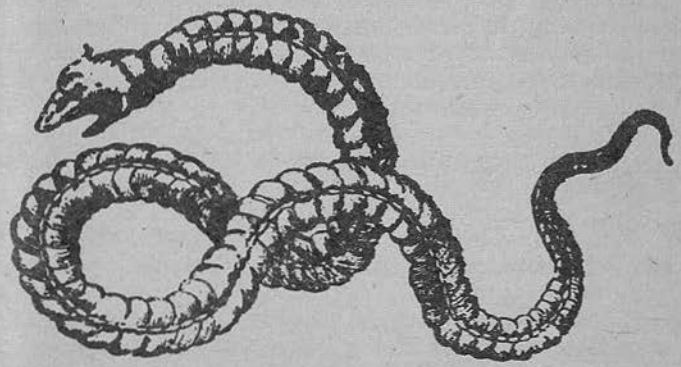
Durante la guerra de 1914-1918, un hecho rarísimo se produjo durante el torpedeamiento de un vapor británico por el submarino alemán U-28. Ante la atónita tripulación de este último, una especie de cocodrilo de veinte metros de longitud saltó por los aires a consecuencia de la explosión.

Después de la guerra mundial se multiplicaron las observaciones, especialmente en Oceanía. Al parecer, estos grandes animales marinos rehúyen las grandes rutas comerciales y de pasaje, asustados por el rumor de las hélices. En el Pacífico, recientemente abierto a un tráfico más intenso, los encuentros habían de menudear. Por lo tanto, no es extraño que un día uno de esos monstruos fuese casi pasado por el ojo, como sucedió en 1947, en que el transatlántico **Santa Clara,** de la Compañía Grace, abordó a una serpiente de mar.

¿Qué es la serpiente de mar? Si la existencia del

monstruo desconocido, al que se ha dado el nombre tan vago de **Serpiente de Mar,** hoy parece incuestionable, acerca de su verdadera identidad subsisten aún grandes dudas. Unos zoólogos defienden la tesis del pinnípedo gigante, presentada por el Dr. Oudemans; otros se mantienen fieles a la teoría clásica del reptil prehistórico superviviente; y aún hay unos terceros que aventuran una nueva hipótesis, basándose en el descubrimiento de una anguila de un metro, ochenta y cuatro centímetros, realizada en 1936 por la expedición oceanográfica danesa de la **Dana.** Según esta teoría, la serpiente de mar no sería más que una anguila o un congrio gigantesco.

Ovidio, en la Eneida, ya describe al monstruo, pero Ovidio era un poeta. Sin embargo, hay una cita de Gregorio de Tours. Escribe: «Durante una inundación del Tíber, se le vio paseando su cuerpo entre las aguas como un gran navío.» Y otro muy reciente: En 1905, el conde Jorge Gautron presentó en la Aca-



Una de tantas representaciones antiguas de la Gran Serpiente de Mar, monstruo legendario que hoy aparece definitivamente clasificado gracias a Bernard Heuvelmans, el «Sherlock Holmes de la Zoología».

demia de Ciencias francesa un completo y documentado «rapport» demostrando la existencia de la Serpiente de Mar.

¿Existe, pues, la Serpiente de Mar? ¿Es absolutamente un mito? Los arqueólogos y los naturalistas no se atreven a afirmar rotundamente ni una cosa ni otra.

Pero antes de pasar a describir con todo detalle el hallazgo de Le Serrec, terminemos esta parte histórica con una observación relativamente moderna. El capitán Sylvestre, que mandaba el paquebote **Cuba**, de la Compañía Transatlántica Francesa, que prestaba servicio entre Francia y las Antillas, América Central y del Sur, señaló en su diario de navegación que el primero de julio encontró a 800 millas al sudoeste de las Azores, a las cinco y veinte de la mañana, y estando la mar muy tranquila:

«Un monstruo marino de unos 25 metros de longitud y de cuatro a cinco metros de altura, dotado de una cabeza pequeña y un cuello largo y con el dorso ornado por dos jorobas redondas muy acusadas.»

El oficial de cuarto, señor Maquerez, y dos timoneles que estaban de servicio en la pasarela, vieron al extraño animal dar cuatro saltos en el espacio de unos treinta segundos.

A cada aparición, el animal estiraba su largo cuello fuera del agua y colocaba la cabeza de manera que parecía mirar al navío.

El extraordinario encuentro de Le Serrec

Y, finalmente, para no tener por más tiempo en suspenso el ánimo del paciente lector, pasemos a ocuparnos del fortuito e histórico encuentro del navegante bretón Le Serrec con un monstruo marino, cuyas trazas corresponden de manera inequívoca con las de la tan discutida Serpiente de Mar.

Pero hagamos un poco de historia. En febrero de 1964, Jean-Albert Foëx, buen amigo mío y director de la prestigiosa revista parisiense **L'Aventure Sous-Marine** (10, rue de la Bourse, París, 2.°), recibió una comunicación de sus amigos Michel Gérard y Eugène Bizeul, de la revista francesa **Sud-Pacific**, de Nueva Caledonia, los cuales le manifestaban que tenían en su poder las primeras fotografías del monstruo y el relato de las circunstancias en que fue descubierto por Robert Le Serrec.

Inmediatamente, el dinámico director de **L'Aventure Sous-Marine** se puso manos a la obra, a fin de elucidar y comprobar la autenticidad de uno de los más fascinantes misterios marinos que se conocen. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién había descubierto el «monstruo»? ¿Cuál era la opinión de los expertos franceses y extranjeros? J. A. Foëx necesitó varios meses para constituir el **dossier** que presentamos a continuación, y que está compuesto por cuatro partes, a saber:

1a. El relato de Robert Le Serrec.

2a. Las comprobaciones sobre la autenticidad efectuadas por Bernard Heuvelmans, doctor en Ciencias Zoológicas, y su colega estadounidense Ivan Sanderson, que no excluyen a priori la hipótesis de una superchería.

3a. Opiniones formuladas por otros expertos.

4a. Las hipótesis sobre la naturaleza zoológica exacta de este «ser marino no identificado». (Encargada de elucidar el misterio de «los platillos volantes», la aviación norteamericana se limita a denominar «objeto volante no identificado» a todo objeto cuya presencia en el cielo no puede recibir una explicación «natural» u «oficial». Adoptamos aquí la misma terminología.)

El ONI marino fue visto, fotografiado y filmado el 12 de diciembre de 1964. Por las razones expuestas en su informe, Robert Le Serrec no hizo público

su descubrimiento hasta siete semanas más tarde. La primera foto fue publicada por el diario australiano **Sunday Mirror** el 28 de febrero. Esta fue la primera noticia pública que se tuvo del suceso.

Pero cedamos la palabra al propio Le Serrec:

«En 1960, zarpamos de Francia en nuestro velero de 21 m. de eslora, **Saint-Yves-d'Armor.** Me acompañaban en esta expedición mi esposa, tres amigos y nuestra hijita Annaïch, que entonces tenía cuatro años. Durante los cuatro años siguientes visitamos España, Marruecos, las islas de Cabo Verde, las Pequeñas Antillas, las islas Vírgenes, las Bahamas, los Estados Unidos, Jamaica, Panamá, Colombia, la República de El Ecuador, las islas Galápagos, las Marquesas, las islas de la Sociedad, Samoa, Fidji, Nueva Caledonia y la costa este de Australia, recorriendo en total 27,000 millas, es decir: casi lo que sería la vuelta al mundo por las rutas más directas. Durante este viaje, mi familia aumentó en dos vástagos: Gwénola, que nació en Casablanca, e Yves, nacido en Nassau.

»Algunas travesías, como la del Atlántico, fueron una verdadera maravilla. Pero a causa de las pequeñas dimensiones de la embarcación, tuvimos que sostener a veces unas terribles luchas para avanzar. Conocimos las acostumbradas complicaciones causadas por la tripulación. A causa de ellas, mi mujer y yo tuvimos que conducir el enorme ex bonitero a través del Pacífico con la sola ayuda de un joven americano inexperto. La travesía Galápagos-Marquesas duró treinta y tres días, durante los cuales tuvimos que relevarnos constantemente al timón, pues los yates de gran tonelaje no pueden arbolar un sistema de velas que les permita dirigirse solos. Mi mujer permanecía un promedio de once horas diarias a la caña, pues los dos hombres teníamos que atender a diversos quehaceres. El carácter especial del velero, la presencia de tres niños de corta

edad a bordo y los itinerarios difíciles que seguimos, hicieron de nuestro viaje una de las aventuras más curiosas en su género.

»Deseoso de regresar en 1965, volvíamos a toda vela en dirección a Francia cuando, el 3 de junio del mismo año, naufragamos en la Gran Barrera de Coral australiana, a causa del mal tiempo que cayó sobre nosotros al anochecer, cuando acabábamos de penetrar en un paso sembrado de arrecifes y de corrientes traicioneras. Nos pasamos toda la noche agarrados al barco siniestrado, que se deshacía bajo el embate de las olas, pues era imposible lanzar con éxito un cabo de salvamento en medio de aquellas furiosas rompientes. Solamente a las nueve de la mañana pudimos alejarnos al fin, a bordo de una balsa neumática y de un bote de 3.50 m., y empezamos a derivar en dirección a la isla más próxima, situada a más de 30 millas náuticas (unos 56 km.). Por desgracia, la borrasca redobló por la tarde y tuvimos que fondear en el arrecife de cinco millas de longitud, que aún no habíamos podido abandonar, al navegar tan lentamente a la deriva. Allí permanecimos inmovilizados tres días, durante los cuales experimentamos grandes penalidades a causa del hambre, el frío, el temor y el agua que nos salpicaba constantemente.

»En el momento de ocurrir el naufragio, se hallaban con nosotros cuatro amigos australianos. Al tener que hacinarnos nueve personas sobre el fondo en movimiento de la balsa neumática, apenas podíamos conciliar el sueño. Al cuarto día, renació la calma. Abandonando la balsa neumática, difícil de hacer avanzar en una dirección determinada, nos amontonamos en el bote y partimos a remo en dirección de las islas Percy, que quedaban, como he dicho, a unas treinta millas. Seguíamos encontrándonos en el mar abierto; hubiera bastado un viento fresco para acarrear nuestra pérdida. Durante once

La Serpiente de Mar, según Olavo Magno (1555), en el momento de arrebatar a un tripulante de una nave, sin que sus compañeros se den cuenta.

horas seguidas, remamos como unos poseídos. Mas por la noche, tuvimos la alegría de hallarnos fondeados con toda seguridad en una ensenada de la isla de Pine Peak. Pero como era imposible desembarcar en la oscuridad, pasamos las peores horas de toda la travesía esperando que saliese el sol.

»Después de pasar todo el día en la isla desierta, fuimos rescatados por un mercante, que distinguió nuestros cohetes de señales.

»Además del **Saint-Yves-d'Armor,** perdimos un hogar acogedor, una gran cantidad de materiales, de preciosos recuerdos y de documentos. Afortunadamente, pudimos salvar nuestras cámaras cinematográficas, lo cual nos permitió rodar una película durante el naufragio. La venta de esta película excepcional, y especialmente la gran generosidad de algunos amigos, restablecieron nuestras maltrechas finanzas.

»A pesar de las dificultades, nuestra existencia de navegantes había estado llena de hechizo, y por nada del mundo hubiéramos querido renunciar al tiempo pasado a bordo del **Saint-Yves-d'Armor.** Sin embargo, después del naufragio no se trataba de comprar inmediatamente otro velero, pues la prueba había sido demasiado dura para los niños e incluso para nuestros propios nervios. Después de pasar dos meses en Sydney, dedicados a poner en orden nuestros asuntos, decidimos no partir de Australia sin visitar antes por segunda vez la extraordinaria Gran Barrera de Coral, pues la primera apenas si pudimos entreverla. De este modo podríamos satisfacer simultáneamente nuestra curiosidad, tomarnos unas vacaciones, escribir el libro del viaje y aumentar el metraje de nuestro gran documental, la mayor parte del cual, afortunadamente, se hallaba en tierra en el momento de producirse el naufragio.

»De una longitud aproximada de 2,000 km., relativamente estrecha en algunos sectores, con una an-

chura de varias docenas de millas en otros puntos la Gran Barrera es una sucesión de arrecifes coralinos y madrepóricos de las dimensiones más variadas y las formas más extravagantes. Por el sur, abundan los pasos y canalizos entre estos diversos islotes. Por el norte, la Barrera merece más este nombre, pues los pasos son más raros. Tanto la costa australiana como las islas y los arrecifes limítrofes han sido perfectamente medidos y sondeados, a fin de facilitar la navegación, y se poseen cartas muy detalladas del Servicio Hidrográfico por lo que a estos parajes concierne. En lo que respecta a la Gran Barrera, los buques de cierto calado huyen de ella como de la peste. Cook y sus ayudantes levantaron algunas cartas aproximadas. Las que hoy se encuentran en el comercio se basan todavía en estos datos imprecisos e incompletos. Por lo tanto, el arrecife en el que perdimos nuestro yate no se encuentra señalado, a pesar de que tiene varias millas de longitud. La verdad es que, con excepción de algunos pescadores o navegantes extraviados, nadie tiene nada que hacer en estos desolados parajes.

»Durante la pleamar, todos los arrecifes desaparecen bajo tres metros de agua. La Gran Barrera se convierte entonces en una sucesión de manchas glaucas, separadas del azul del océano por la línea blanca en las rompientes. Durante la bajamar, emergen bancos de arena o de coral muerto, surcados por innumerables regueros. Unos cuantos pececillos que se agitan desesperadamente en los charcos de agua y los labios colorados de los taclobos que se meten en su concha al oír pasos, son casi la única vida que puebla este universo pardusco, cuyo silencio sólo está roto por el monótono rumor de las rompientes. Incluso cuando hace buen tiempo, cuando el mar y el cielo son azules, es imposible no experimentar cierta sensación angustiosa. Se corre

verdadero peligro al subir la marea, si se comete la imprudencia de alejarse de la embarcación. Cuatro amigos y yo estuvimos a punto de ahogarnos durante una expedición a los restos del **Saint-Yves-d'Armor.** Absortos en nuestra tarea, no nos dimos cuenta de que la marea creciente nos cortaba rápidamente el camino de vuelta al chinchorro, que habíamos tenido que dejar a más de 800 m. de distancia. Había que llegar a toda costa al botecito, pues de intentarlo a nado, no hubiéramos podido luchar contra la impetuosa corriente. El agua nos llegaba a la cintura cuando llegamos al chinchorro, después de correr como locos. Unos minutos más, hubieran significado nuestro fin. La goleta en que habíamos venido aún estaba fondeada más lejos, y no había quedado nadie a bordo.

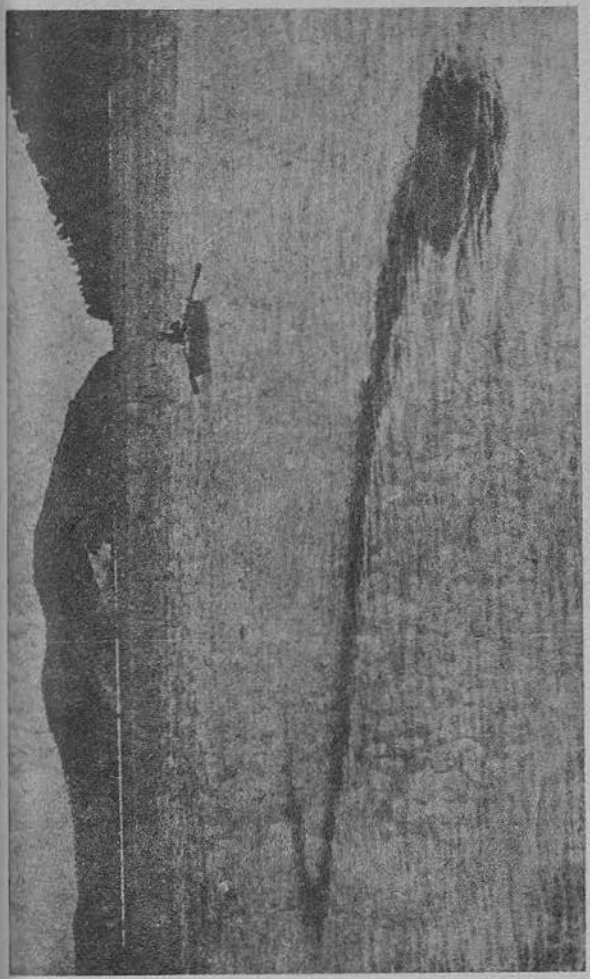
»Se pueden efectuar maravillosas exploraciones o espléndidas cacerías en la Gran Barrera propiamente dicha. Pero se requiere una embarcación excelente para pasar en ella algún tiempo. Como sólo pudimos comprar una lancha motora de seis metros de eslora y de segunda mano, tuvimos que contentarnos con visitar las islas que bordean la costa. En tierra descubrimos numerosas cosas interesantes para filmar, pero no podíamos hacer película submarina a cualquier día y a cualquier hora, sino que había que elegir un día perfecto y entrar en el agua de preferencia con marea baja, cuando las aguas aún no estaban enturbiadas por las corrientes. Podíamos contemplar entonces corales de una gran belleza y con los colores más variados que habíamos visto jamás. Los peces poseían asimismo unos colores incomparables. Las especies de cierto tamaño eran muy parecidas a las que se encuentran en muchos mares tropicales: peces-loro, viejas, meros. Los bellos ejemplares comestibles también abundaban mucho, pero en ningún momento vimos peces de gran talla, con la sola excepción de las

mantas o diablos de mar. Si bien abundaban en ciertos parajes inmediatos, los tiburones brillaban totalmente por su ausencia en la bahía de Stonehaven, de la isla Hook, pertenecientes al grupo de las Whitsunday, donde teníamos nuestro campamento. ¡Cuál no sería, pues, nuestra sorpresa al descubrir aquí un monstruo marino!

»Pocos días antes de este encuentro, la cola de un ciclón había barrido la isla. Una lluvia torrencial nos mantuvo prisioneros cuatro días seguidos bajo el toldo de la tienda. Después de la tempestad, el agua, que acostumbraba a ser rara en la isla, bajaba espumeante por las torrenteras. La mañana del 12 de diciembre, decidimos ir a lavar la ropa sucia a una cascada situada al otro lado de la bahía. Eran las nueve de la mañana cuando partimos de la playa del campamento en nuestra embarcación a motor. Eramos Raymonde, mi mujer, nuestro amigo australiano Henk De Jong, nuestros tres hijos y yo.

Raymonde fue la primera que vio al animal marino. La enorme anguila o serpiente de mar nos causó a todos una gran impresión, exceptuando quizás a los niños, los cuales pensaron que se trataba de un tiburón o de una ballena, animales que ya habían visto numerosas veces. Algo asustados al principio, observábamos al monstruo desde una prudente distancia. Viendo que éste no se movía, nos acercamos a él poco a poco. Como el animal conservaba su inmovilidad y en uno de sus flancos se podía ver una gran herida, desembarcamos a los tres niños y regresamos para fotografiarlo y filmarlo.

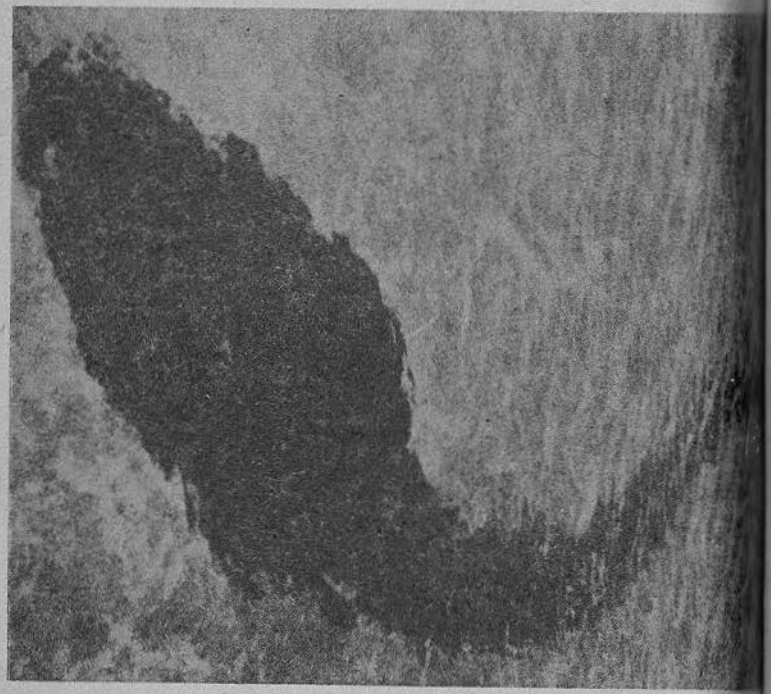
»Permanecimos junto al monstruo durante más de media hora. Pensamos que quizás estuviese muerto, pero no nos atrevimos a tocarlo. Por último, Henk y yo resolvimos que lo preferible era meterse en el agua para verlo de cerca y hacer



La auténtica Serpiente de Mar, hallada por Le Serrec en la isla Whitsunday (Gran Barrera de Coral Australiana).

unas cuantas tomas más precisas con la cámara submarina.

»La profundidad era muy escasa: menos de tres metros, y el agua estaba muy turbia. Tuvimos que acercarnos hasta seis metros del monstruo para



Según Heuvelmans, el animal encontrado por Le Serrec, semejante a un gigantesco renacuajo de 24 m, sería un Selacio serpentiforme, mientras para el naturalista americano Ivan Sanderson, sería un gigantesco pez anguiliforme, perteneciente a la familia de los Simbranquios.

verlo. Así que empezamos a filmar, el monstruo abrió las fauces de una manera amenazadora, como una morena encolerizada. Haciendo de tripas corazón, continuamos filmando durante unos segundos. Pero cuando la bestia empezó a volverse hacia nosotros, nos dominó el pánico y emprendimos la huida hacia la embarcación.

»Desde la barca, Raymonde vio cómo el monstruo se apartaba de su lado y desaparecía en las aguas profundas. Se desplazaba torpemente (sin duda a causa de la herida), avanzando con ondulaciones laterales a la manera de una anguila o una serpiente.

»Efectuamos minuciosas pesquisas durante varios días, visitando todas las playas de los alrededores, pero no vimos la menor traza del animal.

»Nuestra teoría es la de que el monstruo fue herido por la roda o la hélice de un buque. Después, los peces carnívoros atacaron sin duda la carne viva. Al no poder defenderse eficazmente por hallarse muy debilitada, la serpiente de mar buscó refugio en los parajes donde la descubrimos y en los que no vimos jamás tiburones ni otros peces carnívoros.

»Voy a resumir todas las observaciones que he efectuado. La longitud total del monstruo era de 22 a 24 metros. Su color general era negro, con bandas pardas de 30 cm. aproximadamente y separadas por una distancia de metro y medio; la primera venía inmediatamente después de la cabeza. El cuerpo tenía un diámetro de unos 80 cm. en una longitud de 8 metros a partir de la cabeza, y se prolongaba por una larga cola flexible. La cabeza era negra, con algunas tonalidades pardas, distribuidas de forma irregular. Esta cabeza recordaba a la de una serpiente, si no fuese porque el cráneo era mucho más alto (de 1 metro a 1.20). La anchura máxima de la mandíbula era también de 1.20 m. Los ojos eran de un verde muy claro, casi blanco,

con pupilas negras y verticales. No le pudimos ver bien los dientes; supongo que debían de ser más bien pequeños. El interior de la boca era blanquecino. Un fragmento de una substancia negra colgaba de la mandíbula superior; acaso era un trozo de piel arrancada a un pez.

»La piel del monstruo parecía la de un tiburón, más que la de una morena o de un congrio, que es más lisa. No se distinguían escamas aparentes. No vimos parásitos; suponemos que la cola, flexible, impidió que éstos se adhiriesen. Tampoco vimos aletas ni espinas de ninguna clase. No observamos orificios respiratorios, pues nuestra atención estuvo atraída principalmente por la boca, cuando ésta se hizo amenazadora. Al tener el cuerpo algo hundido en la arena, no pudimos ver los colores del vientre, pero adivinamos que éste era plano.»

Los que vieron el monstruo son los testigos siguientes: Robert Le Serrec, 37 años, de Etel (Morbihan), Francia; Raymonde Le Serrec, 34 años; Annaïch Le Serrec, 9 años; Gwénola Le Serrec, 4 años; Yves Le Serrec, 2 años; Henk De Jong, 22 años, de Sydney (Australia).

Intervienen Heuvelmans y Sanderson

Estas son las pruebas que poseemos sobre la existencia del monstruo: el minucioso relato de Le Serrec, sus diapositivas en colores y bastantes metros de película. Este material había de permitir al «Sherlock Holmes de la Zoología», como ha sido apodado Bernard Heuvelmans, resolver uno de los más irritantes enigmas de la Naturaleza. Su encuesta, que en total ha durado diez años terminó con el descubrimiento inesperado de un misterio, cuya complejidad nadie podía sospechar, y esto

gracias a un método revolucionario de Historia Natural.

Vamos a ver cómo el obstinado zoólogo logró rehabilitar al monstruo marino más calumniado del mundo, y que hasta entonces, con los «platillos volantes», se había considerado un recurso al que echaban mano los periodistas durante las calmas estivales. (Esperemos que los «platillos» encuentren pronto su Heuvelmans.)

«La forma de renacuajo que presenta la serpiente de mar de las islas Whitsunday, declaró Heuvelmans después de examinar las fotografías y estudiar el informe de Le Serrec, no me es desconocida.» Recuerda la silueta de algunos de los monstruos más aberrantes y desconcertantes que se encuentran en el fichero de la Gran Serpiente del Mar, o sea unos extraños animales listados de negro y amarillo que encontró en 1925 el francés A.G.L. Jourdan cerca de la isla de las Serpientes, en el mar de China del Sur, y que parecen ser una versión reducida del coloso, también listado, observado en 1876 desde el **Néstor** en el estrecho de Malaca. Verdad es que los pequeños monstruos de M. Jourdan parecían tener cuatro pequeñas expansiones en la cabeza, pero éstas, difícilmente explicables por lo demás, acaso fuesen deformaciones momentáneas (quizá debidas a la ingestión de una presa demasiado grande). Verdad es también que el enorme monstruo del **Néstor** parecía desplazarse por medio de ondulaciones verticales, pero sabemos que las anguilas, por ejemplo, pueden desplazarse perfectamente sobre el costado.

En una palabra, disponemos de tres observaciones hechas en una zona relativamente circunscrita del Pacífico tropical, de un extraño animal desconocido en forma de renacuajo y señalado regularmente por anillos amarillentos o pardos. Este indicio es precioso, pues constituye un sólido argu-

mento a favor de la autenticidad del último de estos encuentros.

Robert Le Serrec y su amigo De Jong decidieron, como medida de prudencia y teniendo en cuenta que ya les habían robado un material gráfico precioso, no dar a conocer sus observaciones antes de que en los laboratorios fotográficos australianos hubiesen revelado los carretes y los rollos de película. Por otra parte, temían convertirse en víctimas de los periodistas, sin poder terminar en paz y antes de la estación de las lluvias las tomas de la película que rodaban en el archipiélago de las Whitsunday.

Por lo tanto, hubo que esperar al 4 de febrero de 1965 para que Robert Le Serrec revelase su curiosa aventura a la prensa local. Ni qué decir tiene que la noticia provocó al poco tiempo un intercambio de excitadas conferencias telefónicas entre Nueva York y París, es decir, entre Ivan Sanderson y su colega Bernard Heuvelmans. Le Serrec, que deseaba vender sus fotos a muy buen precio, las había enviado, junto con su relato a los Estados Unidos, donde el material fue sometido a Sanderson, el mayor especialista americano en criptozoología, a fin de que éste dictaminase sobre la autenticidad de aquellos documentos y los comentase bajo el punto de vista científico.

Desempeñó este papel en Francia Heuvelmans, el gran especialista belga, autor del libro **La Gran Serpiente de Mar, el problema zoológico y su solución** (Plon, París, 1965), que constituye un análisis cuidadoso de 325 informes circunstanciales y detallados. A continuación, y en forma resumida, reproducimos las conclusiones a que llegaron ambos sabios, y el método empleado para alcanzarlas:

HEUVELMANS: Yo empecé por efectuar en Francia una especie de «encuesta de moralidad» sobre los antecedentes profesionales de Le Serrec. Esta encuesta no reveló nada de sospechoso ni de inquietante.

SANDERSON: Yo hice examinar las fotos —bellas diapositivas en colores— por los técnicos de las publicaciones Fawcett, que no encontraron en ellas la menor traza de trucaje, ni que fuese bajo la forma de retoques, de fotomontajes o de superposiciones.

Después de pasar revista a todas las explicaciones vulgares que pudiesen explicar lo que se veía en las fotos, y después de eliminar las que eran insostenibles (tronco de árbol, alga gigante, globo cautivo deshinchado, pipeline de petróleo, cable telefónico, etc.), sólo conservé las tres siguientes:

1ª Uno de los depósitos alargados de materia plástica, que la Marina estadounidense había experimentado unos años antes para el transporte de grandes cantidades de carburante, remolcándolos a flor de agua, y que se hubiese perdido.

2ª Un globo meteorológico «Skyhook» deshinchado y caído al mar, donde se habría recubierto poco a poco de algas.

3ª Un enorme rollo de tela —un entoldado de circo, por ejemplo— convenientemente amarrado y tirado deliberadamente al agua.

La primera hipótesis pudo ser eliminada cuando los servicios de información de la Navy precisaron que los depósitos en cuestión tenían una superestructura metálica y la forma aplastada de un colchón neumático de una longitud desmesurada, y que jamás se perdió ninguno cerca de las costas americanas, lugar donde fueron sometidos a prueba. Resultaba además inverosímil que uno de ellos hubiese podido llegar a Australia, pues ninguna otra nación había utilizado depósitos de aquel tipo.

La segunda hipótesis tampoco se sostenía. Cuan-

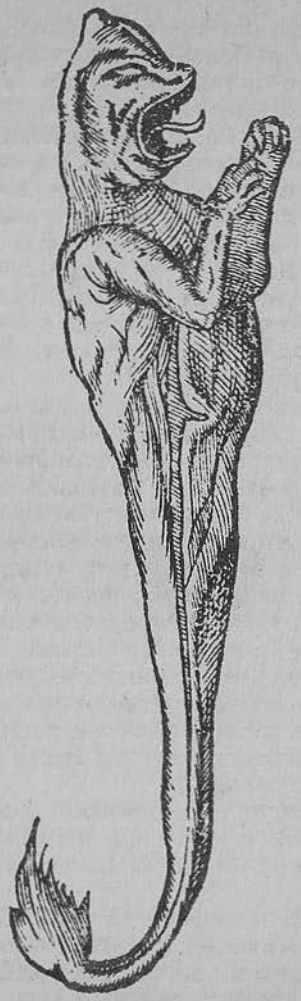
do un globo «Skyhook» explota, se desintegra en pleno cielo. Si sólo está desgarrado o agujereado, desciende lentamente, siendo posible seguirlo y recuperarlo. Por lo demás, uno de estos globos no podría permanecer mucho tiempo en el fondo de las aguas, por lo menos el tiempo necesario para cubrirse de algas, sin antes hacerse trizas en los arrecifes madrepóricos, de aristas muy cortantes.

Quedaba únicamente la tercera hipótesis, o sea la de un fraude perpetrado con toda deliberación.

Conviene precisar aquí que la bahía de Stonehaven, que se abre en la isla de Hook, se encuentra a pocos kilómetros de estaciones balnearias muy frecuentadas, situadas entre otras en la isla Hayman, precisamente frente al continente australiano y en este mismo, y sus aguas están surcadas todos los días por veleros y barcos de motor.

HEUVELMANS: Transportar hasta aquellos parajes el material adecuado para fabricar un monstruo postizo de casi 25 m. de largo (la embarcación que se ve junto a él en una de las fotos confirma estas proporciones), darle una forma adecuada, pintarle unos ojos y unos anillos y por último arrastrarlo por el agua a cierta distancia de la orilla, no es empresa baladí y parece difícil llevarla a cabo sin llamar la atención. A menos que se hubiese encargado la fabricación de la serpiente de mar a una empresa especializada, es imposible que ésta fuese de tripa de buey o de plástico. Suponiendo que lo hubiesen hinchado con aire para darle la forma adecuada, hubiera flotado, sin descansar sobre el fondo. Era indispensable que antes de ponerlo en el agua, tuviese una densidad igual o superior a la del agua en tal caso, y teniendo en cuenta su talla, hubiera pesado al menos seis toneladas.

Arrastrar una masa de seis toneladas por el agua,



El «mono marino», según Aldrovandi (1613).

incluso a corta distancia de la orilla, es una operación que tres personas son incapaces de realizar, a menos de que dispongan de una especie de bulldozer anfibio. ¡Y un bulldozer no se puede ocultar en la cabina de una lancha de seis metros de eslora!

En realidad, si se tratase de un fraude, sólo podía tenerse en cuenta una consideración: el hallazgo casual de un pecio, o sea un resto de naufragio, cuyo aspecto serpentiforme inspiró la idea de un engaño; Le Serrec y sus colaboradores trataron entonces de acentuar el parecido con un animal, dándole los retoques adecuados y poniéndole ojos y anillos, lo cual hubiera sido muy fácil a dos metros apenas de profundidad.

Por mi parte, me sentí tentado de momento a aceptar esta explicación, principalmente a causa de la posición de los ojos del monstruo, que me parecía de lo más anormal. Casi todos los vertebrados —y esto se nota especialmente en los peces— tienen los ojos dirigidos a ambos lados, aunque algunos de ellos —los Primates, por ejemplo— los tienen dirigidos hacia adelante, pero no se conocen vertebrados con los ojos dirigidos hacia arriba, como es el caso de la serpiente de mar de Hook Island. Sin embargo, esta disposición existe en algunos peces, como los lenguados o las rayas, que viven en el fondo e incluso suelen enterrarse en la arena, que es precisamente lo que hace, según parece, el monstruo en cuestión.

Por otra parte, debo confesar que, como mi colega Sanderson, no veo cuál pudiera ser el pecio utilizado para fabricar el tal monstruo de mentirijillas.

Ni qué decir tiene que si la película que muestra la serpiente de mar en movimiento bajo el agua es buena, la hipótesis de un fraude ni siquiera podría tomarse en consideración. Yo aún no he podido verla y me han dicho que las secuencias submarinas

son borrosas, lo cual se comprende muy bien, teniendo en cuenta la turbiedad de las aguas.

Suponiendo, por lo tanto —simple hipótesis de trabajo— que la familia Le Serrec y el amigo de ésta no cometieran una falsificación, sino que observaron a un animal viviente (todavía viviente, sería más justo decir), ¿qué diagnóstico podría formularse sobre la naturaleza zoológica del mismo?

Cuando se produjo la declaración a la prensa de Le Serrec, el director del Museo de Queensland, el doctor J. T. Woods, se contentó con decir, sin comprometerse demasiado: «Si la descripción es exacta, no se aplica a ningún ser conocido por la Ciencia.»

El Dr. F. H. Talbot, conservador de la Sección Ictiológica del Australian Museum, se mostró más audaz. El incidente le pareció «de lo más extraordinario», y adelantó la teoría según la cual «podía ser una anguila gigante, que pareciese aún mayor a causa de la refracción».

El parecer diametralmente opuesto del Dr. W. H. Dawin, de la Facultad de Zoología de la Universidad de Sydney, era en cambio tajantemente negativo: «La estructura cefálica de este ser no es desde luego la de una anguila.» Agregando, por si aún no fuese bastante: «No es una ballena ni un delfín, animales que son mi especialidad.»

¿Entonces, qué era el dichoso animal?

Un pescador y explorador submarino llamado Linklater propuso una explicación muy prosaica. Según su parecer, lo que Le Serrec había observado podía ser una masa de pececillos, de talla y forma parecida a nuestros salmonetes y llamados **catfishes**, en vías de migración. «No dudo en absoluto de la existencia de estos grandes agrupamientos, declaró, y, desde lejos, los catfishes, debían de parecer un monstruo tubular.»

El gendarme principal J. M. Sunter creía, en cambio, que el «monstruo» estaba formado por la

aglomeración de miles de minúsculos calamares. Basaba esta hipótesis en una película de Hans Hass, el cual vio un objeto semejante formado por miríadas de pequeños calamares. (Este ridículo debate recuerda los que suelen sostener los sabios «oficiales» sobre los tan traídos y llevados «platillos volantes», que pueden ser cualquier cosa —globos sonda, la estrella Venus, aves migratorias, nubes de plasma ionizado, globos de feria, etc.— menos lo que sin duda probablemente son: platillos volantes.)

A lo que el ictiólogo Talbot y su colega G. Whitley, su predecesor en el cargo que ocupaba en el Australian Museum, replicaron manifestando ambos no tener conocimiento de que en las aguas australianas se produjesen fenómenos de este género, ya fuesen debidos a catfishes o a calamares. «Con todo, precisó el Dr. Talbot, esto cabe dentro de lo posible. La verdad es que los seres marinos tienden a aglomerarse.»

En Londres, entretanto, y en la sección de Historia Natural del Museo Británico, el Dr. Greenwood, gran experto en biología marina, refutó enérgicamente la teoría del banco de catfishes, pues éstos suelen aglomerarse en forma esférica y no de serpiente. «No oí decir jamás que pudiesen estirarse para formar una hilera tan larga.»

El Dr. Greenwood hubiera podido añadir que, cuando los pequeños animales marinos se reúnen en gran número, siempre existen numerosos individuos aislados que retozan en torno a la horda principal, y que los mismos se hubieran distinguido en las fotografías.

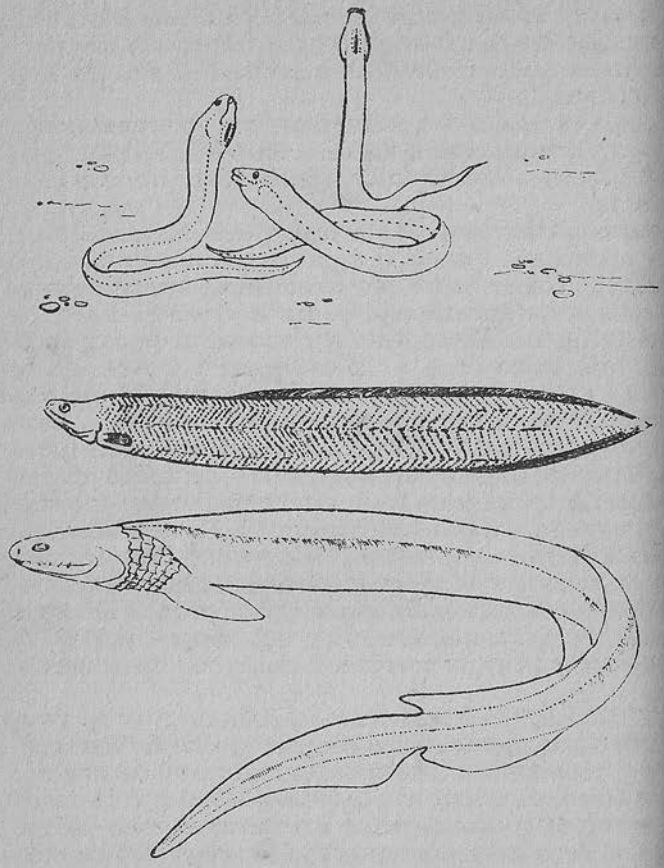
Ni qué decir tiene que el mismo Le Serrec, que había visto al animal bajo el agua, distinguiendo en él unos ojos, una boca y unos anillos, no podía aceptar la teoría de la bandada serpentiforme. Para él, debía de tratarse de un caso de gigantismo de una especie marina indeterminada.

A decir verdad, tras un cuidadoso análisis de la descripción hecha por el fotógrafo francés, casi puede llegar a determinarse la identidad del enigmático animal.

Esto es lo que Ivan Sanderson y yo tratamos de hacer, cada uno por nuestro lado (del Atlántico), sin habernos consultado previamente sobre el particular.

Ambos dábamos por sentado que se trataba de un vertebrado (aunque esto no sea absolutamente cierto), y que entre los vertebrados, era evidente que no podía tratarse de un ave, era casi seguro que no era un mamífero (a causa de la ausencia total de miembros y la blancura interior de la boca), que había muy pocas probabilidades de que fuese un reptil (principalmente a causa de su frente elevada), y que las probabilidades de que fuese un anfibio todavía eran menores (a causa de su **habitat** marino para Ivan, y principalmente a causa de su enorme talla en mi opinión). En una palabra, ambos llegamos a la conclusión de que se trataba de un pez. Por lo demás, todos los rasgos mencionados, sin excepción alguna, pertenecen a diversos peces. Pero, ¿a qué grupo de peces pertenecía? Sobre este punto no logramos ponernos de acuerdo.

SANDERSON: Teniendo en cuenta en primer lugar la forma general del monstruo de las Whitsunday y recordando la que tenía una larva de anguila de 1.80 m. de longitud pescada en 1930 por el barco oceanográfico **Dana**, pensé primeramente en las anguilas. Pero éstas poseen orificios respiratorios bien visibles y nunca tienen la cabeza más ancha que el cuerpo. Así, tras maduras reflexiones, me decidí por una familia de peces anguiliformes, los Simbranquios, llamados a veces en inglés **swamp eels** (anguilas de los pantanos), pero que no son verda-



De arriba abajo: peces anguiliformes o Simbranquios de las aguas palúdicas tropicales; larva de anguila gigante (cerca de 2 m) pescada en 1930 por el barco oceanográfico *Dana*: y por último, un Selacio serpentiforme: el Tiburón de collar o Ochlamydoselachus.

deras anguilas (orden de los Apodos), sino peces cuya posición sistemática es incierta y aun muy discutida. Casi todos habitan en las aguas estancadas de las regiones tropicales americanas, africanas y asiáticas, pero en las aguas malayas existe una variedad marina de talla muy pequeña (**Macroterna caligans**). Su principal característica consiste en el hecho de que las hendiduras branquiales han emigrado bajo la cabeza, donde en algunas especies se reúnen hasta formar una sola abertura. De ahí les viene su nombre de Simbranquios, que en griego significa «de branquias reunidas».

Por su forma general, su cabeza abultada seguida por un cuerpo cilíndrico más angosto que se va estrechando hacia la cola, su ausencia total de aletas pares, sus dorsales y abdominales reducidas a una simple cresta rudimentaria, su piel lisa y, por último, su falta aparente de orificios respiratorios cuando se hallan tendidas sobre el fondo, se parecen extraordinariamente a la serpiente de mar de Le Serrec.

El único inconveniente de esta hipótesis consiste en que no se conoce ni una sola especie de Simbranquios que sobrepase un metro de longitud. ¡La variedad marina mide apenas 20 cms.! Sin embargo, creo que esta objeción se puede arrinconar planteando así la cuestión: Si los pequeños delfines de agua dulce que miden 1.80 m. (**Inia**, etc.), pueden tener primos de 30 m. en el mar (como el gigantesco Rorcual azul), ¿por qué la pequeña anguila de los arrozales (**Monopterus albus**) del Sudeste asiático, que es de un linaje mucho más antiguo, no podría tener unos parientes enormes en alta mar, del mismo modo como los tiene de pequeñas dimensiones?

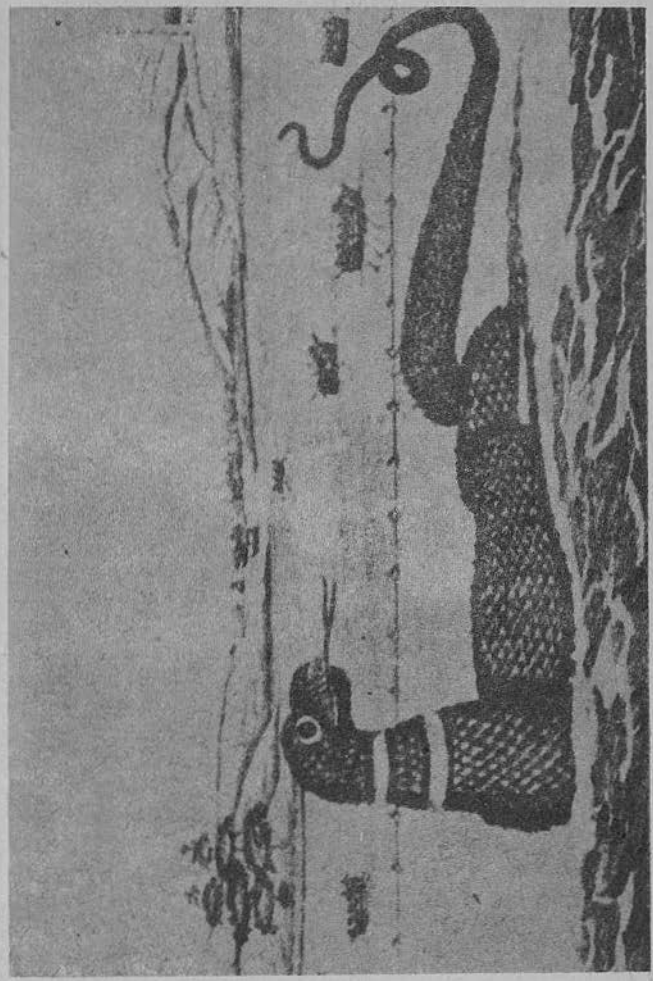
HEUVELMANS: El paralelo entre los Cetáceos y los Simbranquiformes me parece difícil de soste-

ner. Pues si bien conocemos especies de todas las tallas intermedias entre las marsopas de 1 m. y los Ballenópteros de 30 m., no conocemos ni una sola, reciente ni fósil, entre los Simbranquios de 1 m. y el hipotético Simbranquio colosal de 25 m. Si bien es verdad que la Naturaleza procede por saltos, éstos no son nunca unos brincos tan impresionantes.

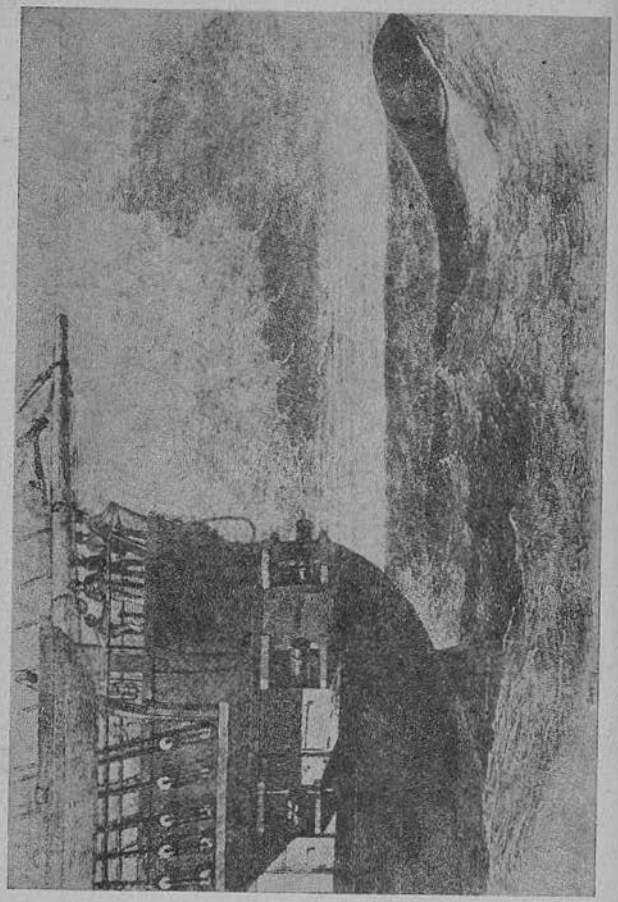
Para guiar mis propias investigaciones, tuve en cuenta primeramente la talla del animal desconocido visto por Le Serrec, antes que su forma. Desde luego, pensé en las anguilas —serpentiformes, a veces totalmente desprovistas de extremidades y siempre de escamas—, refiriéndome no sólo al Leptocéfalo gigante del **Dana**, sino también al hecho de que en este grupo se conocen muchas especies que miden hasta 3 m. de largo. Dicho esto, dediqué mi mayor atención a la clase que alberga a todos los verdaderos gigantes del mundo de los peces, o sea la clase de los Selacios.

En este grupo no sólo existe una clara tendencia al gigantismo (son ejemplo de ello el Tiburón-ballena, el Tiburón-peregrino, el Jaquetón, la Manta o Diablo de los mares, etc.), sino que esta tendencia se combina a veces con un aspecto serpentiforme (el caso del Tiburón de collar o **Chlamydoselachus**). Recuérdese además que, según los propios testigos, la piel del monstruo australiano presentaba mayor parecido con la de un tiburón que con la de una anguila y que la boca estaba situada debajo de la cabeza, rasgo muy característico de los Selacios. Y finalmente, de entre todos los peces, algunos tiburones (entre otros la gran familia de los Isúridos, que comprende principalmente a los Tiburones blancos, el **Mako**, etcétera), son los únicos que tienen pupilas hendidas y dispuestas verticalmente.

Incluso la curiosa forma de renacuajo del animal de las Whitsunday ni siquiera es extraña a los Selacios; no sólo se la encuentra en el Pez-torpedo, sino



Representación bastante ingenua de la Serpiente de Mar vista en la bahía de Massachusetts (1817).



La Serpiente de Mar observada por la tripulación del *Daedalus* (1848)

que se esboza en el Pez-guitarra (**Rhinobatus**), del que hay una especie indopacífica que alcanza la talla de 3 m. Señalemos, por último, que en estos diversos géneros, las hendiduras branquiales se hallan dispuestas en la superficie inferior del cuerpo, no siendo, por lo tanto, visibles cuando estos peces descansan en el fondo, que es precisamente su biotopo.

El único inconveniente grave que presenta mi hipótesis es que, a diferencia de lo que ocurre con el monstruo en cuestión, los Selacios presentan siempre aletas, aunque éstas sean bastante discretas en algunos géneros.

SANDERSON y HEUVELMANS: Un punto sobre el que ambos estamos de acuerdo es el que concierne al probable régimen alimenticio de la serpiente de mar vista por Le Serrec. Este animal, desprovisto de dientes o armado a lo sumo con una dentadura rudimentaria, se alimenta posiblemente de plancton, como hacen la mayoría de los gigantes marinos, tanto entre los Cetáceos entre los Peces, o, más exactamente, los Selacios (¡un punto para Heuvelmans!)

Es resumen, aunque la verdad acaso sea otra y se encuentre, por ejemplo, en una anguila gigante de pupilas hendidas de manera anormal y orificios respiratorios invisibles, la elección queda limitada al Simbranquio desmesurado y el Selacio serpentiforme y desprovisto de aletas.

HEUVELMANS: La verdad es que, a pesar de mis preferencias personales en el terreno zoológico, preferiría, por motivos sentimentales, que se impusiese la tesis de mi amigo Sanderson. Conviene recordar, en efecto, que el primero que pensó —¡nada menos que en 1817!— que una de las formas de la Serpiente de Mar podía ser un Simbranquio, fue precisa-

mente el gran naturalista francoamericano Constantin Samuel Rafinesque.

Me gustaría ver confirmado una vez más el genio y la clarividencia del primer zoólogo del mundo que tuvo la perspicacia y el valor de reconocer en la Serpiente de Mar un objeto de estudio científico como otro cualquiera.

Al análisis efectuado por el sabio europeo y el sabio americano, convendría añadir una interesante observación formulada por un hombre de ciencia perteneciente al Centro Nacional de la Investigación Científica francés: «M. Le Serrec habla de un ciclón que precedió a su descubrimiento. Este particular puede tener su importancia. Durante un ciclón, el oleaje y los movimientos del mar perturban las capas líquidas hasta centenares de metros de profundidad. Este hecho podría explicar acaso el descubrimiento en aguas someras de la costa de este ser marino desconocido, que quizá viva normalmente a profundidades inaccesibles a los buceadores o a los pequeños submarinos de exploración. Valdría la pena que se estudiasen las corrientes superficiales y profundas en las inmediaciones de la isla de Hook, pues estas corrientes hubieran podido arrastrar al monstruo "siniestrado" por el ciclón fuera de su habitat acostumbrado.»

V

EL MONSTRUO DEL LOCH NESS

El supuesto ser monstruoso que habita en las profundidades del lago escocés Ness, del que tanto se ha ocupado la prensa sensacionalista, bien merece capítulo aparte: **à tout seigneur, tout honneur,** como se dice en la frase francesa. Recordemos aquí que las primeras observaciones del monstruo del Loch Ness comenzaron en el año de 1933, y desde entonces casi no ha pasado año sin que alguien asegure haberlo visto. Incluso se ha llegado a fotografiarlo y, últimamente, a captarlo sobre la pantalla del sondador submarino de ultrasones.

Precisamente el ya citado Dr. Heuvelmans escribió las líneas siguientes sobre el discutido «ciudadano» escocés: «Cuando comenzó en 1933 el caso

del monstruo del Loch Ness —en resumen una serpiente de mar prisionera de un inmenso lago escocés—, un zoólogo inglés, el Dr. Malcolm Burr, impresionado por ciertos caracteres aparentemente contradictorios referidos por los testigos, sacó una conclusión original. La serpiente de mar en cuestión parecía pasar por una fase larvaría con branquias, antes de adquirir su forma definitiva de adulto: ¡habría que clasificarla entre los Anfibios! Sería sin duda una Salamandra o un Tritón gigantesco.» (PLANETE, número 24, sept./oct. 1965, pág. 71, artículo «Cómo vencí a la Gran Serpiente de Mar».)

En el No. 3 de la revista MUNDO SUBACUATICO, correspondiente a enero-febrero de 1960 (revista del CIAS fundada y dirigida por mí), publiqué un artículo de mi amigo el buceador e investigador inglés William A. Nicholas, titulado «El enigma del Loch Ness», que por su interés voy a reproducir íntegramente:

«Tanto en Escocia como en Inglaterra, basta con mencionar las palabras "Loch Ness" para suscitar una discusión acerca de la realidad o fantasía de su pretendido morador.

»La polémica acerca de esta cuestión se ha mantenido ininterrumpidamente durante muchos años. Cada bando se halla convencido de la infalibilidad de sus juicios y jamás transige con las opiniones del adversario. A pesar de esta controversia, sin embargo, yo me he esforzado por considerar el misterio del lago escocés con el menor apasionamiento posible y, como resultado de mis visitas a la zona en cuestión y de las investigaciones que he efectuado, me inclino actualmente a creer que algún ser habita allí... tal vez un ser aún desconocido para el hombre en la escala zoológica o bien —lo cual me parece más probable— un animal al que se considera extinguido desde hace millones de años.

»El monstruo, desde luego, no constituye ninguna novedad. Las noticias acerca de una bestia "semejante a un dragón o a una sierpe" se remontan al siglo XV. El **loch** (lago) tiene unos treinta y dos kilómetros de longitud y se desconoce su profundidad a causa del saliente formado en uno de sus lados, lo cual hace que sean ineficaces los sondeos con ASDIC (ver croquis). Además, su fondo detectable es demasiado considerable para que lo puedan explorar los buceadores autónomos. Por otra parte, como es evidente para cualquier buceador experimentado, aunque las profundidades del lago no fuesen tan grandes y en sus aguas no reinase un frío tan intenso, y sin tener en cuenta las pretendidas dimensiones del monstruo, que se dice son considerables, la exploración de una zona tan extensa sería como buscar una aguja en un pajar. Sólo por una pura casualidad un buceador podría hallarse cara a cara con el monstruo. En ese caso improbable, aún no sabemos cuál sería la reacción de la bestia, ni la del buceador A. R.

»Desde hace varios años me intereso por este enigma. La suerte me proporcionó la oportunidad de examinarlo de cerca cuando me destinaron a una unidad de la RFA a pocos kilómetros al norte del Firth of Fort. En consecuencia, he podido pasar muchos fines de semana en los alrededores del Loch Ness y realizar numerosas investigaciones de primera mano.

»A mi llegada a Inverness, la antigua ciudad de origen picto situada en la desembocadura del Loch Ness, no tardé en saber que el monstruo, conocido por aquellos aledaños bajo el encantador remoquete de "Nessy", no era ningún enigma para los naturales del país. Por lo que a ellos se refiere, "Nessy" es un ser de carne y hueso. ¿No le habían visto todos los años en numerosas ocasiones —a veces los testigos habían llegado a ser noventa simultáneamente— y durante toda su vida? ¿No se habían exhibido mu-

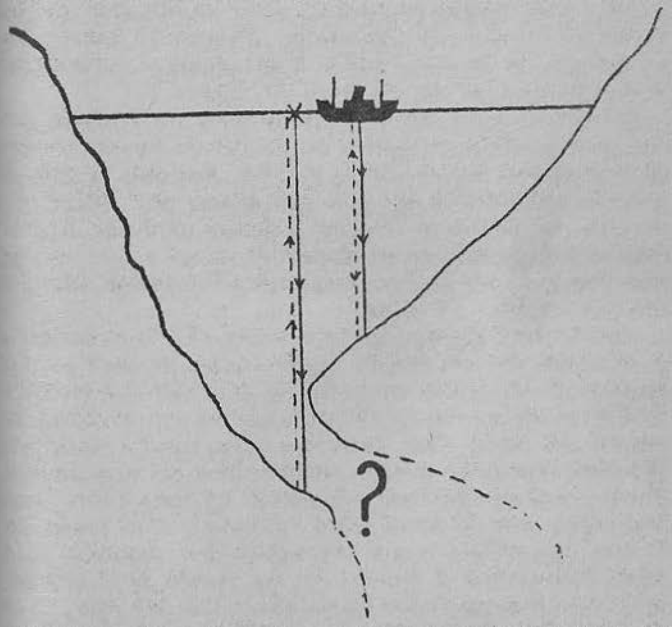
chas veces fotografías suyas? ¿No se vendían postales con su efigie en las tiendas?

»Durante mi estancia allí, visité a un coronel retirado de la RAF, para el que llevaba una carta de presentación, y cuyas propiedades lindaban con la mismísima orilla del lago. Este caballero me informó que él había visto a "Nessy" en muchas ocasiones —generalmente a primeras horas de la mañana, cuando él iba a pescar salmón—. El monstruo tenía una cabeza equina y lo que parecía ser un cuerpo serpentiforme que avanzaba por el agua con movimiento ondulatorio. Le pregunté si no podía haberse confundido con una bandada de delfines o de marsopas. Estos animales, al retozar en el agua formados en hilera, dan a veces la impresión, a un observador distraído, de ser un solo cuerpo, largo y serpenteante. El me contestó muy serio de forma negativa, y a continuación me expuso sus propias opiniones (que parecen compartir todos los habitantes de la región): existen al menos dos monstruos y ambos son anfibios.

»Siguiendo esta nueva pista acerca de las características del monstruo, no tardé en enterarme de que unas extrañas huellas, que no se pudieron atribuir a ningún ejemplar de la fauna escocesa, habían aparecido en Glen Urquhart (un pequeño valle situado en el lado occidental del lago, donde la orilla no es tan abrupta), parecidas al rastro que dejaría un elefante. Puesto que las huellas variaban de tamaño, ello parece indicar que, en realidad, existe más de un monstruo. Estas huellas han sido vistas en diversas ocasiones por muchas personas y no me costó confirmar la realidad de estos hechos.

»A fines de 1958 conseguí otra información muy interesante... que incluso llegó a aparecer en un boletín de noticias de la BBC. Según esta información, un tal James MacIntosh, un patrullero de la Asociación Automovilista, que vive cerca del extremo meridional del lago, en el punto por donde éste se halla unido por el canal Caledoniano a los lagos Oich y Lochy, fue protagonista de un suceso verdaderamente insólito.

»Un día al atardecer seguía en su coche la carretera dirigiéndose a su casa, cuando un enorme ser de dimensiones descomunales cruzó la carretera frente a su automóvil. Afortunadamente, aquel día no había llovido y al aproximarse al lugar por donde el animal había cruzado ante él, pudo ver sus huellas, que se dirigían a la carretera y luego se alejaban de ella. Como de costumbre, los escépticos ridiculizaron este relato, insinuando que MacIntosh



Este dibujo demuestra la imposibilidad de sondear el fondo del Loch Ness.

había visto únicamente a un ciervo. Sin embargo, resulta difícil atribuir a un ciervo escocés dimensiones colosales, por más fantasía que tenga el observador. Además, ningún ciervo dejaría huellas de gran tamaño.

»De ser cierto, el relato de MacIntosh confirmaría la presunción de que el monstruo es un ser anfibio. Además, permitiría defender la teoría de que las actividades del monstruo no se hallan necesariamente limitadas al Loch Ness. Las pruebas en favor de esta teoría se hallarán en noticias publicadas en la prensa alrededor de 1933. La mejor de estas noticias se refiere a una expedición de pesca realizada al Loch Lochy por varios regidores muy conocidos de un ayuntamiento local, los cuales afirmaron haber visto un ser de gran tamaño y de aspecto serpentino nadando por las aguas de dicho lago.

»Antes de que MacIntosh tuviese su extraño encuentro en 1958, yo había realizado ya varias inmersiones en los lagos Lochy y Ness. Aunque la suerte no me acompañó en mis esfuerzos por dejar mi tarjeta de visita a "Nessy", deseo exponer brevemente las condiciones imperantes en estas aguas, que son las que hallará cualquier buceador que desee sumergirse en ellas.

»En ambos lagos, aun en verano, el frío es intenso y, a pesar de los trajes protectores, el cuerpo del buceador no tarda en hallarse aterido. La visibilidad es muy buena en el Loch Lochy —aproximadamente de unos diez metros—. Su fondo tiene un aspecto repelente y está desprovisto de vegetación. Puesto que no conseguí encontrar embarcación (ambos lagos son de propiedad privada), sólo pude explorar las orillas y sus proximidades. Aunque sólo tiene kilómetro y medio en su punto más ancho, sería una locura nadar hacia el centro del lago, pues el buceador se hallaría insensible antes de alcanzarlo, a consecuencia del frío de sus aguas.

»Por lo que se refiere al Loch Ness, principiaré diciendo que su aspecto es amedrentador. Este lago es una larga tira líquida encajonada entre abruptos acantilados. En un día nublado, su aspecto es verdaderamente inquietante. Traspuesta su superficie, inmediatamente se advierte un notable contraste con el Loch Lochy. Debido a sus empinadas riberas, la luz es muy escasa debajo del agua, con lo que la visibilidad también es menor. El fondo desciende tan abruptamente que sólo a un par de metros de la orilla ya es casi invisible desde la superficie y muchos metros de agua se interponen entre el fondo y el buceador. El frío es aún más intenso que en el Loch Lochy.

»Como ya he dicho, he contemplado muchas veces el Loch Ness, desde tierra, desde el agua y desde el aire, pero nunca he tenido la suerte de ver a su secreto habitante. Aun así, estoy seguro de que un ser desconocido vive en sus tenebrosas profundidades. Teniendo en cuenta la antigüedad de la leyenda, creo que es mejor pluralizar y decir que son varios los monstruos que viven y han vivido en este lago. Tal vez se trate de seres tan temerosos de nosotros como nosotros de ellos. A pesar de sus numerosas apariciones, estos monstruos no podrán ser reconocidos oficialmente en los medios zoológicos hasta que se capture o se mate uno de ellos y su enorme cuerpo pueda ser fotografiado enteramente por un observador acreditado.

»Recientemente se anunció que se organizaba una nueva expedición, cuyo objeto era apoderarse del monstruo vivo o muerto. Se dice que este notable acontecimiento se realizará este año, aunque hasta la fecha los propietarios del Loch Ness han negado su permiso a la expedición. Por lo que se refiere a equipo, los expedicionarios más bien parece que van a librar una guerra en miniatura. Se proponen llevar consigo rifles de grueso calibre, explosivos y fusiles

lanzaarpones, y matar al monstruo dentro o fuera del lago. Debo manifestar que todas mis simpatías están de la parte del monstruo. Hasta la fecha, "Nessy" no ha hecho daño a nadie. ¿Por qué no se espera a fotografiarlo, en lugar de esforzarse por aniquilarlo?

»Hasta que la susodicha expedición nos proporcione el cadáver de "Nessy" —si es que lo consigue—, en todo el mundo habrá gente que se burlará del monstruo. Resultará conveniente tal vez recordar a estas personas lo que sucedió hace poco más de una década, cuando se demostró la existencia del celacanto en aguas del océano Indico. Si el celacanto ha conseguido sobrevivir en las profundidades del océano, como el ser que constituye el eslabón entre la vida terrestre y la vida marina, ¿quién nos impide creer que un ser perteneciente a una época muy posterior (es decir, la época de los grandes saurios), y que también se considera extinguida, no puede vivir aún en las tétricas aguas del Loch Ness?»

Sin embargo, el monstruo del Loch Ness fue considerado generalmente como un mito hasta principios de 1966, en cuya fecha una unidad de los Servicios de Información de la «Royal Air Force» estudió una película de 16 mm. del «Monstruo», tomada en 1960. Los expertos fotográficos pertenecían al Joint Air Reconnaissance Intelligence Centre (JARIC), que se dedica a analizar fotografías aéreas tomadas desde gran altura. Esta unidad fue la que descubrió las bases secretas desde las cuales Alemania lanzaba proyectiles-cohete contra Inglaterra durante la última guerra. La conclusión a que llegaron en su análisis fue la de que el Loch Ness contiene un objeto enorme, probablemente vivo.

La película fue realizada por Tim Dinsdale, un ingeniero aeronáutico, que se ha convertido en el asesor de un grupo que actualmente trata de localizar

a «Nessy». El último día de una semana de vigilancia a orillas del Loch Ness, en abril de 1960, iba lentamente en automóvil por una carretera abierta en el acantilado a 90 m. sobre las negras y brillantes aguas, cuando distinguió un objeto pardorrojizo a unos 1,600 metros de distancia.

Cuando detuvo apresuradamente el coche para agarrar la motocámara, el objeto, que parecía dotado de una especie de joroba, empezó a moverse hacia la orilla opuesta. Dinsdale filmó lo que estaba seguro que era el lomo de un enorme animal semisumergido, que se alejaba nadando lentamente, zigzagueando, para desaparecer bajo la superficie y desviarse a la izquierda a lo largo de la orilla opuesta, levantando oleadas espumeantes. En 12 metros de película, Dinsdale captó la prueba.

Aquel mismo año, la película de Dinsdale fue proyectada en un programa de televisión de la BBC, y más tarde, el «monstruo» apareció en los programas de televisión de todo el mundo. Esto provocó un aluvión de correspondencia, y testigos que hasta entonces habían guardado silencio ofrecieron nuevas pruebas que confirmaban la observación. Pero ahí quedó la cosa. Los zoólogos no querían dejarse impresionar por algo que se apartaba tanto del orden natural de las cosas. Las autoridades no se decidían a subvencionar un estudio científico del problema.

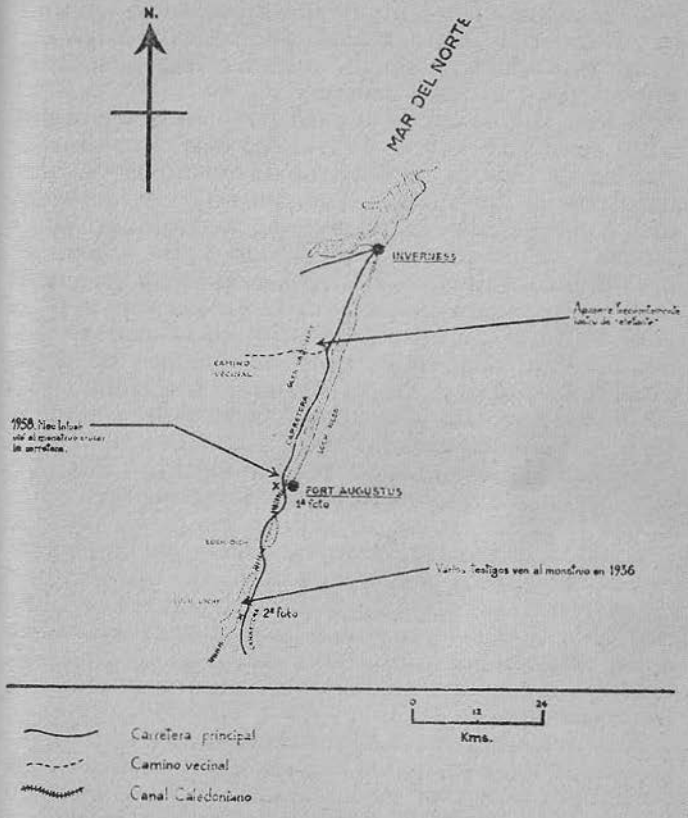
Así quedaron las cosas, hasta que un pequeño grupo de aficionados a las Ciencias Naturales creó una organización llamada el «Centro de Investigación de los Fenómenos del Loch Ness». En 1965, este grupo entregó la película de Dinsdale a los expertos en fotografía aérea de la RAF, diciéndoles sencillamente: «Aquí tienen ustedes esta película: ¿pueden decirnos lo que se ve en ella?» El informe resultante constituye un documento de 2,000 palabras, en lacónica y precisa fraseología militar.

En resumen, el informe dice que para el análisis se ampliaron 20 veces las fotogramas, y a continuación refiere cómo se establecieron escalas para calcular la distancia longitudinalmente y transversalmente a la línea visual. Afirma que el objeto se alzó 1 metro sobre el nivel del agua, se desplazó a 16 km. por hora y no era una embarcación de superficie ni un submarino, «lo cual nos lleva a la conclusión de que es, probablemente, un objeto animado. La forma redondeada del cuerpo parece indicar que por lo menos está hundido medio metro en el agua. Es lícito deducir que una sección transversal del objeto daría unas dimensiones mínimas de 1.80 m. de ancho por 1.50 m. de altura».

Un dibujo y una maqueta del gigantesco y misterioso ser, basado en las pocas fotografías existentes y en más de un centenar de informes visuales, nos ofrecen a un animal de extraña catadura. Algunos lo comparan a un plesiosauro, un reptil ovíparo y que se alimenta de peces, contemporáneo de los dinosauros. Teniendo en cuenta que se extinguieron hace 70 millones de años, el descubrimiento de plesiosauros vivientes en el Loch Ness sería un hallazgo sensacional... pero no sin precedentes. Los partidarios de esta idea recuerdan el descubrimiento del celacanto, pez primitivo que se consideraba extinguido y cuyo descubrimiento relataremos más adelante.

Otros naturalistas dicen que podría ser una enorme y desconocida variedad de babosa marina, o sea un molusco. A este animal no le costaría hacer aparecer en su cuerpo la joroba o jorobas que observaron diferentes testigos.

Otros creen que pudiera ser un gigantesco gusano marino. Estos, que se encuentran entre las formas superiores de gusanos, poseen seudópodos o falsos pies, y una cabeza bien desarrollada con mandíbulas. La mayoría de expertos está de acuerdo en que «Nessy» no es una ballena ni un tiburón.



Mapa del Loch Ness, con los principales lugares donde ha sido visto el monstruo. *(Según W. Nicholas.)*

¿Cómo se metió el monstruo en el Loch Ness? Sin duda, desde el mar. Desde finales de la última glaciación, el Loch Ness es un lago; antes era un brazo de mar. Las oscuras profundidades del lago, bien abastecidas de peces, proporcionarían un refugio ideal para una colonia de monstruos. Con sus necesidades fundamentales satisfechas, éstos podrían reproducirse sin dificultad e irse adaptando poco a poco al agua dulce.

Hoy en día, la superficie del Loch Ness se encuentra a 16 metros sobre el nivel del mar. Encajonado entre unas laderas recubiertas de hermosos bosques de pinos, el Loch Ness tiene unos 32 km. de longitud, como señala Nicholas en su artículo, por kilómetro y medio de anchura. Es uno de los lagos más profundos de Europa. Sus aguas no se hielan jamás y su temperatura es casi constante durante todo el año: 6 grados centígrados en el fondo fangoso y llano. La vida marina es muy abundante: en él se pescan salmones de hasta 30 libras, truchas de 15 a 20 libras, anguilas y picudas (¡Qué festines se debe de dar el elusivo gigante!)

Si bien las leyendas sobre el monstruo tienen varios siglos de antigüedad, los informes recientes datan de 1933, como sabemos. En dicho año, se procedió a efectuar numerosas voladuras con barrenos para abrir en la roca una carretera que iría desde Inverness a Fort Augustus bordeando el lago. Es probable que las reiteradas explosiones asustasen a los misteriosos moradores del lago, porque durante los meses siguientes se efectuaron numerosas observaciones.

En Fort Augustus habita precisamente uno de los más antiguos y solventes testigos del monstruo: Alex Campbell, inspector de las aguas del lago, que trabaja para el Pósito de Pescadores locales. La primera vez que vio a «Nessy» fue en mayo de 1934, y refirió su observación al periodista David Scott con

las siguientes palabras: «Una cabeza aplanada de reptil al extremo de un cuello que parecía de cisne, se levantó a casi dos metros sobre el agua, seguida por un cuerpo giboso y negruzco que por lo menos medía diez metros.» Desde aquel día, Campbell vio al animal muchas veces.

Tim Dinsdale examina las declaraciones de un centenar de testigos, en su libro **El Monstruo de Loch Ness.** Entre estas declaraciones, encontramos estos detalles: «Tres jorobas que avanzaban a través del agua dejando una estela espumeante... Una cabeza tan ancha como el cuello, con una boca que medía de 30 a 45 cm... Parecía el lomo de un elefante, de más de un metro de altura por 3.5 m. de largo... Dejaba una estela como la de un torpedo... Su velocidad era superior a los 50 km. por hora.»

Salvo por el número de gibas, las descripciones muestran una notable concordancia. Estos seres, pues probablemente son varios, han sido vistos en todos los puntos del lago. Lo único que se sabe sobre sus costumbres es que, al parecer, son muy tímidos, pues se sumergen al simple sonido de una lancha motora.

Hoy en día, los entusiastas del Centro de Investigaciones de los Fenómenos del Loch Ness han montado un servicio de vigilancia permanente. Un equipo de nueve personas, procedentes de todos los lugares de la Gran Bretaña, se turnan durante una o dos semanas en los puestos de observación. Su cuartel general está instalado en una orilla cubierta de hierba próxima a Drumnadrochit, donde Clem Skelton maneja el grupo de cámaras principales. Otras cuatro cámaras se hallan emplazadas en puntos ventajosos del lago. Hasta la fecha, sólo se han tomado muy pocas fotografías hechas con teleobjetivo pero que muestran pocos detalles; sin embargo, en 1966 se «homologaron» hasta 32 obser-

Una de las postales turísticas con la efigie de «Nessy», que se venden para atracción de forasteros. En ésta, burdamente amañada, se ve al monstruo del Loch Ness, parecido a un legendario dragón, frente al histórico castillo de Urquhart.

vaciones válidas, hechas por los miembros del grupo citado y otras personas.

Pero resulta que no es el Loch Ness el único lago del mundo donde se han visto seres de traza prehistórica. Creo interesante referir a continuación algunas observaciones muy curiosas, entresacadas de mis archivos.

Por ejemplo, el misterioso morador de las frías aguas del lago siberiano de Vorota. Este lago, situado a una altitud de mil metros sobre el nivel del

Monstruos horrendos, «antediluvianos», que figuran en la obra «El mundo antes de la creación del Hombre», de Camilo Flammarion, el gran astrónomo-poeta francés del Novecientos.

mar, rodeado de bosques impenetrables, se encuentra en la meseta de Sordong, la cual está en Siberia, en las proximidades del polo del frío, o sea el lugar del planeta donde hace más frío en promedio en el hemisferio norte. Esta meseta posee la superficie de Bélgica y está prácticamente inexplorada. A principios de 1962, el geólogo ruso Boris Tverdochlebov vivió allí una extraordinaria aventura.

A trescientos metros del lugar donde se hallaba, vio hervir de pronto las tranquilas aguas del lago. Acto seguido, un ser inverosímil surgió de las profundidades. Era una especie de cilindro de diez metros de largo, de color gris brillante, terminado por una cabeza de 2 m. de anchura con dos ojos enormes. Esta cabeza se hallaba rematada por una especie de aleta triangular, replegada hacia atrás. El monstruo, totalmente desconocido para la ciencia, se desplazaba a saltos, tan pronto saliendo totalmente fuera del agua como nadando. El animal se acercó hasta un centenar de metros de la orilla, se sacudió el agua proyectando grandes salpicaduras y volvió a sumergirse, para no reaparecer. Tverdochlebov se encontraba a orillas del lago Vorota en el curso de una misión geológica. Esto quiere decir que no era un zoólogo; sin embargo, se apresuró a enviar un radio a la población más próxima, y un helicóptero que transportaba a un grupo de miembros de la Academia de Ciencias aterrizó al poco tiempo a orillas del lago Vorota.

Hasta la fecha, los sabios soviéticos no han dado con el paradero del monstruo. Unicamente lograron pescar en el lago un pez de carne anaranjada y que no pertenece a ninguna especie conocida. Otro descubrimiento que les entusiasmó fue el de unos musgos rojos pertenecientes a la Era Terciaria y que hasta ahora sólo se conocían en estado fósil. Sin duda la meseta de Sordong es una especie de «mundo perdido», como el de la famosa novela de Conan

Doyle, en la que aún subsisten organismos vivientes, desaparecidos en el resto del globo desde hace millones de años. La aventura de Tverdochlebov provocó una importante declaración por parte de la Academia de Ciencias de la URSS. El profesor S. K. Klinov, hablando en nombre de la Academia, manifestó lo siguiente a la prensa soviética, con fecha de agosto de 1962:

«Debemos revisar nuestras posiciones y comprender que vivimos en un mundo desconocido. Animales monstruosos pertenecientes a edades pretéritas existen todavía en nuestro planeta. Su descubrimiento puede arrojar una luz intensa sobre el pasado, disipar numerosas supersticiones, explicar el nacimiento de las religiones y los mitos. Que los camaradas que han tenido encuentros con seres de este género hablen sin temor, que nadie se burlará de ellos; por el contrario, efectuarán una importante aportación al progreso de la ciencia.»

Numerosos ciudadanos soviéticos respondieron a esta llamada. Entre las declaraciones más interesantes, se cuenta la del profesor B. F. Porchnev. El profesor Porchnev, historiador, conoce el valor de los testimonios humanos y es un observador excelente, aunque por desgracia no es zoólogo, y, por lo tanto, no puede emitir una hipótesis sobre los que vio. Pero está seguro de haber observado algo extraordinario y su compañero, un físico, confirmó punto por punto su relato.

Ambos sabios se hallaban de vacaciones en la frontera china, a orillas del lago Sara-Tcheleh. Es un lago de 8 km. de longitud y extremadamente profundo. Una leyenda indígena afirma que es insondable, y parece tener algo de verdad, pues los dos investigadores poseían una sonda de 500 m. de longitud, con la que no pudieron alcanzar el fondo. Los habitantes de la región les dijeron además que en el lago vivía una serpiente blanca, pero Porchnev

y su compañero se burlaron de ellos. Sin embargo, hallándose un día, muy claro y de visibilidad perfecta, navegando ambos por el lago en su canoa automóvil, vieron a unos dos kilómetros de distancia a una especie de ser plateado parecido a los grandes reptiles prehistóricos, tal como han sido reconstruidos por los paleontólogos. El animal desconocido parecía medir 15 m. de largo y se elevaba ligeramente sobre las aguas, refulgiendo al sol. La canoa automóvil trató de aproximarse a él, pero el animal se sumergió en las aguas y desapareció. Los dos testigos son absolutamente categóricos: se trata de un ser viviente que no se parece a ningún animal de los que figuran en los manuales de zoología.

¿Se trataba de un reptil o de un cetáceo, o sea de un animal de la especie del cachalote y la ballena? Los testigos no sabrían decirlo. No se atrevieron a mencionar su observación por temor al ridículo. Sólo hablaron de ella en agosto de 1962, al conocer la declaración de la Academia de Ciencias. Algún tiempo después, se organizaron varias expediciones al lago Sara-Tcheleh, que va en camino de convertirse en el Loch Ness soviético. Por el momento se ignora en Occidente el resultado que hayan podido tener estas investigaciones.

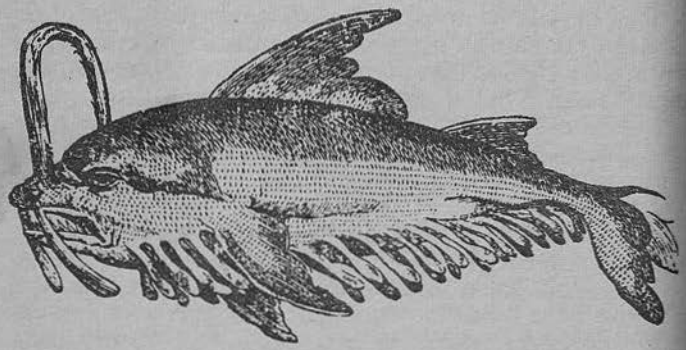
Otra declaración interesante provocada por la actitud abierta de la Academia de Ciencias de la URSS (actitud que desearíamos ver ampliada a otros temas «no ortodoxos», como el de los objetos no identificados en el cielo), fue la del cazador de ballenas Iván Skripkin, el cual observó durante varios años, en el noroeste del Pacífico y a la altura de las islas Comandor, un animal enorme y desconocido cuya longitud oscila, según los ejemplares, entre los 10 y los 50 metros. Se parece al animal observado por Porchnev en el lago Sara-Tcheleh. Algunos investigadores piensan que se trata de un tentáculo de Cefalópodo gigante. Esto sería posible para el caso

de los seres avistados que miden 10 m., pero parece muy improbable para la variedad que mide 50 metros. Antes habría que pensar que se trata de supervivientes de los grandes reptiles antediluvianos que no sólo subsisten en el océano, sino en algunos lagos particularmente profundos.

Los balleneros soviéticos trataron de capturar al monstruo de las islas Comandor, mediante arpones propulsados por cohetes. Hasta el momento, no han conseguido acertarlo. El buque oceanográfico ruso **Vitiaz**, especialmente equipado para la exploración del océano, recibió orden de partir en busca del animal. Aunque no consiguió encontrarlo, pudo fotografiar, a 2,970 m. de profundidad, con una cámara especial inventada por N. L. Zenkwitz, unas huellas extrañas en el fondo del mar. Estas huellas parecían trazadas por una especie de gusano gigante, de una longitud de 1.50 m. y un grosor de 10 cm. Las mismas huellas han sido halladas recientemente a 5,000 m. en el Atlántico, por el americano R. Carrington.

Algunos sabios piensan que puede tratarse de la larva del animal gigantesco visto en los lagos rusos, en el Loch Ness y en aguas de las islas Comandor. En este caso, se trataría de un pez, de una anguila de dimensiones considerables. Esta explicación ha sido propuesta también para la gran serpiente de mar, como hemos visto por la discusión entre Heuvelmans y Sanderson. Es muy plausible, pero, evidentemente, haría falta pescar una de estas anguilas gigantes o uno de los Simbranquios de Sanderson para tener la prueba de ello. Hasta el presente, y dejando aparte la extraordinaria observación de Le Serrec, corroborada por documentos fotográficos irrefutables, esto aún no se ha logrado. Pero los rusos están dispuestos a hacer un esfuerzo sin precedentes para encontrar este animal desconocido. Este animal o estos animales, pues son muchos los sabios soviéticos que piensan que existen por lo

menos tres especies de monstruos acuáticos desconocidos: un pulpo o un calamar gigantes, una anguila colosal y un reptil prehistórico ignorado.



¿Cómo identificar la especie de Cetáceo que quiso representar este dibujante del Renacimiento bajo el nombre de «Escolopendra cetáceo»?

VI

EL MONSTRUO DE FLATHEAD

Pero si de Eurasia saltamos al continente americano, comprobaremos que allí también se han observado monstruos lacustres. Y precisamente en los Estados Unidos, que, pese a su supercivilización, aún guardan en su inmenso territorio regiones salvajes y muy poco conocidas.

—Era un ser de aspecto horrendo, dijo la señora Zigler—, con una cabeza grande como un caballo... y asomando más de un palmo de cuello fuera del agua.

La señora Zigler, que vive en Polson (Montana), acababa de ver al monstruo del lago Flathead, convirtiéndose así en uno más de una larga serie de testigos visuales que, desde las orillas del lago Flathead, el mayor lago natural de agua dulce que

se encuentra entre el río Mississippi y el océano Pacífico, han observado la presencia de un animal que no pueden explicar.

El monstruo del lago Flathead es un corpulento animal, totalmente desconocido, que ha sido visto por muchas personas pero que nadie ha logrado capturar. Su identidad es un misterio; no sabemos siquiera si se trata de un pez, un mamífero o un reptil. Y el misterio continúa. La señora Zigler vio al monstruo en 1960. Otros testigos lo vieron en 1961, 1962 y 1963 y años posteriores.

Puede pertenecer a una especie conocida... o totalmente desconocida. Por la época de las primeras observaciones, hacia 1920, le aplicaron el nombre de serpiente de mar. Ahora suelen llamarlo un «enorme pez».

«Si alguna vez visitan ustedes Polson, localidad situada en la orilla sur del lago Flathead —escribió Paul H. Fugleberg, director del **Flathead Courier**, en **The Spokesman Review**, de Boise (Idaho)—, deténganse, y pregunten por el "monstruo de Flathead". Escucharán algunas de las historias más espeluznantes y extrañas que habrán podido oír en su vida sobre peces.

»Es probable que de momento escuchen estos relatos con incredulidad, pues les costará creer que puedan existir **superpeces.**

»Pero después de hablar con el tercer o cuarto testigo, comprenderán ustedes de pronto que esa gente no habla por hablar, ni pretende entretener a los turistas con cuentos fantásticos. ¡Qué caramba, esta gente ha visto algo que desafía toda descripción y explicación, en las cabrilleantes y azules aguas del lago Flathead!»

Por ejemplo, el sábado 15 de junio de 1963, una docena de personas vieron el OFI (Objeto Flotante Inidentificado) en el lago Flathead. Los sábados mucha gente visita el lago, aunque una docena de personas es ya una multitud para un territorio tan escasamente poblado como esa región de Montana.

Joe Stevens y su esposa Helen, propietarios del almacén Finley Point, dijeron que los observadores de dicho sábado vieron, frente a Finley Point, lo que parecía ser un gran tronco que iba flotando hacia la parte mayor del lago. Parecía como si lo remolcase una lancha motora. Volvieron a mirar, pero no se veía lancha alguna. Después el objeto empezó a moverse de una manera ondulante —subiendo y bajando—, de acuerdo con muchas observaciones anteriores.

Un soleado domingo, el 8 de septiembre de 1963, dos profesoras de la escuela de segunda enseñanza de Polson, miss Heather McLeod y mistress Genevieve Parratt, se hallaban en un botecito con motor fuera de borda en la bahía de Skidoo, cuando vieron, alrededor de las once y media de la mañana, «un objeto gris oscuro con tres jorobas». Gardner Soule, de quien proceden estos datos, refiere que el objeto se dirigía desde aguas someras hacia el centro del lago. Las dos profesoras calcularon que mostraba unos tres metros de su longitud. La aparición de un segundo bote asustó al animal, que se sumergió, volvió a emerger y se dirigió hacia la parte principal del lago, dejando tras de sí una estela como la que dejaría una embarcación, mientras las jorobas aparecían y desaparecían ondulando rítmicamente.

Tanto miss McLeod como mistress Parratt dijeron que nunca habían visto nada parecido. Ambas reconocieron haberse burlado de las anteriores observaciones sobre el pretendido habitante de las profundidades del lago de Flathead, pero que lo que habían visto las había «convencido».

Cuando esta observación se divulgó, otras dos señoras, las esposas de Mr. Wade Vincent y de Mr. Richard Burbank, dijeron que aquel mismo día vie-

ron un objeto de unos tres metros que parecía deslizarse y zambullirse, sumergiéndose rápidamente y dejando una estela. Guardaron silencio hasta entonces, por miedo a que no las creyesen.

Casi un año antes, en julio de 1962, un automóvil con matrícula de California dio un brusco frenazo en el puente de madera que cruza el río Flathead, que desemboca en el lago por Polson. Sus ocupantes saltaron apresuradamente del vehículo y corrieron a la barandilla, para contemplar un objeto negro y reluciente que no supieron identificar, y que avanzaba **contra** la violenta corriente, con un movimiento suave, ondulante, de arriba abajo.

Se detuvo también allí un automóvil, conducido por una señora de Polson. Uno de los californianos le preguntó, estupefacto:

—¿Qué demonios tienen ustedes en este lago?

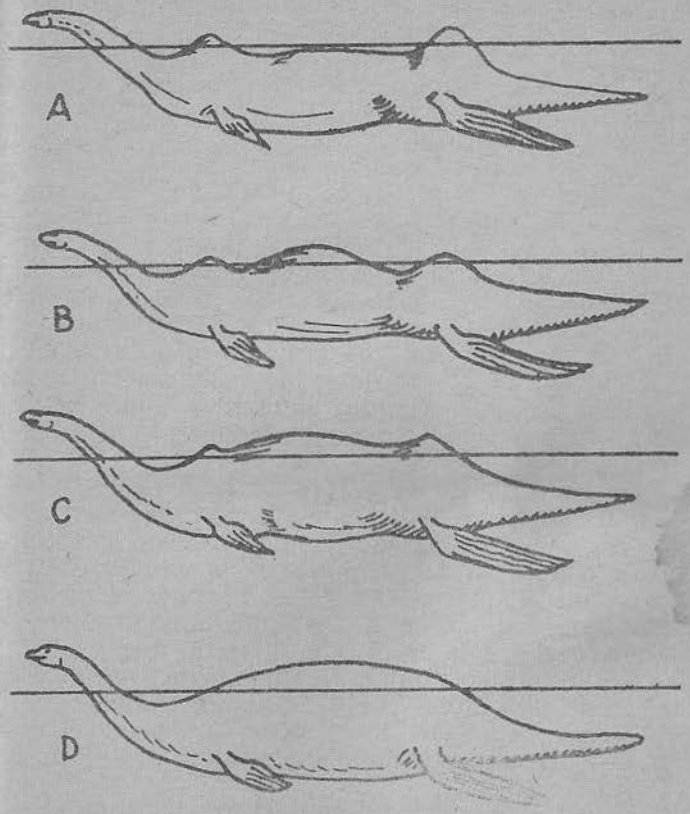
A lo que repuso la señora, no menos sorprendida:

—No lo sé. Hace años que oigo hablar del monstruo de Flathead, pero ésta es la primera vez que lo veo.

El monstruo se alejó nadando, a tiempo que aumentaba su velocidad.

También en el año 1962, una deportista se entregaba a la práctica del esquí acuático en el lago Flathead, cuando un enorme pez saltó del agua a su mismísima derecha. A causa de la impresión, ella perdió el equilibrio y cayó. La versión más aceptada es la de que vio a una trucha Mackinaw, un pez que puede alcanzar un peso de cuarenta libras y que abunda en el lago Flathead. Pero, ¿era de verdad una de esas truchas?

Más curiosa fue la aventura de que fueron protagonistas dos hermanos, los jóvenes Ronald y Maynard Nixon. Hasta entonces, los dos muchachos se habían reído de los que les hablaban del monstruo. Lo consideraban una fábula, y tan ridícula, que se dedicaron a dibujar supuestos monstruos, a amañar fotografías del lago en las que pegaban dibujos de dinosaurios, o a hacer fotomontajes con cabezas de plesionauros asomando del agua.



Esquemas facilitados por los grupos de inves... la pista del Monstruo del Loch Ness: A) ... de aire, deshinchada. B) Llenando su ... del mismo cuando la vacía. D) Cuan... tamente lle...

Se divertían de lo lindo mostrando estas fotografías a propios y extraños, pretendiendo que eran auténticas.

Pero el «verdadero» monstruo no había de tardar en tomarse cumplida venganza.

Un día, los Nixon iban en automóvil por la orilla del lago. A la altura de Polson vieron en el agua un objeto extraño que no supieron reconocer. Se detuvieron para mirarlo.

Esto es lo que explicó después Ronald Nixon:

—Pudimos verlo muy bien, pues nos hallábamos en una posición dominante y el objeto estaba en el agua a unos cien metros de nosotros. Se apartaba en derechura de la orilla y tan de prisa, que formaba una ola de compresión, enfrente, de más de medio metro de alto. La ola posterior estaba por lo menos a siete metros y medio de la delantera, por lo que el objeto debía de tener una longitud mayor. No vimos ninguna aleta en al lomo. No podía ser un esturión. No tengo ninguna idea de lo que pudiera ser.

Un tibio día de diciembre de 1962, dos habitantes de Polson se dedicaban a la pesca de la trucha en Big Arm Bay, cuando uno de ellos dijo a su compañero que parase el motor de la embarcación y arrollase la liña en el carrete. Después le dijo en voz baja que mirase a un punto situado entre la embarcación y la costa, y le dijese lo que veía.

—Parece algo grande, largo y negro —replicó el segundo pescador—. Debe de ser un tronco.

—No puede ser un tronco —contestó el primero—, pues acaba de aparecer en la superficie de improviso.

Mientras la embarcación derivaba silenciosamente, el largo objeto negro permanecía inmóvil, igual que un tronco. Los pescadores decidieron acercarse para verlo mejor, y pusieron en marcha el motor. Pero cuando metieron toda la caña a una banda, para hacer virar la lancha, el objeto se animó de pronto y se alejó nadando, dejando una larga estela a su paso.

Seguimos todavía a oscuras sobre la identidad del misterioso morador del lago Flathead. Téngase únicamente en cuenta que, en el periodo Jurásico (la era de los grandes reptiles), un inmenso mar interior bañaba aquellas regiones de los Estados Unidos, y que los hallazgos de esqueletos de grandes saurios son frecuentes en Norteamérica. ¿Será acaso el monstruo de Flathead un superviviente de aquellos reptiles prehistóricos, cuya especie quedó atrapada en los restos del antiguo mar jurásico? Sólo el tiempo podrá contestar a esta pregunta.

Entre mis más preciadas posesiones se encuentra una modesta agenda, que guardo como oro en paño, y en la que a la temprana edad de 14 años empecé a pegar recortes de prensa sobre los temas que entonces me encandilaban y que, por una curiosa coincidencia, son los que hoy, más de treinta años después, me siguen interesando: hay en este libro en efecto, artículos de J. Comas y Solá sobre Astronáutica (entonces tema reservado sólo para los «locos») y Marte; artículos de Juan B. Robert sobre los galeones de Vigo; casos de apariciones de duendes (como el famoso Duende de Zaragoza); el descubrimiento de la pretendida capital de la reina de Saba y toda una sustanciosa sección, que en el índice manuscrito de la agenda yo mismo titulé: «Sobre la existencia de monstruos marinos». En esta sección, junto a las primeras noticias periodísticas sobre el monstruo de Loch Ness, se encuentran diversos telegramas y gacetillas, algunos de los cuales paso a resumir a continuación.

Así, bajo el título «De la llevada y traída existencia de monstruos», leemos el siguiente telegrama de agencia:

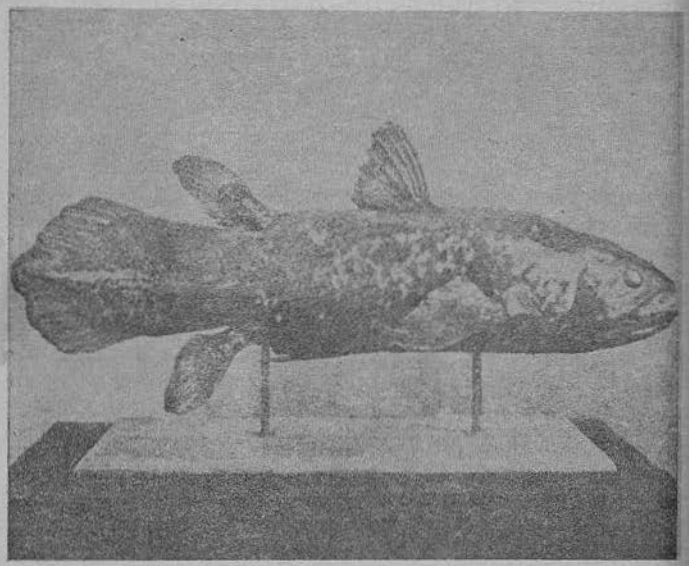
«Cherburgo, 1 de marzo.—En las rocas de Quer-

queville, ha encallado un monstruo marino de ocho metros de largo con un cuello muy fino de un metro de longitud y una cabeza sumamente pequeña.

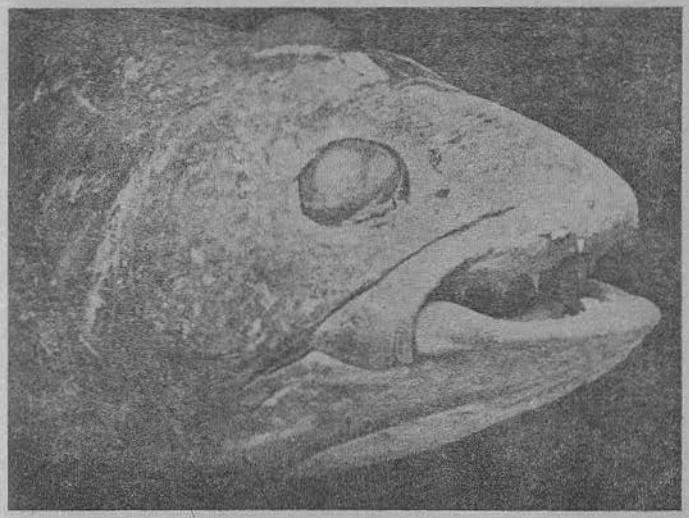
»La noticia ha causado gran sensación y curiosidad entre la gente de mar.—Fabra.»

Al día siguiente, el mismo periódico amplió de este modo la noticia:

«(Exclusivo de **La Vanguardia**). París, 2.—El director del Museo de Historia Natural acaba de enviar a Cherburgo al subdirector del laboratorio del museo para estudiar sobre el terreno el monstruo marino que encalló últimamente en aquella playa y al cabo remitir el esqueleto para las colecciones nacionales.—Havas.»



Magnífico ejemplar disecado de celacanto *(Latimeria chalumnae)* en el que pueden apreciarse perfectamente los miembros rudimentarios en lugar de aletas de pez.



Detalle de la cabeza del celacanto, pez óseo que se creía extinguido desde hacía setenta y cinco millones de años, hasta que se encontró «vivito y coleando» en aguas próximas a Madagascar.

Pocos días después, el periódico barcelonés amplió la noticia mediante un artículo firmado por «G. S. B.», en el que, entre otras cosas y bajo el título de «El animal encontrado en Cherburgo pudiera ser la famosa serpiente de mar o el monstruo de Loch Ness», leemos:

«Ha sido en las rocas de la costa de Cherburgo, cerca del campo de aviación de Querqueville, donde ha ido a encallar el cadáver del monstruo.

»Según la descripción que de él hace un rotativo francés, el animal mide unos ocho metros de largo; su cuello, de un metro de longitud, está rematado por una cabeza de rara semejanza con la del camello, aunque pequeña en proporción al cuerpo de la bestia. Toda la piel está cubierta de una abundante pilosidad, tiene unas aletas natatorias de gran tamaño, dos en el pecho y una en la espalda; estas aletas poseen en los bordes exteriores una espesa crin de aproximadamente ochenta centímetros.

»Cuando con motivo de las resonantes noticias de la primera y sucesivas apariciones del monstruo de Loch Ness, historiábamos en un artículo que fue reproducido, pero con una firma distinta, en un semanario catalán literario y político, editado en «couché», las apariciones que a través de los siglos contaban escritores y viajeros refiriéndose a la «Serpiente de Mar», describimos repetidas veces la forma que se atribuía en las distintas versiones a la tal "Serpiente". El **Megophias Megophias**, como han clasificado los naturalistas al supuesto animal, no se diferencia en mucho de éste de las costas de Cherburgo, salvo el tamaño, naturalmente. La cabeza que nos dicen posee el cadáver encontrado en las rocas, es casi la misma que en los antiguos grabados dibujaron a la "Serpiente de Mar". El cuello, largo y delgado, es el mismo. La crin que perfila, las aletas y la cola, idéntica. ¿Será verdaderamente este monstruo un ejemplar, tal vez degenerado, del **Megophias Megophias**? ¿O será un ejemplar indudable de la legendaria "Serpiente de Mar", especie reducidísima, cuyas apariciones, que llenaban de pavor a los viajeros, les hacía verla de un volumen descomunal? El esqueleto del monstruo de Cherburgo quedará intacto y en poder de los naturalistas; ellos determinarán.

»El actual estado de descomposición de la bestia, el hedor insoportable que despide, no han permitido a los pescadores ni a los que la curiosidad ha llevado hasta allí acercarse demasiado. No obstante, el profesor Corbére ha emitido ya una opinión:

»—Se hace momentáneamente imposible —ha dicho— identificar a este animal. Aseguraría que es un cetáceo, tal vez del género hiperoodon, cuya característica principal es la pareja de colmillos que, sin distinción y como éste, poseen todos en la mandíbula inferior. En este género están clasificados los animales de mayor tamaño que reconoce la Historia Natural y que habitan exclusivamente en los mares del norte. No obstante, las crines de este ejemplar hacen que mi opinión sea, por ahora, hipotética.

»Si efectivamente nos encontramos ante un ejemplar de especie desconocida, resultarán burlados cuantos hasta hoy se burlaron de la existencia de los monstruos. Será necesario creer en muchos relatos y en muchas más afirmaciones que hasta ahora se consideraron como exclusivo producto de la fantasía más o menos desbordada.

»Y habrá también que devolver el crédito a los periódicos que, buscando un tema, como se dijo, inventaron la existencia del monstruo de Loch Ness, lanzando a rodar por el mundo un magnífico **bluff.**»

Tres meses después de la extraña aparición del monstruo varado en Cherburgo (del que, dicho sea de paso, nunca más se supo), los periódicos publicaron un telegrama de la United Press, que, bajo el título «¿Nuevos monstruos en el lago Ness?», publicó **La Vanguardia** en los siguientes términos:

«Londres, 29 de junio.—Según uno de los más conocidos granjeros del distrito, son dos y no uno los monstruos que viven en el lago escocés de Loch Ness. Este granjero ha afirmado que ha visto a un enorme animal inmóvil en las aguas de Loch Ness, mientras que al mismo tiempo otro monstruo, a alguna distancia, se movía a gran velocidad, levantando el agua.—U. P.»

Algún tiempo después, el famoso fotógrafo submarino Mr. Williamson, anunció que emprendería una campaña en el fondo del lago Ness, para conseguir fotografiar al monstruo que había sido visto en dicho lago. Para ello se proponía descender al fondo del lago por medio de su famosa cámara esférica de 2 m. de diámetro, unida a un largo tubo de metal flexible de 60 cm. de diámetro. Esta cámara se bajaría desde una embarcación de la cual arrancaría el tubo, preparado para el descenso a 300 m. de profundidad. El famoso explorador submarino americano confiaba rasgar las tinieblas del fondo del lago gracias a un amplio foco de luz proyectado desde su cabina, con el que confiaba atraer lo suficiente al monstruo para fotografiarlo, dentro del campo fotográfico de 9 por 6 metros.

No sabemos en qué terminó el proyecto de Williamson; probablemente nunca llegó a realizarse.

La siguiente noticia sobre este tema que figura en mi agenda corresponde al mes de febrero de 1935, y dice textualmente:

«Venecia, 11.—Las olas han arrojado a la playa de Sabbionu un monstruo marino que mide ocho metros de largo por dos de diámetro. Pesa cien quintales.—United Press.»

Y el capítulo de monstruos de mi agenda se cierra con una noticia fechada en mayo del mismo año, y que reproduzco sin comentarios:

«Londres, 18.—La Press Association publica una información según la cual el monstruo de Loch Ness ha logrado ganar el alta mar. Según dicha información, algunas personas dicen haber visto el monstruo en la playa de Plymouth.

»Estas mismas personas dicen que el animal en cuestión tiene una cabeza parecida a la de una vaca, mientras que el cuerpo, largo y de un color gris, le da aspecto de ballena.—Fabra.»

En medio de todo este folklore, algunos investigadores serios, como Heuvelmans y otros, se proponen desentrañar la verdad. Para que el lector tenga una idea aproximada de la tarea que les espera, diremos que las aguas cubren en nuestro planeta una extensión de 350 millones de kilómetros cuadrados. En nuestro globo, los mares y océanos ocupan casi las tres cuartas partes de su superficie; las siete décimas partes, para ser exactos. Las tierras emergidas, en realidad, no son sino archipiélagos más o menos vastos. América, Eurasia, Africa, Australia no son sino inmensas islas que, sumadas a ellas las restantes tierras firmes, totalizan escasamente una superficie de 150 millones de kilómetros cuadrados. Las aguas, en cambio, cubren una extensión de 350 millones de kilómetros cuadrados, cifra que, siendo ya inmensa en sí, resultará abrumadora si tenemos en cuenta que, en mares y océanos, el espacio no se mide por kilómetros cuadrados, sino por kilómetros cúbicos. Para nuestro concepto terrestre de la superficie, este espacio casi inconmensurable de tres dimensiones resulta algo rayano en lo infinito. Piénsese que la profundidad media de los mares y océanos es del orden de los 4,000 metros, tradúzcase esa cifra en kilómetros cúbicos y se tendrá una cantidad verdaderamente aterradora: cerca de 1,300 millones de kilómetros cúbicos de agua salada. De éstos, todos los años se pierden por evaporación 320 kilómetros cúbicos, que se vierten en parte sobre la tierra bajo la forma de lluvia. Más de 95 kilómetros cúbicos de lluvia caen anualmente sobre los continentes, llenando lagos y alimentando ríos, fuentes y manantiales, con el precioso líquido del cual depende la vida de las plantas y de los animales.

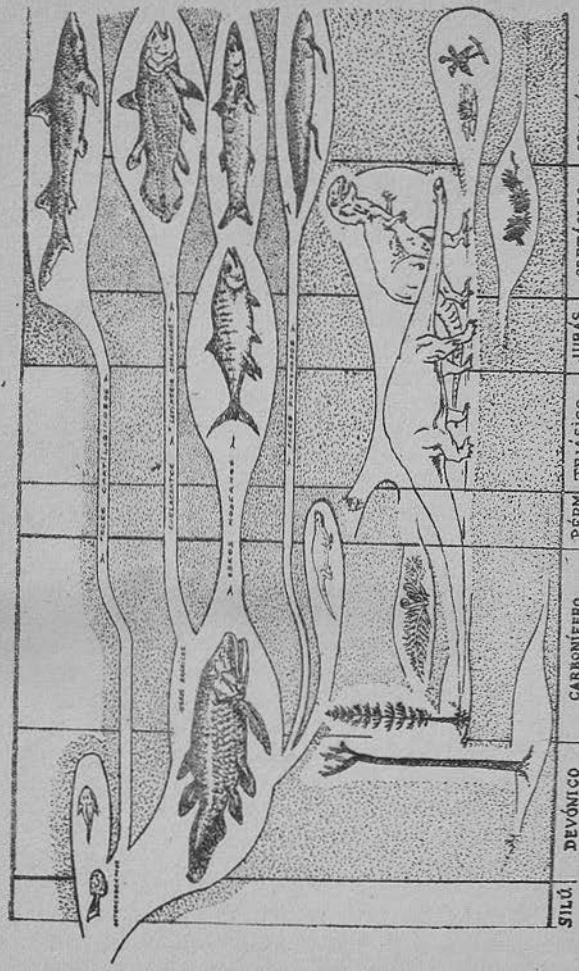
La Tierra, por tanto, es un planeta líquido. En lugar de Tierra, debiera llamarse Mar. Un visitante que, procedente del espacio exterior, se acercase al Globo por el lado que ocupa el inmenso océano

Pacífico, creería que iba a abordar un planeta donde el agua reinaría como señora de los elementos. Pero este mundo oceánico y marino no es un mundo deshabitado, sino que constituye un inmenso ámbito vital bajo cuya superficie hay una variedad casi infinita de formas vivientes; este mundo azul y negro de tres dimensiones es un verdadero universo, poseedor de una atmósfera casi ochocientas veces más densa que la atmósfera terrestre. En realidad, es un universo dentro de otro universo; un mundo dentro de otro mundo. Los hombres y las demás criaturas terrestres nos movemos en el fondo de un océano atmosférico, cuya superficie apenas acaban de trasponer los primeros ingenios enviados por el hombre; pero bajo este océano aéreo empieza otro océano mucho más denso, con sus leyes propias, sus habitantes y sus dramas: el Mar, inmenso y ancestral.

La prueba de que el mar nos deparará muchas sorpresas la tenemos en el siguiente testimonio de un ilustre zoólogo, William Beebe: «Algunos minutos después, a 360 metros, me ocurrió lo más sorprendente de todo el descenso. Dos peces de 1.80 metros de largo, por lo menos, pasaron muy juntos y a una distancia de 1.80 a 2.40 metros. Tenían la forma de las barracudas comunes, pero eran de mandíbulas más cortas y las llevaban completamente abiertas. Una sola línea de luces fuertes, azules y pálidas, corría por la parte baja del cuerpo. La otra línea que tienen no se veía. Los ojos eran demasiado grandes, a pesar de la longitud de los peces. Tenían la mandíbula inferior armada de numerosos colmillos, que se iluminaban mediante una mucosidad o por luces internas indirectas. Por las escamas verticales que tenían cerca de la cola podrían clasificarse entre los dragones marinos, melonostomiáticos. Las escamas se veían más claramente cuando los peces pasaban por el foco. Tenían dos grandes tentáculos que les colgaban del cuerpo, cada uno de los cuales

terminaba en un par de cuerpos separados y luminosos, el superior rojizo y el de abajo azul, que se crispaban y se sacudían por debajo de los peces, el uno saliendo indudablemente de la mandíbula inferior y el otro de la cola. No pude ver ni el pedúnculo de los tentáculos ni ninguna doble escama, aunque de seguro los tenían. Era el pez que he llamado después **Bathysphoera intacta**, el intangible pez batisfera.» («A media milla de profundidad». Espasa-Calpe, 1939. Madrid.)

Más recientemente, un astronauta norteamericano que pilotaba uno de los pequeños submarinos científicos que han proliferado últimamente, entrevió un gigantesco pez, que al parecer no pertenece a ninguna especie conocida.



Arbol genealógico del celacanto, descendiente directo de los peces óseo arcaicos, los cuales descendían, a su vez, de los antiquísimos Ostracodermos.

VII

UN MONSTRUO «MODERNO»: EL CELACANTO

Aún está en el recuerdo de todos el sensacional descubrimiento del celacanto, en realidad un fósil viviente, pues se trata de un pez perteneciente a una especie prehistórica que se creía extinguida hace 75 millones de años.

Este pez, representado por algunas variedades degeneradas, parece que habita habitualmente en la costa este de Africa, al norte del canal de Mozambique, entre el continente africano y Madagascar. Lo más sorprendente del caso es que, según se ha sabido después, los pescadores indígenas consideran bastante normal la pesca de este fósil viviente, hasta que el mundo civilizado conoció el primer ejemplar en 1938. En ese año, exactamente el 22 de diciembre, según nos cuentan Busson y Leroy, un pescador

de East London, pequeño puerto de la provincia de El Cabo (Africa del Sur), en la desembocadura del río Chalumna, subió a su chalupa un pez enorme que despertó la curiosidad de todo el país. Su cabeza parecía acorazada, sus aletas evocaban patas mal desarrolladas y su cuerpo particularmente alargado medía un metro cincuenta, para un peso de cincuenta y siete kilos.

Miss Cousteney Latimer, una inglesa de la localidad, compró el extraordinario pez y lo donó al museo local.

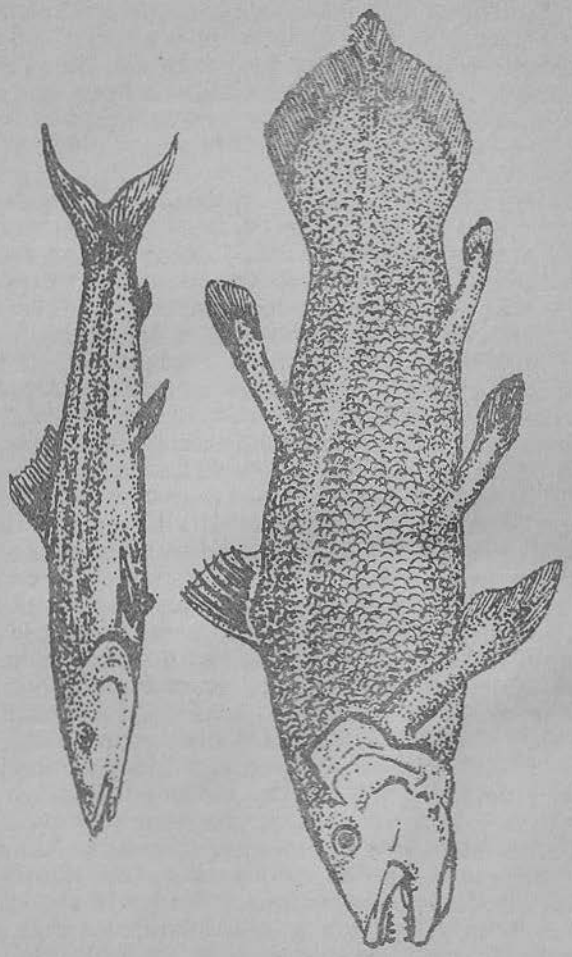
Para identificar esta especie, que jamás pescador blanco alguno había cogido, el conservador de este museo recurrió el profesor J. L. B. Smith, un eminente ictiólogo de la Universidad de Rhodes. El científico fue a examinar la bestia desconocida que, desgraciadamente, no había podido ser conservada intacta. No quedaban más que escamas y un esqueleto cartilaginoso.

Sin embargo, hubo bastante para que J. L. Smith reconociese en estos restos una especie prehistórica que se creía desaparecida hace setenta y cinco millones de años: el celacanto.

Los paleontólogos conocían este animal marino desde el descubrimiento de su primer resto fósil, en 1839, en Ferry Hill, en una capa de yeso del Pérmico, diez kilómetros al sur de Durham, en Inglaterra.

Se han encontrado otros fósiles de celacantos en Inglaterra en terrenos que van del devónico superior al cretácico, lo que significaba que el pez había vivido hace ya unos 250 millones de años.

En presencia de los restos de este superviviente, el profesor Smith experimentó el mismo sentimiento que Darwin, un siglo antes, cuando le presentaron por primera vez un cráneo de orangután. Pero no declaró de la misma manera que su ilustre predecesor: «El hombre desciende del celacanto.» Su ale-



El celacanto de East London (*Latimeria chalumnae*) —abajo— comparado con un moderno pez óseo (*Ribulas vulpes*).

gría, no obstante, era inmensa. Afirmó: «Acabamos de encontrar uno de los eslabones que nos faltaban en la historia de la evolución de las especies.»

Este descubrimiento pasó inadvertido. En su libro **El destino del hombre,** aparecido en 1946 en Estados Unidos, Lecomte du Nouy parece ignorarlo completamente.

Realmente este ejemplar no podía satisfacer completamente la curiosidad científica, dado su defectuoso estado de conservación.

Y el profesor Smith, convencido de que no se trataba de un ejemplar único, se convirtió en predicador de una cruzada entre los pescadores de las orillas del canal de Mozambique, a lo largo de las costas este de Africa y oeste de Madagascar. Se proponía, con esta propaganda, incitar a los marinos a capturar otros con sus redes.

Smith nombró corresponsales en cada puerto. Millares de grabados fueron repartidos bajo su iniciativa, reproduciendo la imagen reconstituida del celacanto. Ofreció un premio de 100 libras esterlinas (17,000 pesetas) a los dos primeros pescadores que presentaran a las autoridades uno de esos peces.

A pesar de la falta de resultados, Smith, con el apoyo del gobierno sudafricano, perseveró. Y, 14 años más tarde, el éxito coronó su tenacidad. El 20 de diciembre de 1952, un pescador de Domoni, un puerto de la isla de Anjouan, en el archipiélago de las Comores, capturó un ejemplar con anzuelo, a 200 metros de la costa. Sin reconocer la imagen de los grabados, lo mató golpeándolo en la cabeza y lo llevó al mercado para venderlo.

Afortunadamente para la ciencia, otro indígena tuvo más memoria y corrió a avisar al capitán Hunt, oficial de Marina corresponsal del profesor Smith. Se envió un telegrama a este último: mientras, a falta de formol, se sumergía el ejemplar en salmuera. El doctor Malan, presidente del gobierno,

prestó un avión al ictiólogo, el cual, 48 horas después, podía contemplar el segundo ejemplar de la fauna de la Era Secundaria.

A pesar de tanta rapidez, este vestigio de las primeras edades había sido víctima del clima de los trópicos. Sin embargo, J. L. B. Smith encontró abundante materia para apoyar las recientes hipótesis de la paleontología.

El descubrimiento tuvo una repercusión mundial. La publicidad dada al mismo entre los indígenas permitió la captura de varios ejemplares sucesivos. El tercer ejemplar de celacanto llegó a París en enero de 1954.

El celacanto, según escribe el capitán Manuel González Quevedo, resulta ahora francés por abrumadora mayoría. El número uno, capturado en el Africa del Sur, era al parecer un pez errante. El descubridor tiene dos ejemplares aporreados, en tanto que el profesor Millot, director del Instituto Oceanográfico de Tananarive, cuenta con ocho bien conservados en París y Tananarive. En 1955, a bordo del **Calypso,** en aguas de las Comores, Cousteau y el profesor Millot bajaban cámaras de flash electrónico y batotermógrafos a las zonas donde vive el celacanto, que está fuera del alcance de los buceadores.

El clímax tuvo lugar con el octavo ejemplar capturado en Anjouan el 12 de noviembre de 1954. El pez fue llevado vivo a tierra y observado por Millot, que llegó desde Madagascar. El pez era hembra, pero no contenía huevas. En marzo de 1955 cogieron otro **Latimeria** hembra; contenía 60 huevas muy poco incubadas.

Hoy día el gran interés de los científicos es obtener uno joven o en estado larvario. Lo que facilitaría conocer las formas de vida millones de años antes de los peces adultos.

El animal más solicitado del mundo es, pues, el celacanto (**Latimeria chalumnae**), que se pesca siem-

pre de noche en las islas Comores, y a profundidades que han oscilado entre 150 y 350 metros. Hay ofrecidas recompensas de 300 dólares y más, el **Lloyd's** de Londres los aseguró en tres millones de francos franceses, y todos los científicos están pendientes de sus escasas capturas.

El «Hombrecito» de México. La prensa sensacionalista mundial reprodujo con profusión la espantosa imagen de este supuesto «hombrecito submarino», apresado al parecer por unos pescadores ante las costas de México. En realidad, en todos los casos se trataba de cadáveres disecados y convenientemente arreglados de la Raya *Mylyobatis californicus*, un Batoideo bastante común en las costas de la Baja California y llamado también «pez murciélago» por los pescadores mexicanos.

¿Qué es el celacanto, desde el punto de vista zoológico? Es un pez de características totalmente primitivas, cuyos antecesores se remontan al periodo devónico. Eran peces aun esencialmente cartilaginosos dentro de su coraza de hueso. Eran seres de cuerpo más bien largo. Sus miembros delanteros y posteriores estaban muy separados y eran de un tipo rudimentario, con un lóbulo o muñón central que terminaba en orla de rayos de aletas —parecidos a los celacantos—. Dos caminos evolutivos se les presentaron a estos peces, al proseguir el desecamiento, y en dos líneas principales se bifurcaron.

Una línea siguió adelante, dividida en dos grupos, el primero formado por los peces pulmonados, que convirtieron su vejiga en pulmón, pero sólo lograron un avance a medias y actualmente están extinguidos, salvo tres raros ejemplares: **Ceratodo,** de Australia; **Protoptero,** de Africa, y **Lepisosirén,** del Amazonas. El segundo, formado por uno de los peces de aletas lobuladas, el **Rhipidistien,** considerado como el antepasado de los primeros batracios y de otros vertebrados terrestres.

La otra línea retrocedió y volvió a colonizar los mares. Un grupo en toda su primitiva forma ha subsistido hasta nuestra época en las profundidades del mar; representa un fracasado intento de la Naturaleza —**Latimeria chalumnae**—, como hemos visto, cierto estado en la evolución de los peces y su adaptación a la existencia terrestre.

Otro grupo se hizo más pisciforme e irradió seres muy diversos, que se convirtieron en activos nadadores, de líneas alargadas y esbeltísimas. Ventajas todas que les confirieron la primacía de los mares actuales, en cantidad y variedad.

Entretanto, el celacanto se mantenía invariable durante millones de años, como un raro vestigio de una forma abortada por la Naturaleza. Quizá no

sea ésta la última sorpresa que nos reservan las profundidades marinas.

Deseo terminar este capítulo con unas palabras del doctor René Legendre, director del Laboratorio Marítimo del Colegio de Francia: «El inventario de los seres vivos no sólo está por completar, sino que posiblemente no se concluirá nunca. Hay mares lejanos biológicamente inexplorados aún. Más cerca de nosotros no hay novedad técnica que no nos aporte un nuevo lote de descubrimientos.

»La primera draga, el primer arrastre, el primer cable telegráfico que se sacó del fondo de los mares, nos han revelado faunas desconocidas: la primera red arrastrada a gran velocidad por el príncipe de Mónaco capturó gran número de animales de rápidos movimientos que hasta entonces habían escapado a nuestra persecución. Cuando Beebe descendió en su batisfera hasta los 900 metros de profundidad, penetró por primera vez en un medio totalmente nuevo en el que vio vivir gran número de animales que sólo conocíamos muertos; cuando Piggot sondeó con su tubo los grandes fondos, extrajo de ellos muestras copiosas de barro que sólo habían sido entrevistas por el **Challenger**...

»Es muy poco lo que sabemos de los seres más comunes e insignificantes. De muchos de ellos seguimos ignorando incluso el tiempo que dura su existencia, de qué se alimentan, cómo se reproducen, cuáles son sus constitutivos químicos, sus intercambios con el medio ambiente, sus reacciones y sus formas de vida.

»Los datos que de todo ello poseemos carecen de amplitud y seguridad. Para ir más allá se necesita mucho tiempo, mucho trabajo y la existencia de observadores que hayan sabido elegir un terreno concreto para sus investigaciones y un método eficaz.»

BIBLIOGRAFIA

L'Aventure sous-marine: Núm. 57, Nov.-Dic., 1965.

Beebe, William: **A media milla de profundidad.** Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1939.

Durand, José: **Ocaso de sirenas:** Tezontle. México, 1950.

Caro Baroja, Julio: **Algunos mitos españoles.** Editora Nacional. Madrid, 1944.

Enciclopedia del mundo submarino (trad. de Ed. Prisma): Editora Miguel Arimany, S. A. Barcelona, 1962.

Finsler, Georg: **La poesía homérica:** Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1925.

Latil-Rivoire: **A la recherche du monde marin:** Plon, París, 1954.

Ribera, Antonio: **La exploración submarina.** Seix y Barral. Barcelona, 1955. Col. Estudio 5-B.

— **La conquista del mundo submarino** (en colaboración con M. Lleget). Col. Surco. Salvat, Editores. Barcelona, 1956.

— **Enciclopedia del mar.** De Gassó Hnos. Barcelona, 1959.

Richepin, Juan: **Nueva mitología ilustrada.** Montaner y Simón, Editores. Barcelona, 1927.

Tlatlock, Jessie M.: **Greek and Roman Mythology.** Nueva York, The Century Col., 1917.

Urquiola, Luis María de, con la colaboración de José Ma. García Cáraves: **El hombre pez de Lierganes.** Cris, revista de la mar. Barcelona, No. 73, febrero, 1965.

INDICE

I. Monstruos marinos en la antigüedad ... 19

II. La Edad Media y el Renacimiento 35

III. Los Cronistas de Indias 45

IV. Del Kraken a la Serpiente del Mar 75

V. El monstruo del Loch Ness 113

VI. El monstruo de Flathead 133

VII. Un monstruo "moderno": El celacanto . 149

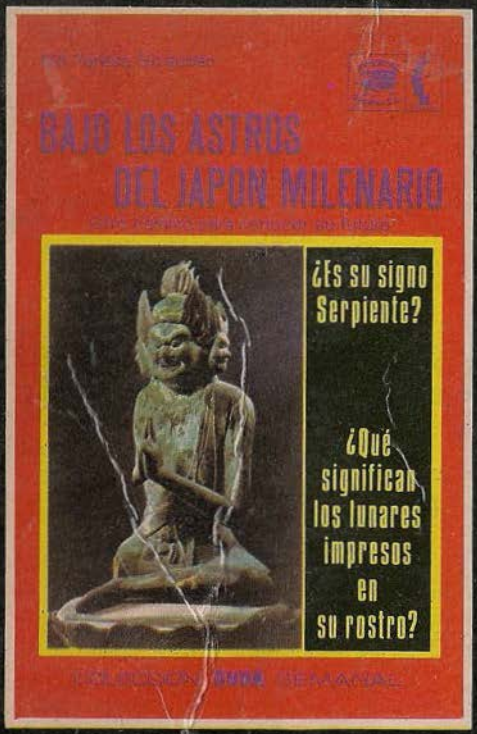
Bibliografía 157

Se terminó de imprimir este libro en los talleres de Victoria Litográfica, S.A., Boulevard Manuel Avila Camacho 585, Estado de México, el año de 1974.
Tiro: 30,000 Ejemplares

La ciencia actual no satisface totalmente esta curiosidad humana. Tendremos que esperar muchos años antes de contar con la técnica suficiente para incursionar en las zonas abismales que guarda el mar como un secreto profundo. De esas honduras insondables dará cuenta el futuro. Entonces sabremos si los testimonios sobre monstruos marinos, que proceden de investigadores dignos de todo crédito, se pueden corroborar en la realidad.

De estos testimonios, el famoso investigador español Antonio Ribera, ha realizado una brillante selección que conforma el presente libro, donde el lector de la colección semanal DUDA encontrará también, narradas en un estilo fluido y periodístico, las aventuras de los hombres de mar que desde tiempos inmemoriables hasta el siglo XX han visto y sufrido la existencia de monstruos cuya sola descripción basta para crear en nosotros ese curioso sentimiento ambivalente de temor y fascinación.

EDITORIAL POSADAS, S.A.
SERIE LA OTRA CARA



NUESTRO PROXIMO TITULO:

Si las condiciones naturales del planeta en que se nace influyen en el carácter y la psicología ce las personas ¿no lo hacen también las condiciones naturales del cielo bajo el que se nace?
¿Es la antigua astrología japonesa un método más profundo para la interpretación de la influencia celeste?

LEA USTED:

BAJO LOS ASTROS DEL JAPON MILENARIO

Un libro de sorprendente precisión, acompañado de tablas y diseños que permiten al lector el acceso a esa forma desconocida de sondear las aguas de su presente y su futuro.

BUSQUELO EL PROXIMO LUNES EN SU PUESTO DE PERIODICOS.